



UNCUYO
UNIVERSIDAD
NACIONAL DE CUYO

Facultad de Ciencias Políticas y Sociales

Tesis de Maestría

Una tecnología de escritura para la investigación
feminista.

Operaciones discursivas en publicaciones académicas
(2018-2020)

Maestría en Estudios Feministas

Tesista:

Lic. Virginia Tatiana Abello

Directora:

Dra. Valeria Fernández Hasan

Mendoza, 2025

Agradecimientos

A las tres Maritas, como tres estrellas en el cielo:

A las dos Maritas, las abuelas de Pedro, por regalarme tiempo de soledad para mi escritura.

A Marita Novo, mamá académica, por su generosidad e inteligencia, por alentarme siempre.

A las compañeras Cristina Carranza y Verónica García, hermanas en las estadías mendocinas.

Índice

Agradecimientos	2
Índice	3
Resumen.....	5
Abstract	6
Introducción: No es necesario morir para saber.....	7
Capítulo 1: Una red de pensadoras de compañía	19
1.1 Donna Haraway: conocimientos situados y testigo modesto	21
1.2 alejandra ciriza: tramar genealogías feministas situadas	25
1.3 Rosi Braidotti: una escritura nómade	28
1.4 Patrizia Violi y la diferencia sexual en el lenguaje.....	31
Capítulo 2: Hacer y escribir ciencia al modo feminista	38
2.1 La investigación feminista	39
2.2 Esta investigación.....	43
2.2.1 Surgimiento de un desconocimiento y de una desconocedora	43
2.2.2 Descripción general de la estrategia metodológica	46
2.2.3 Conformación del corpus	48
2.2.4 Apuntes acerca de las decisiones retóricas.....	50
2.3 Las herramientas del análisis discursivo	53
2.3.1 Una tecnología de escritura	55
2.3.2 Operaciones discursivas	59
2.3.3 Procedimientos y recursos	61
2.3.4 Síntesis de operaciones y procedimientos	62
Capítulo 3: La construcción de una figura autoral situada.....	64
3.1 La figura autoral	66
3.2 Presencia autoral.....	69
3.3 Marcas de situación	74
3.4 Consideración de lo afectivo	79
3.5 Atención a la reflexividad en el proceso de investigación	83
Capítulo 4: El entramado de una intertextualidad feminista en función genealógica	87
4.1 Dialogismo e intertextualidad	90
4.2 Selección de autoras mujeres y disidencias para el entramado teórico.....	93
4.3 Intención explícita de entamar genealogías feministas	96

4.4	Corporización de las voces citadas.....	97
4.5	Exploración de otras formas de vinculación con las voces citadas.....	102
4.6	Puesta en valor de las voces de mujeres y disidencias citadas.....	105
Capítulo 5: La exploración de una escritura nómada		112
5.1	Géneros discursivos y orden del discurso	116
5.2	Elección de la forma ensayística	119
5.3	Cruce de géneros discursivos	123
5.4	Mezcla de voces o modos de habla	126
5.5	Mezcla de lo teórico con lo poético.....	129
5.6	Emergencia de palabras nuevas.....	133
5.7	Permeabilidad a la ambigüedad.....	136
5.8	Distanciamiento del uso convencional de las palabras.....	140
Capítulo 6: La re-versión de la diferencia sexual en el lenguaje		144
6.1	Sexismo en el lenguaje, androcentrismo lingüístico y lenguaje inclusivo.....	147
6.2	Procedimientos reformistas.....	150
6.3	Procedimientos radicales	152
6.4	Cuestionamiento explícito del androcentrismo lingüístico	157
Conclusiones: Que se nos rev(b)ele la lengua para saber.....		161
Referencias bibliográficas		169
Corpus analizado		180

Resumen

Las propuestas de saberes parciales, situados y encarnados, de reflexividad en el proceso investigativo, de ampliación de los derechos epistémicos y de los saberes válidos y valiosos, entre otras cuestiones, de las epistemologías feministas, claman por una escritura del conocimiento acorde a dichos postulados. En esta investigación, esbozo una tecnología de escritura académica feminista compuesta por cuatro operaciones discursivas que traman complicidad, cada una de ellas, con específicas propuestas de estas epistemologías. Estas operaciones son la construcción de una figura autoral situada, el entramado de una intertextualidad feminista en función genealógica, la exploración de una escritura nómade y la re-versión de la diferencia sexual en el lenguaje. Analizo este conjunto de operaciones en un corpus de 25 artículos publicados en cuatro dossiers feministas de revistas académicas durante el período 2018-2020. Para cada una de estas operaciones de escritura diferencio los procedimientos discursivos que colaboran en su desarrollo y describo los recursos lingüísticos empleados. A su vez, busco establecer una relación entre las opciones retóricas elegidas y los postulados de las epistemologías feministas, para fundamentar dichas decisiones discursivas y entamarlas en una genealogía de herencias ideológicas y escriturarias.

PALABRAS CLAVES: Epistemologías feministas; Investigación feminista; Escritura académica; Operaciones discursivas.

Abstract

The proposals of partial, situated and embodied knowledge, of reflexivity in the research process, of expansion of epistemic rights and of valid and valuable knowledge, among other issues, of feminist epistemologies, call for a writing of knowledge in accordance with these postulates. In this research, I outline a technology of feminist academic writing composed of four discursive operations that plot complicity, each one of them, with specific proposals of these epistemologies. These operations are the construction of a situated authorial figure, the weaving of a feminist intertextuality in genealogical function, the exploration of a nomadic writing, and the re-version of sexual difference in language. This set of operations is analyzed in a corpus of 25 articles published in four feminist dossiers of academic journals during the period 2018-2020. For each of these writing operations, the discursive procedures that collaborate in their development are differentiated and the linguistic resources employed are described. In turn, we seek to establish a relationship between the rhetorical choices made and the postulates of feminist epistemologies, in order to ground such discursive decisions and weave them into a genealogy of ideological and scriptural heritages.

KEY WORDS: Feminist epistemologies; Feminist research; Academic writing; Discursive operations.

Introducción: No es necesario morir para saber

“Y luego que hubo anochecido, se le entreabrieron los ojos. Oh, un poco, muy poco. Era como si quisiera mirar escondida detrás de sus largas pestañas” (Bombal, 1981, p. 9). Así comienza la novela *La amortajada*, de la escritora chilena María Luisa Bombal, cuyo protagonista, como el título indica, es el cuerpo yacente de una mujer en su propio velorio.

A la llama de los altos cirios, cuantos la velaban se inclinaron, entonces, para observar la limpieza y la transparencia de aquella franja de pupila que la muerte no había logrado empañar. Respetuosamente maravillados se inclinaban, sin saber que Ella los veía.

Porque Ella veía, sentía. (p. 9)

Ha tenido que morir esta mujer para poder ver sin impedimentos, para poder sentir como nunca antes, para poder poner en palabras tantas cosas calladas a lo largo de su vida. “No recuerda haber gozado, haber agotado nunca, así, una emoción. Tantos seres, tantas preocupaciones y pequeños estorbos físicos se interponían siempre entre ella y el secreto de una noche” (pp. 12-13). Desde el lecho mortuario, recuerda su propia historia signada por la confusión y la ajenidad, siempre sintiéndose incómoda: una extraña como hija en el fundo, una intrusa en la casona vieja de su marido, una transeúnte distante como madre. Donde su marido enamorado ha visto una niña indolente que tejía, ella no ha podido decir “si solamente hubieras tirado del hilo de mi lana, si hubieras, malla por malla, deshecho mi tejido... a cada una se enredaba un borrascoso pensamiento y un nombre que no olvidaré” (p. 65).

Cuando Ana María, la amortajada, pudo apenas articular un “quiero irme”, que era la mitad de lo que había querido decir, que era la mitad de lo que había podido pensar, el castigo fue cruel y duró toda la vida. Sólo por haberse atrevido a articular dos palabras que desbordaban el discurso patriarcal y la representaban fuera del espacio signado. Ha tenido que morir Ana María para poder ser la narradora de esta historia: “¿Era preciso

morir para saber ciertas cosas?” (p. 33). “¡Ah, Dios mío, Dios mío! ¿Es preciso morir para saber?” (p. 34).

¿Y si no hace falta morir para encontrar la lengua que nos diga, que nos ofrezca voluptuosa el secreto de nuestra noche? ¿Y si no hace falta llegar al punto liminal entre la vida y la muerte para entonces poder ver, poder saber ciertas cosas? La novela de Bombal nos sugiere que nos manejamos en una lengua que es la casa del otro, mejor dicho, del Uno. Para nosotras quedó el lugar de la otredad, la extranjería de la representación. Por eso sobreviene la paradoja y el extrañamiento al intentar decir en una lengua que ya nos ha dicho, pero en el término de otros, que no nos deja ser sujetas de dicción, pintoras de nuestro retrato. Me pregunto si la muerte, el silencio, la oscuridad, son la única salida. Me resisto a creer en eso.

El texto que aquí comienza a tejerse, con la Amortajada sosteniendo una de las agujas, es el relato de una búsqueda que parte de la agitación que experimento cada vez que intento decir (escribir) en la academia. Valoro al acto de escritura como un ritual de producción y reproducción de aquello que nos conmueve y que nos habilita a mover a otrxs, a afectar a otrxs, humanxs y no humanxs, en el sentido en que nos interesa. La escritura es para mí una tecnología fundamental en la creación y recreación de los mundos que imaginamos y deseamos y cada texto es un artefacto que puede resultar crucial. Es por esto que, cuando se impone una forma retórica específica, me veo obligada a preguntarme por qué de esta forma, por qué no de otra, de dónde viene este uso, qué representa, qué reproduce, qué otras variantes me está ocultando, qué efectos generarían las opciones esquivas. Escribir en la academia, desde mi lugar de mujer y sosteniendo una perspectiva feminista, me inquieta en un doble sentido: en cuanto al lenguaje del que dispongo, lenguaje que manifiesta la diferencia sexual de modo que lo femenino es la negación y el término marcado; y en cuanto a las formas retóricas estipuladas por una tradición científica racionalista, científicista, estandarizante y masculina.

Entonces, me pregunto si es posible escribir de otro modo en la academia y si las epistemologías feministas, que han cambiado nuestra forma de ver la ciencia, pueden ayudarnos a imaginar otras opciones discursivas para la escritura del conocimiento. También me pregunto qué formas retóricas ya han sido imaginadas, empleadas y

legitimadas en algunos circuitos académicos y podemos leerlas hoy como preámbulo de una tecnología de escritura académica feminista por venir. Además, es mi deseo que se revelen los hilos que unen a ciertas elecciones discursivas con sus fundamentos epistemológicos, para que su imagen sirva de justificación y provea de validez a las operaciones discursivas que nos interesan y que no son capricho ni desliz. Es mi deseo que se nos rebelen las lenguas capaces de construir mundos insumisos.

Mi búsqueda se sitúa en la intersección entre dos problemas que han ocupado la atención del pensamiento feminista. Uno de ellos se refiere a la posibilidad de que exista una lengua de las mujeres o lengua femenina o al menos un lenguaje no androcéntrico. El otro se relaciona con las formas de conocer que proponen las epistemologías feministas y cómo sus acuerdos y desacuerdos impactan en las prácticas lingüísticas dentro del ámbito del conocimiento.

La crítica al lenguaje androcéntrico y la indagación sobre una lengua específica de las mujeres fue una de las preocupaciones del feminismo de la diferencia, que podemos fechar aproximadamente en la década del setenta. Muchas de las pensadoras feministas que siguen esta línea realizaron una crítica al *logocentrismo* de la metafísica occidental y al presupuesto de Razón que esta suponía (Colaizzi, 1990; Violi, 1991; Cixous, 1995; de Lauretis, 2000). Acuerdan en caracterizar al pensamiento logocéntrico como aquel que funciona a través de oposiciones duales y jerarquizadas y que a través de esta jerarquización se somete toda la organización conceptual alrededor del hombre. En este marco, la mujer se construye como el opuesto negativo y es subordinada al orden masculino.

Sin embargo, si tomamos al lenguaje ante todo como discurso y lo consideramos en su carácter histórico-político, aparece la posibilidad de transformar sus estructuras (Colaizzi, 1990). Para la pensadora italiana Patrizia Violi (1991), los cambios deberían dirigirse hacia la desautomatización de la identificación de masculino como universal y el torcimiento de las oposiciones duales de lenguaje y pensamiento. Para la teórica italiana Teresa de Lauretis (2000), la construcción del género es su representación, pero también, paradójicamente, la construcción del género se da a través de su deconstrucción. No existe una lengua sin diferencia sexual o una lengua que no produzca

representaciones de género. Entonces, se hace necesario, ante todo, no pretender ocultar las diferencias.

Para la socióloga marxista Dorothy Smith (1989), las académicas empleamos el *lenguaje del opresor*, es decir, aquel que convierte a las personas en objetos a través de la utilización de abstracciones o categorías teóricas alejadas de la experiencia concreta. El uso del lenguaje del opresor nos lleva a una relación extraña con nosotras mismas, nos aleja de nosotras y de los mundos vivos y vividos de todos los días. Su propuesta se basa en la idea de devolver las personas a los discursos, explicitar su sexo e ingresar la experiencia singular de las mujeres a los textos. Desde el ámbito de la poesía, Adrienne Rich (1983) nos invita a la re-visión de los viejos textos para empezar a ver y nombrar de nuevo. La poeta negra Audre Lorde (2003) manifiesta que los silencios no nos han protegido, en cambio, son las palabras, las que aún no tenemos, las que nos van a conectar con las experiencias de otras mujeres.

Desde otra perspectiva, se pone el acento particularmente en la escritura como un espacio que puede despegarse de la reproducción del sistema, incluido el sistema del género (Cixous, 1995). En nuestras latitudes, Valeria Flores¹ (2010) apuesta a la escritura y a las intervenciones sobre la escritura como proceso de moldeado de la subjetividad. Ella habla específicamente del *escribir contra sí-misma* y define este tipo de escritura como una micro-tecnología de subjetivación puesta al servicio del moldeado de una identidad fluida, excéntrica, difusa. La escritura así pensada puede convertirse en una tecnología de desprogramación del género. La escritura y el arte en general pueden nombrar lo que aún no fue nombrado, afirma Julia Kristeva (1995). Muchas autoras han reflexionado asimismo acerca de la posibilidad de definir una “literatura femenina” o una “escritura femenina” (Luongo, 2018; Richard, 2018; Ludmer, 1990) y hasta se ha hablado de una “escritura bisexual” (Cixous, 1995; Kristeva, 1995), aunque la mayoría elige abandonar la pregunta por lo esencial o específico en favor de otras interrogaciones.

¹ El nombre propio de esta académica está escrito en minúsculas porque es una política de escritura de la propia autora. En *Interrucciones...* afirma: “las minúsculas en el nombre propio, una estrategia de minorización del nombre propio, de problematización de las convenciones gramaticales, de dislocar la jerarquía de las letras, una apuesta al texto antes que a la firma de la autora (...) y contra toda justificación previa, porque me gusta verlo y sentirlo de ese modo” (2017, p. 5).

Mi investigación se empalma entonces con estas discusiones alrededor de la existencia o posibilidad de una lengua que permita a las mujeres ser sujetas de su discurso y representar su experiencia. Por otro lado, como el tema-problema sobre el que se inscribe esta investigación es la escritura del conocimiento, necesariamente me involucro con otra importante línea de discusiones acerca de cómo se concibe el conocimiento y las prácticas científicas desde una perspectiva feminista. En esta segunda línea, emparento mi búsqueda con las propuestas epistemológicas de Donna Haraway, Sandra Harding, Rosi Braidotti, Dorothy Smith, entre otras.

Todas las ramas de las epistemologías feministas comparten la crítica a los sesgos sexistas de la ciencia, amplían la noción de conocimiento y habilitan para el hacer epistémico a otras identidades históricamente excluidas del ámbito científico. Una clasificación muy del Norte realizada por Sandra Harding (retomada por Bach, 2010) reúne el pensamiento epistemológico feminista en tres corrientes: el empirismo feminista (Lynn Hankinson Nelson, 1990; Helen Longino, 1990), las epistemologías del punto de vista (Dorothy Smith, 1989, 2012; Sandra Harding, 1993, 1998; Patricia Hill Collins, 1990) y el pensamiento posmodernista (Donna Haraway, 1993, 1995, 2019, 2021). Sin embargo, esta categorización no contempla (o no contempla de mismo modo) otras voces que se hacen oír desde los márgenes y que nos hablan de otras formas de conocer y otros modos del conocimiento. Me refiero a los feminismos negros (Audre Lorde, 2003; bell hooks², 2016) y las voces de mujeres de color (Gloria Anzaldúa, 1987) en el Norte; los aportes de las feministas poscoloniales (Gayatri Spivak, 1998; Chandra Mohanty, 2008), las decoloniales de América Latina (Yuderkis Espinosa Miñoso, 2014, 2019; Mariana Alvarado, 2016, 2020), las feministas del Sur (alejandra ciriza³, 2015,

² bell hooks decidió escribir su nombre en minúsculas como una apuesta a los mensajes que se transmiten, al sentido político y colectivo de su lucha y su trabajo, para correr el foco de la persona individual y controlar el ego.

³ También alejandra ciriza prefiere escribir su nombre en minúsculas. La autora manifiesta:

Al igual que bell hooks algo en mi nombre trae a mis ancestros. me llamo alejandra por mi abuelo materno, "como" mi abuelo materno, Alejandro Jofré. Mi abuelo, que era socialista, murió muy temprano. No lo conocí, pero siempre fui muy consciente de que mi nombre era su nombre. Propio a la vez que ajeno, el nombre del padre de mi madre, con la diferencia de la a, al final. Hija de mi generación, tengo muchos problemas con esto del Individuo que necesita la Mayúscula para destacarse. El Individuo, el Autor, forman parte tradiciones que me ponen en tensión, mestiza como soy, hija de genealogías en contienda inacabable. Tal vez también tiene que ver con lecturas, Freud, Lacan, pero creo que fundamentalmente fue una cuestión de mi propia escritura. Amo escribir a mano, no puedo desligar el pensar del escribir ... y si bien he ido habituándome, no hay nada como los apuntes, los esquemas, los escritos hechos a mano, la

2020; Diana Maffía, 2007, 2010; Claudia Korol, 2016) y las epistemologías trans (Blas Radi, 2020).

Uno de los principales cuestionamientos que se le ha realizado a la ciencia por parte de los feminismos ha sido la exclusión de las mujeres del hacer científico. Para la filósofa argentina Diana Maffía (2007), esto tuvo una doble consecuencia: por un lado, produjo una mayor invisibilización y opresión de las mujeres por no participar de las comunidades de poder y legitimación; por otro, se extirparon del hacer científico todas las cualidades consideradas “femeninas” (subjetividad, sensibilidad, singularidad, narratividad), hasta el punto de considerarlas obstáculos en la búsqueda de la verdad universal, objetiva y neutral que perseguía la ciencia moderna. Siguiendo a Harding (1998), el problema no radica sólo en la sumatoria o agregado de mujeres, sino en repensar otra forma de hacer ciencia que pueda albergar a las mujeres y sus problemáticas. Como rasgos de una posible metodología feminista, destaca nuevos recursos empíricos y teóricos (la experiencia de las mujeres), nuevo propósito de las investigaciones (estar a favor de las mujeres) y un nuevo objeto de investigación (situar a quien investiga en el mismo plano crítico que el objeto explícito de estudio).

En vinculación con estos postulados, pero desde una visión posmodernista, la bióloga y epistemóloga Donna Haraway (1993) critica el universalismo de la ciencia moderna y propone una concepción de conocimiento situado o encarnado. Emplea la metáfora de la “mirada” para señalar cómo la categoría no marcada (la masculina) se ha adjudicado el poder de ver el mundo, de nombrarlo sin explicitar desde dónde lo hace, como si lo hiciera desde ningún lugar. Las mujeres no debemos abandonar la ciencia ni la objetividad, aunque ésta sea redefinida y no tenga pretensiones universalizantes. Haraway propone aceptar la existencia de saberes parciales, situados y críticos que puedan dialogar bajo una perspectiva ética y política.

También desde el campo de la biología, Anne Fausto-Sterling (2006) elabora una argumentación donde desarma los nudos que implican tres dualismos propios de la cultura euro-americana: sexo / género, naturaleza / crianza y real / construcción.

posición de escritura, el brazo, el cuerpo... mi letra particular que mezcla mayúsculas y minúsculas, imprenta y cursiva. Por eso alejandra ciriza, redondita, pequeña, escritura propia y no tanto... (comunicación personal, 23 de diciembre de 2024)

Retomando los postulados del género como construcción, que desde Simone de Beauvoir (2019) hasta Judith Butler (2007) han dominado el pensamiento feminista del siglo XX, Fausto-Sterling argumenta que la sexualidad es también construcción y que “nuestra concepción del género afecta al conocimiento sobre el sexo producido por los científicos” (2006, p. 17). Contra los dualismos se presenta asimismo la figura del *cyborg*, propuesta por Haraway (1995) en 1983. Esta figura compleja y contradictoria encarna el borramiento de los límites entre los humanos y los animales, de la brecha entre organismos y máquinas y de la frontera entre lo físico y lo no físico. En línea con esta figuración, la italiana Rosi Braidotti (2000) propone al *sujeto nómade*, como “un imperativo epistemológico y político para el pensamiento crítico de fin del milenio” (p. 26).

Distintas pensadoras de diferentes latitudes hacen hincapié en la importancia de ir tramando una genealogía alternativa de saberes, tradiciones y conocimientos desde una mirada feminista. Para rescatar el pensamiento feminista negro, dice Patricia Hill Collins (1990), debemos deconstruir el concepto mismo de mujer y el de intelectual, para poder abordar discursos de mujeres que no son tomadas como intelectuales en el sentido más tradicional de la palabra. Desde el feminismo decolonial, Yuderkis Espinosa Miñoso (2019) propone hacer una genealogía de las prácticas feministas decoloniales en América Latina, para explorar cómo hemos llegado a ser las feministas que somos. También, en nuestras tierras del Sur, la filósofa feminista Alejandra Ciriza (2015, 2020) convoca a construir nuestras genealogías como gesto político. Nuestras genealogías, dice Alejandra, son múltiples y contradictorias y, en nuestro territorio, aparecen como prácticas de transgresión a la opresión patriarcal, heterosexista, racista, imperialista y capitalista. La interseccionalidad de opresiones sostenida por diversas autoras y la crítica a la hegemonía del discurso feminista blanco euronortecentrado son denominadores comunes de los feminismos del margen (negros, decoloniales, poscoloniales, transfeminismos) y se configuran como criterios específicos a la hora de tramar genealogías feministas otras. Desde esta mirada es que la mendocina Mariana Alvarado (2016) propone pensar-junto-a-otras pero no-junto-a-todas en la construcción de una epistemología feminista latinoamericana.

Existen asimismo algunas investigaciones que han puesto la mirada en la relación entre formas lingüísticas y postulados de las epistemologías feministas y que me han sugerido de algún modo lo que busco plantear en mi investigación. Es el caso de la *escritura feminista del cuerpo* (Haraway, 1993), la *escritura cyborg* (Haraway, 1995; Fischetti, 2016) y, sobre todo, la figura del *testigo modesto* (Haraway, 2021), de la epistemóloga Donna Haraway. También Hill Collins (1990) sugirió mi pensamiento a través de una reflexión muy interesante acerca del uso del pronombre en primera persona en textos académicos. Por otro lado, la física e historiadora de la ciencia Evelyn Fox Keller (2000) realiza un recorrido por el empleo de las metáforas en ciencia que desnuda los sesgos de género y la mirada masculina en la construcción del conocimiento. Raquel Rubio (2021), de la Universidad Nacional de Rosario, propone narrativizar los textos científicos y Osorio-Cabrera, Gandarias y Fulladosa (2021) invitan al ingreso de lo autobiográfico y la cocina de investigación en los textos académicos. Otros estudios indagan acerca del cruce entre lo teórico y lo poético (Braidotti, 2000); de posibilidades de estructuras alternativas, como la conversación (Moscoso Rosero y Varela-Huerta, 2021) o el diario íntimo (Moreno y Penna, 2018); y acerca de la exploración de una escritura del cuerpo (Gutiérrez, 2016; Fernández Hasan y Grasselli, 2020).

El desarrollo de las epistemologías feministas ha dado lugar a intervenciones concretas en las prácticas investigativas en el intento de transformación del hacer científico a través del diálogo coherente entre teoría y praxis. Parte de estas intervenciones metodológicas tienen que ver con modificar el lenguaje que, desde una postura posestructuralista, se configura como la herramienta fundamental para la construcción de conocimiento. Es necesario que seamos conscientes de que las opciones discursivas que seleccionamos, con mayor o menor conciencia, en sus distintas dimensiones (ortográficas, fonéticas, léxicas, gramaticales, morfológicas, semánticas, pragmáticas), son decisiones políticas, éticas y epistemológicas. Existen investigaciones, como las mencionadas, que exploran estas posibilidades, aunque por lo general no lo hacen desde una perspectiva lingüística y de análisis de discurso, como busco ensayar en el presente estudio.

Para responder a la pregunta general acerca de qué escrituras del conocimiento se habilitan desde una mirada epistemológica feminista, me propongo analizar qué

operaciones discursivas aparecen efectivamente en un corpus de textos determinado para, a partir de allí, establecer conexiones entre dichas operaciones y los supuestos epistemológicos. A manera de hipótesis, realizo el esbozo de una posible tecnología de escritura académica feminista compuesta por cuatro operaciones discursivas. La primera de ellas, la construcción de una figura autoral situada, se emparenta con la noción de saberes situados de Donna Haraway (1993). La segunda operación, el entramado de una intertextualidad feminista en función genealógica, se vincula con la necesidad de construir genealogías para los feminismos del Sur, como lo plantea alejandra ciriza (2015, 2020). La tercera operación, la exploración de una escritura nómade, integra distintos aspectos que pueden agruparse bajo lo que entiende Rosi Braidotti (2000) como pensamiento nómade. Finalmente, la cuarta operación, la reversión de la diferencia sexual en el lenguaje, se vincula con la crítica de Patrizia Violi (1991) al lenguaje y a cómo éste manifiesta la diferencia sexual ocultándola y jerarquizándola.

El enfoque de la investigación es cualitativo y la estrategia metodológica se basa en el análisis documental a través de técnicas de análisis de discurso. Las categorías de análisis fueron construidas a partir de una indagación bibliográfica previa y forman parte de la hipótesis que da sustento a la investigación. Dichas categorías se van refinando a medida que se avanza en el análisis. El corpus de textos fue seleccionado de manera estratégica. Se conforma de 25 artículos de investigación publicados en revistas de ciencias sociales y humanidades de Argentina durante el período 2018-2020. Los artículos forman parte de cuatro dossiers específicos sobre feminismos de las revistas *Zona Franca*, *Descentrada*, *Ensamblés* y *Estudios de Filosofía Práctica e Historia de las Ideas*. Sobre dichos textos, busco reconocer las operaciones discursivas señaladas a través de la identificación de procedimientos y recursos retóricos empleados. Además, intento establecer relaciones entre dichas operaciones y ciertos fundamentos de las epistemologías feministas.

En este texto, encontrarán, en el capítulo uno, la red de pensadoras de compañía, que me permitirá (espero) atrapar algún conocimiento. Dialogo con cada una de las pensadoras que sustentan cada una de las operaciones propuestas: Donna Haraway, alejandra ciriza, Rosi Braidotti y Patrizia Violi. El capítulo dos está dedicado a los aspectos

metodológicos de esta investigación. Además, incluye un desarrollo de lo que entiendo por una investigación feminista y explico y justifico las decisiones retóricas tomadas durante la escritura del texto. Finalmente, defino las categorías que he elegido para conformar mi caja de herramientas: *tecnología de escritura*, *operaciones discursivas*, *procedimientos* y *recursos* son las nociones que terminan de anudar la red con la que busco pescar datos entre los textos.

En el capítulo tres, desarrollo la operación discursiva de la construcción de una figura autoral situada, que se emparenta con la noción de saberes situados y la figura del *testigo modesto* de Donna Haraway. Cada uno de estos capítulos dedicados a las operaciones comienza con un apartado que busca relacionar la operación con nociones y estudios específicos de lingüística, análisis de discurso y/o investigaciones sobre literacidades del mundo académico no feminista. En este caso, empleo ese primer apartado para delimitar lo que entendemos por autor o figura autoral, construcción sobre la cual pondremos la carga / marca de “situado”. Luego, desarrollo los procedimientos observados en el corpus de análisis que buscan situar a la figura autoral.

En el siguiente capítulo, me dedico a la segunda de las operaciones discursivas propuestas: el entramado de una intertextualidad feminista en función genealógica. En este caso, reúno la descripción de los procedimientos surgidos en el análisis con la invitación de Alejandra Ciriza a tramar genealogías y con la propuesta teórico-metodológica de otras investigadoras mendocinas, Grasselli y Yáñez (2019), que abordan las relaciones de intertextualidad con función genealógica en textos de feministas académicas. Vinculo esta operación con la teoría bajtiniana del dialogismo y con otros aportes teóricos que permiten el abordaje sobre las relaciones de intertextualidad o transtextualidad y la atribución del conocimiento.

La operación discursiva de exploración de una escritura nómada se desarrolla en el capítulo cinco. Relaciono esta operación con la noción de pensamiento nómada y escritura nómada de la filósofa italiana Rosi Braidotti. Quizá esta operación sea la más heterogénea de todas. Se reúnen aquí distintos procedimientos sobre la lengua que la alejan del estilo científico tradicional poniendo a los textos así configurados en riesgo de ser excluidos. Por esto es que, en un primer apartado, elaboro brevemente algunas de las ideas de Mijaíl Bajtín y Michel Foucault acerca de cómo funcionan los géneros

discursivos, su historicidad, la norma y el orden del discurso. Luego, desarrollo los procedimientos hallados.

Finalmente, en el capítulo seis, desarrollo la cuarta y última operación discursiva observada en los textos analizados: la re-versión de la diferencia sexual en el lenguaje. En este caso, vinculo la operación con la tesis central de Patrizia Violi acerca de cómo el lenguaje en general (no sólo el científico) manifiesta la diferencia sexual de manera jerárquica, colocando a las mujeres en el lugar de objetos y no de sujetos de discurso. Repaso algunas concepciones e investigaciones que indagan sobre el sexismo en el lenguaje, el androcentrismo lingüístico y el lenguaje inclusivo, siempre desde los feminismos, estudios de género y estudios *queer*. Luego, describo los procedimientos empleados en los artículos que conforman el corpus para re-versionar esta diferencia sexual.

Estas cuatro operaciones discursivas reconocidas en los textos del corpus no son exclusivas ni excluyentes de la escritura a partir de investigaciones feministas. Quiero decir: no aparecen estas opciones retóricas elegidas por todxs quienes escriben desde esta perspectiva, ni tampoco se trata de procedimientos que no puedan aparecer y no hayan aparecido ya en otro tipo de escrituras académicas (con base en otras epistemologías o corrientes críticas o por cuestiones estilísticas personales). Aun así, es palpable la existencia de ciertas recurrencias de procedimientos en este tipo de discursos, lo cual me llevó en primera instancia a elaborar las conjeturas iniciales. El análisis llevado a cabo en esta investigación me permitió corroborar, en un corpus mínimo, la existencia de esas recurrencias, pero además, y lo que personalmente me resulta más valioso, me permitió establecer relaciones entre las operaciones discursivas y fundamentos de las epistemologías feministas, de modo que las formas de escritura que se contagian en la academia feminista no sean tomadas como moda o capricho.

Tuvo que morir Ana María, la protagonista de *La amortajada*, para saber. Sin un lugar elegido, sin una casa propia, ni un cuarto propio, sin las palabras suficientes vivió su vida, como ajena, como intrusa, intentando ser sujeto en una lengua que la representa como objeto, según describe Violi (1991). No será casualidad que *mortaja* y *mordaza* sólo se diferencian en dos sonidos fácilmente indistinguibles. Las amordazadas, las muertas, despertamos y en ese despertar, dice Rich (1983), traemos la escritura como re-visión.

Volvemos a mirar el lenguaje, los textos ya escritos, las formas en que usamos la lengua que son formas en que nos representamos a nosotras mismas y a los mundos no tan habitables por los que transitamos. No hace falta hacerlo desde el umbral ignoto de la muerte, no hace falta morir para saber.

La historia de la amort(d)aj(z)ada traba su sentido en el punto liminal entre lo físico y lo no físico, entre lo vivo y lo muerto. Bien puede ser una historia de *cyborg* (Haraway, 1995) y este personaje una figuración productiva, o sea, un mapa condensado de un mundo discutible, hábil para problematizar certezas e identificar problemáticas en torno a las relaciones entre escritura y conocimiento (Haraway, 2021). Convoco a esta figura para que nos acompañe en este trayecto de escritura-lectura. Que nos sirva de lente o amuleto para re-visar lo que otras (y algunos) pensadoras han dicho en relación al arreglo desigual que tenemos las mujeres con el lenguaje y las mujeres con la ciencia. Que nos ilumine las formas que hábilmente otrxs han forjado para decir en sus términos, para elaborar otras visiones de mundos posibles. Que nos ayude a entender, que nos cuide las espaldas, para no morir en el intento.

Capítulo 1: Una red de pensadoras de compañía

Importa qué materias usamos para pensar otras materias; importa qué historias contamos para contar otras historias; importa qué nudos anudan nudos, qué pensamientos piensan pensamientos, qué descripciones describen descripciones, qué lazos enlazan lazos. Importa qué historias crean mundos, qué mundos crean historias.

Donna Haraway, *Seguir con el problema*

No pretendo en este capítulo una acumulación de conceptos como los “ángeles fríos” del poema de Sylvia Plath⁴, ordenados en estantes, listos para su uso cuando la norma científica lo prescriba. No quiero palabras muertas ni teorías huérfanas. Más vale me hago de buenas compañeras para la actividad del pensar, que me colaboren en el contorno de un marco teórico posible. Haraway (2019) recupera, en *Seguir con el problema*, la terminología de la palabra “compañerxs”: proviene del latín *cum panis*, con-pan, o sea, quienes comparten la mesa, el alimento, la conversación, las herramientas del pensar. Nos invita a considerar a las prácticas epistémicas como un “pensar-con”, en el sentido de que toda construcción de conocimiento es colectiva y de que puede potenciarse más aún si pensamos con otrxs. También advierte sobre prestar atención a con quiénes pensamos, porque, como reza el epígrafe, “importa qué materias usamos para pensar otras materias...” (p. 35).

La pregunta acerca de con quiénes elijo pensar es la que ha guiado la composición de este apartado. El hecho de llamarlas “pensadoras de compañía” surgió a partir de escuchar a Paula Fleisner, doctora en filosofía y docente en la Universidad de Buenos Aires, en el marco de las VII Jornadas de Filosofía de la Cultura (2020) del Centro de Estudios de Filosofía de la Cultura. Fleisner cita a Haraway, Stengers, Wittig llamándolas “filósofas de compañía” y explicita algunos guiños que encierra esa denominación. Por

⁴ Ver Dorothy Smith (1989).

un lado, resuena en la frase el *The Companion Species Manifesto [Manifiesto de las especies de compañía]* (2003) de Haraway. Por otro, subvierte “la idea de ‘dama de compañía’, y todo el eufemismo que puede traer aparejado, haciendo el juego de lo *queer*, de apropiarse de aquello de lo que nos acusan para inventar una tradición nueva” (Centro de Estudios en Filosofía de la Cultura, 2020), según explica en el video.

Más que trazar un listado de conceptos, me interesa convocar aquí a cuatro investigadoras que considero “pensadoras de compañía”, porque en la conversación diferida, a través de la lectura y la escritura, encienden el motor de mi pensamiento, ofrecen sus manos y tejemos juntas las figuras de cuerdas de las que habla Haraway (2019). Más que figuras de cuerdas, prefiero vincular a este ejercicio de *pensar-con* con la idea de red. Una red posee el entramado de múltiples y diversos hilos, que enredados con cierta música forman otra cosa. Y eso que forman puede sostener lo que se pesca en una jornada de trabajo, puede atrapar una mariposa, puede salvar al trapecista. Sostener y salvar me parecen regalos suficientes de parte de mis pensadoras de compañía. También una red puede funcionar como una bolsa, como la bolsa de transporte de la que habla Ursula Le Guin (1986), aquella con la que salían quienes no cazaban a recoger lo que aparentemente no importaba: piedras, semillas, huesitos. A ver si puedo construir un relato como una bolsa “con muchos más trucos que conflictos, muchos menos triunfos que trampas y espejismos”, como dice la escritora. ¿Será suficiente?

Una red también es la tela de la araña, como la de la especie *Pimoides cthulhu*, que describe Haraway como representante de las fuerzas chthónicas en la tierra, fuerzas que deberíamos invocar para esta nueva era, el Chthuluceno. De este neologismo también extrae el término “tentáculo”, que proviene de *tentaculum*, antena y *tentare*, sentir. Como la araña y sus largas patas (como antenas) que logran sentir/tocar, también el modo de pensamiento al que invita es a un pensamiento tentacular, que pueda dirigir sus antenas a distintos puntos y sentir lo que toca. A partir de esta idea, Nadia Martin (2021) describe al pensamiento táctil como aquel que puede llegar a tocar al otro, a afectarlo de algún modo. Escribe:

Porque pensar, no es meramente un acto cognitivo; sobre todo, implica el afecto, la afección, el estremecimiento del roce con los otros. El marco teórico es, en este

sentido, una modulación del tocar, un modo del con-tacto que estimula el corpus, que hace valer una sensibilidad. Y la escritura (como piel, como interfaz del con-tacto en la que se consuma un modo de la aproximación entre un pensamiento y un corpus) es un modo de darse de los cuerpos y sus relaciones. (p. 48)

Porque pensar nos afecta y nos compromete el cuerpo, es que la pregunta de con quiénes pensamos es una pregunta seria. Hago eco de las palabras de Nadia Martin: nos merecemos mejores compañeras, debemos procurarnos buenas compañeras.

He elegido para desarrollar aquí una idea central del pensamiento de cada una de las autoras elegidas, a razón de un recorte necesario a los fines de esta investigación. Como veremos, cada una de estas ideas va a relacionarse con una de las operaciones discursivas que son objeto de esta pesquisa. Sé que el constructo es simplista. Se trata de una mirada posible. Los vínculos entre supuestos de las epistemologías feministas y operaciones discursivas en la escritura se asemejan más vale al juego de cuerdas, ni siquiera a una figura en particular. Muevo las manos y se arma un coyote, giro dos dedos y aparece la luna.

1.1 Donna Haraway: conocimientos situados y testigo modesto

Nacida en 1944 en Denver, Colorado, Donna Haraway se graduó en Zoología y Filosofía en 1966 y completó un doctorado en el Departamento de Biología en Yale con una tesis sobre las funciones de la metáfora en la configuración de la investigación en biología del desarrollo en el siglo XX. Ya desde el inicio de sus estudios se observa un marcado interés en la construcción retórica del conocimiento científico y una lógica interdisciplinar que marcaría todo su pensamiento posterior. Es profesora emérita de la Universidad de California y ha enseñado también en la Universidad de Hawái y en la Universidad Johns Hopkins. Ha estado a cargo de la primera cátedra de Teoría Feminista de Estados Unidos (Universidad de Hawái) y ha compartido claustros con importantes intelectuales como Hayden White, Teresa de Lauretis, Angela Davis y James Clifford, parte de su propio equipo de pensadorxs de compañía.

Haraway ha realizado una poderosa contribución a las discusiones sobre ciencia, tecnologías de información y feminismos, así como ha colaborado en agudizar la mirada sobre los vínculos entre humanos y no humanos y entre humanos y máquinas. La figura

del *cyborg*, desarrollada en *A Cyborg Manifesto* (1985), constituyó un hito en el pensamiento feminista de fines del milenio, ya que conjuga en una figuración las preocupaciones irresueltas acerca de las fronteras entre humanos y animales, organismos y máquinas y entre lo físico y lo no físico, hoy más actuales que nunca. Se ha destacado asimismo por sus contribuciones en el debate sobre el Antropoceno, especialmente por su propuesta de una política multiespecies. Es realmente inspirador el modo en que sus ideas mantienen una coherencia con el modo en que piensa, investiga y escribe en la academia.

Una de las nociones más citadas de Haraway es la de conocimientos situados, que aparece en un ensayo publicado originalmente en inglés, en 1988, en la revista *Feminist Studies*. Fue traducido al español y publicado en Argentina en 1993 por el Centro Editor de América Latina, en una recopilación de textos que realizan María Cecilia Cangiano y Lindsay Dubois, *De mujer a género. Teoría, interpretación y práctica feminista en las ciencias sociales*. Conocimientos situados, saberes ubicados, conocimiento encarnado, saberes corporizados, son algunas de las denominaciones que se alternan entre la propia autora y las traducciones, todas ellas remitiendo a lo mismo.

En este ensayo, Haraway busca reflexionar acerca del problema de la objetividad en la ciencia. Se sitúa críticamente en un grupo de feministas que han buscado historizar la ciencia para dar cuenta de su carácter retórico y disputable y para desenmascarar las doctrinas de objetividad que encubren en verdad una mirada no marcada, que es la masculina, blanca, occidental, propietaria. Los esfuerzos en este sentido han llevado a dos posturas radicales de las que es necesario salir. De un lado, las feministas empiristas confían en la objetividad de la ciencia tradicional y se sienten herederas de dicha ciencia que ahora puede pertenecer también a las mujeres. Del otro, el feminismo que sigue los lineamientos del constructivismo social, considera que tanto la objetividad como las posturas subjetivas son construcciones discursivas, por lo que termina cayendo en un relativismo peligroso. Haraway advierte que las mujeres no debemos abandonar la ciencia, a pesar de que consideremos que se trata sólo de textos, pero tampoco podemos seguir creyendo en la objetividad como la considera la ciencia tradicional. Sabemos del *god trick*, del truco de dios, de esa postura que se pretende universal y

neutral, que pretende mirar desde ningún lugar. Sabemos de sus intereses y de su soberbia.

Frente a esto, Haraway propone como camino pensar en saberes situados, en múltiples verdades parciales y ubicadas, que puedan dialogar, interpretarse, traducirse. La objetividad, como la piensa esta autora, se encuentra en esta suma y puesta en diálogo de múltiples puntos de vista. Con respecto a esto, Haraway retoma el debate acerca del privilegio de la mirada de lxs subyugadx, ya que es allí donde no se enmascaran los mecanismos de opresión, sino que resaltan como luces de artificio. Pero, nos advierte, no hay que caer en universalizar este otro punto de vista ni pensar que se trata de una mirada única y homogénea. “La búsqueda por una posición 'total' y completa es la búsqueda por el sujeto perfecto fetichizado de la historia de las posiciones, algo que aparece en la teoría feminista como la esencia de la mujer del tercer mundo” (1993, p. 127). Por eso, los feminismos tienen que evitar explicaciones esencialistas y soluciones universales. Buscar diferenciar, no ser.

Una metáfora que Haraway va a privilegiar en este texto es la de la mirada. La posición de quien habla en un texto científico es una mirada, implica la posibilidad de ver y legitimar esa visión. Haraway se preocupa por pensar en el momento en que la categoría no marcada pudo realizar el salto hacia la mirada ubicua, que está en todos lados, que ve sin ser vista, que representa pero escapa de la representación. En esto han tenido influencia los avances en las tecnologías de la visualización: desde el microscopio, que permite llegar a ver lo infinitesimal; hasta las fotos satelitales, que expanden la visión humana hasta abarcar el planeta completo (¿quién no se tentaría con creerse dios?). Pero la mirada infinita es una ilusión, un truco. Haraway insiste en que no olvidemos el carácter particular y corporizado de toda mirada:

Quiero una escritura feminista del cuerpo que enfatice nuevamente metafóricamente la mirada, porque necesitamos recobrar ese sentido para encontrar nuestro camino a través de los trucos y poderes visualizables de las ciencias modernas y las tecnologías que han transformado los debates sobre la objetividad. (p. 123)

Plantear una mirada que pueda trascender todos los límites y responsabilidades, para Haraway, es sencillamente perverso. En cambio, las corporizaciones particulares y específicas prometen ser perspectivas no solo epistemológicas, sino políticas. Sólo puede haber objetividad de la mano de una posición política.

En un texto posterior, *Testigo_Modesto@Segundo_Milenio.HombreHembra@_Conoce_Oncorotón®. Feminismo y tecnociencia*, publicado originalmente en 1997, la autora construye una figura, el “testigo modesto”, para pensar acerca de la ciencia, la objetividad y la escritura. Haraway describe al “testigo modesto” como una tecnología de escritura que sostuvo las columnas de la naciente ciencia moderna occidental (y que permitió que los hombres se transformaran en hombres)⁵. La virtud moderna de la modestia, solicitada a las mujeres en el cuerpo, se les depositó a los varones en la mente: “debía ser la clave de la integridad del caballero científico; él informaba sobre el mundo, no sobre sí mismo” (2021, p. 109). Así es como la figura del “testigo modesto” se convirtió en la forma legítima del enunciador científico: auto-invisible, incorpóreo, carente de opiniones, único ventrílocuo autorizado del mundo de los objetos. Haraway nos invita a sospechar de esta figura, de esta operación discursiva que representa al *god trick*, para permitirnos pensar en la posibilidad de la existencia de múltiples saberes situados y múltiples figuras testigas⁶ corporizadas, desviadas y, quizás por esto mismo, más modestas.

En los orígenes de la ciencia moderna, un científico modesto sería aquel capaz de construir relatos que pudieran ser acreditados como espejos de la realidad, para lo cual el relator debería volverse invisible, habitante de la poderosa categoría no marcada, de la cultura de la no cultura. Haraway estudia este origen en el experimento de la bomba de vacío de Robert Boyle. Entre 1650 y 1660, Boyle desarrolló tres tecnologías que constituyeron una nueva forma de vida: una *tecnología material* (la bomba de vacío), una *tecnología literaria* (el modo en que los experimentos se darían a conocer a testigos no presenciales) y una *tecnología social* (las convenciones en el trato entre los científicos y los reclamos de conocimiento). Cada una de estas tecnologías funcionaba como

⁵ Según argumento de Elizabeth Potter, citada en Haraway (2021).

⁶ Apuesto a la forma femenina de esta palabra a pesar de que el corrector de Word la señale como una incorrección. Sospecho que la convencionalidad de un masculino genérico para el nombre “testigo” hunde sus raíces en la invalidación histórica de los testimonios de las mujeres.

recurso objetivante que transformaba los hechos en cosas dadas. La *tecnología literaria* inauguraba una escritura desnuda, despejada de toda retórica florida y de asuntos humanos, con un enunciador auto-invisible y transparente. La modestia del científico radicaba en un supuesto salirse de sí para revelar las verdades del mundo, en una entrega de su mente y espíritu, sin contaminaciones del cuerpo. Sin embargo, afirma Haraway: “es la forma de la modestia que paga con creces a quienes la practican con la moneda del poder social y epistemológico” (p. 98). Por eso estas tecnologías también lo fueron del género, “puesto que la forma de vida experimental construyó la exclusión de mujeres reales, así como asimismo de las prácticas y los símbolos culturales juzgados como femeninos, de lo que podría considerarse como verdad dentro de la ciencia” (p. 105).

1.2 alejandra ciriza: tramar genealogías feministas situadas

Con alejandra ciriza compartimos ambas habitar los territorios del Sur de Abya Yala, tierras surcadas por la violencia y el arrase de la conquista iniciada en 1492, despojadas en gran medida de sus poblaciones originales y sus rastros culturales y simbólicos; territorios forzados al borrón y cuenta nueva, a la imposición de discursos, creencias, formas políticas, epistemologías foráneas, patriarcales, coloniales, imperiales. También compartimos un presente de ultraderecha neoliberal, de saqueo de los bienes comunales, de expropiación de la naturaleza, de estragos financieros y repliegue de derechos conquistados. De mis pensadoras elegidas, es la única con la que tuve la oportunidad de compartir espacio-tiempo, de asistir a sus clases en la Universidad Nacional de Cuyo, en la Maestría de Estudios Feministas, de la cual alejandra es directora.

Doctora en filosofía, investigadora de CONICET y docente en la UNCuyo, alejandra ha orientado sus intereses de investigación hacia las relaciones entre feminismos y marxismo, las reflexiones en torno a la ciudadanía de las mujeres y el debate sobre el aborto, abordajes feministas de las militancias y las violencias de los años setenta en Argentina, radiografías críticas de pensadoras como Simone de Beauvoir o Mary Wallstonecraft, consideraciones alrededor de la construcción de genealogías feministas, entre otros temas. Ha publicado un sinnúmero de artículos y capítulos de libros, cuya escritura situada, posicionada políticamente, aguda y sentida se resiste a los corsés

académicos, participando de este orden del discurso y a la vez poniéndolo en jaque. Mantiene un intenso compromiso con la formación de personas en la academia y es reconocida por su constante activismo en organizaciones feministas y de defensa de los Derechos Humanos.

Fue profesora adjunta de la cátedra de Epistemología de las Ciencias Sociales (UNCuyo) y desde 2014 es responsable de la materia Introducción a la Filosofía y el Pensamiento Feminista de la carrera de Comunicación Social (UNCuyo). Desde la primera cohorte de la Maestría en Estudios Feministas (2021), dicta los seminarios de posgrado *Epistemología y metodología feministas* y *La emergencia del feminismo: genealogías y debates feministas*. Se posiciona críticamente con respecto a la idea moderna de universalidad, ubicuidad y neutralidad del conocimiento. Afirma que para empezar a entramar nuestras genealogías feministas dispersas es necesario dismantelar “las tentativas recurrentes de neutralización, incluidos los usos gramaticales dominantes, que han invisibilizado presentándolo como neutro y universal, el carácter androcéntrico del conocimiento producido y validado como científico o filosófico” (2015, pp. 85-86). Esta forma de producir y de escribir el conocimiento afecta a todas las mujeres, pero sobre todo a las mujeres doble o triplemente silenciadas a raíz de su lengua, su orientación sexual, su cultura, su condición de clase o la racialización que opera sobre ellas. Se asienta sobre ellas la colonialidad del saber, a menudo por parte de sus mismas compañeras de género (pero que no lo son de clase, de región geográfica o de color de piel).

Es propio del pensamiento de Alejandra (2015) entrelazar la crítica al eurocentrismo con el cuestionamiento al androcentrismo, buscando puntos de contacto, un diálogo posible. Justamente, la metáfora que late en sus textos es la de tejer genealogías, entrelazar hilos cortados, porque se trata de tramas que se construyen, con una intención y un esfuerzo detrás de esa construcción, detrás del acto de tejer con palabras. Entonces recupera de los años setenta las corrientes de pensamiento que abordaron el eurocentrismo y lo discutieron: la teoría de la dependencia (André Gunder Frank, Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto, Osvaldo Sunkel y Pedro Paz), el pensamiento de Augusto Salazar Bondy y la filosofía de la liberación (Arturo Roig, Enrique Dussel, Horacio Cerrutti, Osvaldo Ardiles). Pero, advierte Alejandra, estos filósofos no se

preguntaron por el androcentrismo. Del otro lado, en la misma época, algunas voces feministas se dejaban oír (Ezequiel Ander Egg y Norma Zamboni, Isabel Larguía y Mirta Henault), pero éstas a su vez no se preocupaban por el eurocentrismo. Años más tarde, con el comienzo de siglo, surgen las teorías descoloniales, pero su crítica al colonialismo no parece anclarse en las teorías producidas en los años setenta. Estos desencuentros dan cuenta de un trabajo por hacer frente a las genealogías discontinuas y dispersas del pensamiento feminista en América Latina.

Otro de los puntos característicos del pensamiento de esta autora es la reivindicación de una Ilustración propia de nuestras tierras, no copia de vida ajena ni sometida a los criterios eurocéntricos de cómo debe ser un pensamiento ilustrado —según pareciera pretender la filósofa española Celia Amorós, con quien ciriza (2015) entra en discusión en uno de sus textos—. La nuestra es una Ilustración que “estuvo determinada por las tensiones entre centro y periferia, por los desiguales procesos históricos, por las relaciones entre peninsulares y criollos/as, comunidades indígenas, y sujetos afrodescendientes” (p. 99). ¿Qué hacer con las mujeres que no se llamaban a sí mismas “feministas” pero que luchaban por la emancipación y por la igualdad de derechos? ¿Qué hacer con una Micaela Bastidas, una Juana Azurduy, una Gregoria Apaza?, se pregunta y nos pregunta alejandra. Lo mismo: ¿qué hacer con las mujeres militantes y transgresoras de los años de dictadura? Las mujeres estamos dispersas entre los hombres, sentenció Simone de Beauvoir. Enlazar los hilos múltiples y contradictorios de las feministas del sur es la tarea genealógica a enmendar, es un gesto político, como dice Adrienne Rich (recuperada su voz por alejandra).

Inmersa en este compromiso genealógico, alejandra (2020) explora los hilos de la misma noción de genealogía como trama en tres pensadoras feministas del Sur: Julieta Kirkwood, Safina Newbery y Silvia Rivera Cusicanqui. La socióloga y feminista chilena Julieta Kirkwood considera a las tramas feministas como “lugares en los cuales anudan tensiones derivadas del 'estar juntas entre mujeres' (Kirkwood, 1983, p. 10), un acto que, en su perspectiva, modifica[ba] saberes y prácticas” (ciriza, 2020, p. 152). De la antropóloga y teóloga lesbiana Safina Newbery, alejandra toma la noción de *la urdimbre de Aquehua*, que hace referencia, a través de un mito *qom*, a la unión de mujeres para recuperar sus saberes, en un momento crucial de rompimiento del tejido social a causa

de las políticas neoliberales de los años noventa. Por último, enlaza las nociones anteriores con la idea de *chexes* de la socióloga boliviana de origen quechua-aymara Silvia Rivera Cusicanqui. Los *chexes* son “lugares donde se tejen urdimbres y dibujos en los cuales la contraposición es visible, como lo es el carácter contencioso de nuestras genealogías” (p. 153), apunta ciriza. La metáfora invita entonces a construir genealogía entramando voces como en un telar, pero también me suena, a título personal, como tramar un plan, como “disponer o preparar con astucia o dolo un enredo, engaño o traición” (Real Academia Española, s.f., definición 2), como define el diccionario al verbo *tramar*.

1.3 Rosi Braidotti: una escritura nómade

Otra de mis pensadoras de compañía es la filósofa ítalo-australiana Rosi Braidotti. Luego de cursar sus estudios de grado en Australia, se trasladó a París para realizar su tesis doctoral en la Universidad de la Sorbonne, donde se graduó en 1981. En 1988, comenzó a trabajar como profesora en la Universidad de Utrech en los Países Bajos y en 1995 fue directora fundadora de la escuela holandesa de estudios de las mujeres, puesto que mantuvo hasta el año 2005. Reconocida feminista y activista por los derechos de las mujeres, es una de las principales autoridades en los estudios sobre el tema de la subjetividad y lo posthumano, sobre todo en relación a las perspectivas neofeministas. Discípula de Gilles Deleuze y heredera de la generación de intelectuales franceses de los años setenta, Braidotti se considera asimismo fuertemente influenciada por las ideas de Donna Haraway y de Luce Irigaray, entre otras pensadoras feministas.

Uno de los pilares fundamentales de su pensamiento es lo posthumano como uno de los rasgos definitorios de nuestro contexto histórico. La condición posthumana, dice Braidotti, se da en la triple convergencia de lo posthumano y lo postantropocéntrico dentro de una economía de capitalismo avanzado. Denomina posthumanismo a la crítica que se realiza desde las ciencias humanas al ideal humanista de “Hombre” universalizante. En ese ideal, no entraban las mujeres, ni los varones sin propiedad, ni las identidades sexuales disidentes, ni todo lo que no fuera europeo o norteamericano. Como postantropocentrismo, entiende a aquellas corrientes de pensamiento que critican la jerarquía entre las especies y el excepcionalismo humano. Braidotti manifiesta que la mayoría de las personas educadas en las ciencias sociales y en las humanidades

no han sido formadas para pensar en términos de especies. A pesar del panorama actual desalentador, que incluye el avance de las neoderechas y sus mecanismos de exclusión de otredades, la pérdida de apoyo público de las universidades, el cansancio teórico y el agotamiento del trabajo académico burocrático y competitivo, la autora realiza el esfuerzo de transformar lo negativo en algo generativo. Escribe:

El agotamiento puede transformarse en un acto de afirmación si las condiciones para esta regeneración son compartidas por un número suficiente de personas, tanto del tipo humano como no-humano, que la abrazan como una apertura hacia las nuevas posibilidades virtuales y no como una caída al vacío. (2019, p. 31)

Por esto mismo, a esta filósofa le resulta de suma importancia preguntarse acerca de quiénes somos “nosotros”, quienes vamos a reunirnos, unirnos, para conversar sobre temas inquietantes, para pensar afirmativamente en conexiones transversales y alianzas difíciles que nos permitan sobrellevar el atolladero, porque “no podemos sobrevivir ni actuar solos” (p. 31).

En el marco de pensar la subjetividad contemporánea y las posibilidades para el conocimiento en este presente de condición posthumana, Braidotti (2000) plantea el pensamiento nómada. A la manera del *cyborg* de Haraway, esta pensadora presenta al nomadismo como una figuración o ficción política ya que como herramienta teórica considera que las figuras son más eficientes hoy que los sistemas teóricos. Para el pensamiento crítico de fin del milenio, la conciencia nómada se vuelve un imperativo epistemológico y político, ya que puede ofrecer salidas alternativas a la visión falocéntrica y dualista del sujeto. El nomadismo es una postura situada y política. No precisa exclusivamente de traslados por el espacio ni es literatura de viaje y evita el relativismo. Se trata de una conciencia crítica “que se resiste a establecerse en los modos socialmente codificados de pensamiento y conducta” (p. 31) y que diluye la idea de “centro” y las nociones de sitios originarios o identidades auténticas.

El pensamiento nómada incide en las formas tradicionales de pensar el conocimiento y en la escritura del conocimiento. Para esta autora, los sujetos nómades deben ser políglotas, es decir, capaces de hablar y de entender distintas voces, modulaciones,

jergas. Escribir es ser políglota en la propia lengua, afirma Braidotti, en el sentido de poder desarticular a través de la escritura la naturaleza sedentaria de las palabras. Sostiene:

“La escritura políglota, nómade, desprecia la comunicación dominante; el embotellamiento de significaciones que se agolpan esperando ser admitidas a las puertas de la ciudad crea esa forma de contaminación que se conoce como “sentido común”. La escritura nómade, en cambio, anhela el desierto, las zonas de silencio que se extienden entre las cacofonías oficiales, en un flirteo con una no pertenencia y una condición de extranjería radicales.” (p. 48)

Es propio de una escritura nómade cultivar un sano desdén por las convenciones académicas e intelectuales excluyentes. Esta escritura prefiere ingresar y mezclar diferentes voces y modos de habla a pesar de las costumbres y normativas de la academia. También se rebela contra las autoridades legitimadas del saber y contra los textos “sagrados” de la “gran tradición” humanista. Sospecha de ellos. Elige en cambio construir genealogías intelectuales novedosas, marginales, inquietantes, como ejercicio de contramemoria y como espacio de resistencia a la hegemonía del saber (Braidotti, 2000).

Otra característica de la escritura y del pensamiento nómade es el deseo de dejar atrás el modo lineal del pensamiento intelectual, ese modo de argumentar que nos han enseñado y que naturalizamos como el único modo de pensar. Según Braidotti, este modo de pensamiento termina alentando la pleitesía a ciertos autores, textos y corrientes canónicos de la gran tradición filosófica humanística. Frente a ellos, la autora quiere oponer “una forma apasionada de posthumanismo, basada en una ética nómade feminista” (p. 69). El nomadismo implica además transdisciplinariedad, conceptos nómades, como los denomina Isabelle Stengers (citada en Braidotti, 2000, p. 59), hábiles para pasar de un discurso científico a otro, desdibujando las fronteras disciplinarias.

Un tipo de mezcla de voces o modos de habla es la que enhebra discurso teórico con discurso poético, maniobra que Braidotti se asume culpable de realizar deliberadamente en sus escritos. Cuenta: “Estos desplazamientos de mi voz son un modo de resistir a la fuerza que empuja hacia el lenguaje académico, rutinario, formal, tedioso” (p. 79). En

los círculos filosóficos en los que se formó, existe un fuerte rechazo hacia la preocupación por el estilo o las formas de escritura. Torcer el lenguaje académico serio y cientificista se considera propio de una mente débil, no filosófica. Incluso la mayoría de las mujeres en filosofía eligen este funcionalismo en el lenguaje, como si sólo fuera un medio para la comunicación de ideas. Braidotti reniega de la distinción entre discursos logos-intensivos (la filosofía) y discursos pathos-intensivos (la literatura). Defiende: “Yo prefiero ficcionalizar mis teorías, teorizar mis ficciones y practicar la filosofía como una forma de creatividad conceptual” (p. 79).

La mayoría de las mujeres en la academia fueron entrenadas para hablar el lenguaje científico masculino, ese falso idioma universal convertido en fetiche del humanismo occidental. Entonces, la creación de un conocimiento feminista demanda que prestemos atención a las diferencias que aparecen y que aparecerán en los textos producidos por las mujeres. Braidotti considera que, específicamente para las académicas feministas, es de suma importancia “romper con las pautas de identificación masculinas que impone la gran teoría, salirse de las estructuras paralizantes de un estilo académico excluyente” (p. 69).

1.4 Patrizia Violi y la diferencia sexual en el lenguaje

Quizás una de las investigadoras que más claramente ha abordado la cuestión del sexismo inherente al lenguaje sea la lingüista y semióloga italiana Patrizia Violi. Ella es el *alma mater* de la Universidad de Bolonia, la universidad más antigua del mundo occidental con funcionamiento ininterrumpido. Es profesora titular de Semiótica en el Departamento de Filosofía y Comunicación y es directora del “Centro Internacional de Humanidades Umberto Eco” y del TRAME (Centro Interdisciplinario para el Estudio de la Memoria y los Traumas Culturales). Si bien aquí desarrollo sólo sus aportes con respecto a las relaciones problemáticas entre lenguaje, género y subjetividad, investigaciones realizadas en la década de los noventa, no quiero dejar de destacar que hace varios años Violi orienta sus investigaciones hacia el estudio del trauma y la memoria, en especial con respecto a las postdictaduras en América Latina. Fue líder en un proyecto titulado “UE: MEMOSUR – Una lección para Europa: memoria, trauma y reconciliación en Chile y Argentina (2014-2017)” y en el presente dirige un segundo proyecto en relación a este tema: “UE SPEME. Cuestionando el patrimonio traumático: espacios de memoria en

Europa, Argentina, Colombia”. En 2019, visitó la Argentina y dio una conferencia en la Universidad Nacional de Cuyo de título “Monumento, contra monumentos y anti monumentos”.

La discusión acerca del sexismo inherente al lenguaje o, como se denomina desde otras perspectivas, la crítica al androcentrismo lingüístico, trasciende las fronteras del ámbito académico y científico. Sin embargo, sin menospreciar los intentos de evitar el masculino genérico y otras formas sexistas en el lenguaje cotidiano, en el periodismo, en la literatura, entre otros ámbitos, es llamativo el modo en que estas decisiones retóricas (como lo es el uso del lenguaje inclusivo), de iniciativas militantes, políticas, populares, ha calado hondo en un discurso tradicionalmente muy apegado a la norma como es el discurso académico y científico. En la indagación acerca de una escritura académica feminista, las decisiones en torno a qué se hace con la diferencia sexual en el lenguaje resultan cruciales y no dejan de ser abordadas por quienes escriben en la academia desde marcos epistemológicos feministas.

En *El infinito singular* (1991), Violi expone las conclusiones de una investigación que tuvo como propósito inicial responder a la pregunta de cómo se manifiesta la diferencia sexual en el lenguaje. Para esta autora, resulta fundamental el estudio sobre el lenguaje, ya que es “punto de articulación del nexo entre representaciones, subjetividad e ideología” (p. 12), es “el ámbito en el que la subjetividad toma forma y consistencia, desde el momento en que el sujeto solamente se puede expresar dentro del lenguaje y el lenguaje no puede constituirse sin un sujeto que lo haga existir” (p. 12). Su objeto de investigación es precisamente el paso del sexo al género como resultado de procesos semióticos y lingüísticos y lo aborda desde distintos planos: desde el interior del lenguaje (sobre todo la categoría de género gramatical), a través de la revisión crítica de las teorías lingüísticas y a partir de la observación de las formas y modalidades en que se manifiesta la diferencia sexual. Violi observa que, en el lenguaje, en vez de presentarse dos sujetos autónomos y diferenciados (masculino y femenino), se le da la palabra a un solo sujeto, aparentemente neutro y universal (pero masculino en realidad), al que se somete toda diferencia como su inferior y adversario. Es así como en el lenguaje la diferencia entre masculino y femenino está simbolizada como la doble articulación de sujeto – objeto, primer término y término derivado, término definidor y su negación.

A la pregunta de si existe una categoría dentro del sistema lingüístico que represente la diferencia sexual, Patrizia Violi responde afirmativamente. El lenguaje no es neutral, porque quien habla siempre está presente en su enunciado, pero además porque quien habla inscribe y simboliza en su interior la diferencia sexual ya jerarquizada y orientada. Lo hace a través de la categoría de género, que no es sólo gramatical sino principalmente semántica, por lo que sugiere e impone ciertas representaciones de lo femenino. Violi investiga las categorías clasificatorias en los orígenes de varios idiomas, no sólo la de masculino/femenino sino también la de animado/inanimado, y concluye que de distinta forma el género siempre aparece, y esto es porque forma parte de las estructuras básicas generadoras de sentido. De este modo, ella defiende la hipótesis de que hay una correspondencia entre categorizaciones lingüísticas y experiencia (en oposición a los lingüistas que consideran al género como un mero accidente gramatical, sobre todo en palabras que designan elementos no sexuados –Meillet, Martinet, Lyons, Sapir-). En general, los lingüistas coinciden en ocultar la diferencia sexual en el lenguaje y en negarle un sentido.

En el debate entre arbitrariedad y simbolismo, esta pensadora defiende la tesis simbolista: las categorías lingüísticas son el resultado de una inversión semántica previa. La diferencia sexual es una categoría fundadora de la experiencia y de la estructura psíquica, por eso en todas las lenguas se han dotado de simbolizaciones sexuales a los elementos relevantes de una cultura y se los ha ordenado además en parejas de opuestos. Podemos leer allí y en la evolución de la categoría en el tiempo, representaciones de lo femenino y la llegada del patriarcado. Lo femenino se ha construido como género derivado y subalterno a través de dos estrategias: el ocultamiento de la diferencia sexual y la oposición de la diferencia natural como dualismo (o sea, términos antagónicos e irreductibles). Lo femenino sólo se caracteriza en cuanto negación o ausencia de lo masculino y sus representaciones están hechas desde un punto de vista masculino. Las causas de esto no son lingüísticas. El masculino como genérico aparece recién en el 1600 y se adopta como uso común en 1746. Violi se pregunta, años antes de las propuestas recientes de lenguaje inclusivo, si es posible cambiar el idioma. No lo sabe, pero afirma que al menos las propuestas de

transformación resultan interesantes en cuanto provocación y desenmascaramiento de una ideología.

Además de pensar la diferencia sexual en las formas gramaticales, Violi investiga acerca de los usos diferenciales del lenguaje en mujeres y varones. Rescata en investigaciones de *langage and sex* algunos rasgos preferenciales que permitirían caracterizar al lenguaje de las mujeres: inflexión interrogativa, entonación dubitativa como pidiendo la aprobación del interlocutor, términos específicos de un “universo femenino”, cortesía e hipercorrección (o asimilación excesiva del modelo dominante). Violi las agrupa denominándolas estrategias atenuantes: “como si quien la[s] emplea no tuviera el derecho o la posibilidad de afirmar explícitamente su palabra ni a sí mismo, de legitimar su propio discurso” (p. 82). Por otro lado, en estudios sobre las interacciones conversacionales, se ha descrito que las mujeres son más interrumpidas y solapadas por hombres en un porcentaje del 100%. Pero el lenguaje no solamente refleja las dinámicas sociales, sino que tiene incidencia sobre la realidad, construye estereotipos de género. En todos estos estudios se sigue creyendo que el lenguaje de las mujeres es la carencia o la ausencia del lenguaje que sería óptimo hablar (el de los hombres). Es necesario empezar a interpretar estas faltas como carencias del lenguaje, no de las mujeres. “La relación de la mujer en el lenguaje es intrínsecamente contradictoria, porque el lenguaje la empuja a emplear un sistema de representación y expresión que la excluye y la mortifica” (p. 100). Violi concluye que las estrategias del lenguaje de las mujeres es una única estrategia y consiste en el ocultamiento del sujeto de enunciación a favor del tú de la enunciación. En cambio, los hombres se colocan como centro de su discurso y eluden al otro, al tú. Ambas formas son discursos incompletos y reflejan la profunda escisión de nuestra subjetividad. El lenguaje no puede ser andrógino ni puede ser neutro, es sexuado como las personas que lo hablan, aunque hoy esta forma sexuada es negativa, de repetición de la separación y división de papeles.

Las mujeres viven su relación con el lenguaje como un límite, hay algo que no pueden expresar y es tomado como una falta de ellas y no del lenguaje mismo. Violi propone pensar desde una idea de sentido más profundo, intencional, donde aparece lo indecible del discurso y cuya base es corporal. Es allí donde puede aparecer la diferencia. Advierte sobre no contraponer directamente lo corporal femenino por un lado y lo conceptual

masculino por el otro, ya que de esta forma sólo estaríamos dejando a las mujeres ser el sustrato biológico para la significación masculina. Es necesario reconocer las bases materiales de la significación para poder pensar allí la diferencia sexual.

Con respecto a la cuestión del sujeto que representa el lenguaje, Violi manifiesta que la lingüística contemporánea caracteriza al sujeto del lenguaje por dos rasgos fundamentales: es universal y es lógico y racional. Este predominio del Yo consciente y descorporizado no puede ser adecuado para un pensamiento de la diferencia ni de la subjetividad femenina que siempre ha puesto como base un principio anti-trascendental, sensible, corporal, inconsciente. La autora propone pensar en dos cuestiones (“conceptos guía”) para interrogar las formas específicas de la exclusión del sujeto femenino en la lingüística. Una es la experiencia. La teoría feminista ha reivindicado la proximidad entre pensamiento y experiencia e invita a darle cuerpo y psiquis a la reflexión. Esto implica volver a dar espacio a las formas prehistóricas de pensamiento. La diferencia sexual y lo corpóreo es la experiencia básica y fundamental sin la cual no podría darse ninguna reflexión. La otra cuestión es la individualidad. Tanto pensamiento como sentido deben estar ligados con nuestra estructura psico-física y deben llevar las huellas de ese vínculo psico-físico.

De los análisis previos, Violi reflexiona que siempre la mujer se toma en su carácter universal (esencial) o como inmediatamente particular (como un dato empírico entre otros), pero nunca como singular específico. Para ellas, adquirir su singularidad específica y ser sujeto en el lenguaje es una contradicción. Acceder a la cultura y a las instituciones de las sociedades patriarcales implica a las mujeres una continua operación de desplazamiento y de pérdida. Violi critica el “*devenir femme*” y la deconstrucción del sujeto, porque dichos posicionamientos teóricos siguen ocultando la diferencia sexual. “...hace falta ante todo que la diferencia no se oculte, y que sea reconocida como el lugar de una especificidad que implica para los hombres y para las mujeres modos distintos de experiencia, caminos no simétricos y no eliminables” (p. 155). Lo que tienen en común las mujeres (de diferente manera) es la experiencia de la diferencia sexual. Es esta experiencia el modo de vincular la singularidad específica con las representaciones para convertirse en palabra, discurso, lenguaje. Un hilo común subyacente a la multiplicidad discursiva, Violi lo encuentra en la relación distinta que se propone entre

sujeto y objeto, entre singular y universal, entre la experiencia individual y el contenido del discurso: "...la experiencia individual es la forma de relación entre el sujeto, su cuerpo y su historia, y el objeto, el mundo y el sistema de representaciones" (p. 157). Esto no se presenta a las mujeres como un mero ejercicio de estilo, sino que representa una necesidad vital. Expresar la diferencia, anclar los sujetos, romper los dualismos.

A pesar de no ser el objetivo de su investigación, Patrizia Violi desliza algunas consideraciones con respecto a la escritura científica. En línea con el testigo modesto de Haraway, no deja de observar la existencia de un *yo* que se oculta detrás de la neutralidad de la tercera persona cuando quiere alcanzar la "verdad objetiva" en las descripciones científicas. El *él* se convierte en disfraz del *yo* para generar la ilusión de objetividad de una enunciación neutral, universal y abstracta, supuestamente libre de apreciaciones subjetivas. En oposición a esto, otra cosa sucede a menudo con la reflexión teórica y crítica de las mujeres, que se caracteriza más bien por maniobrar "en la frontera entre escritura «personal» y escritura «científica», pero no reducible ni a una ni a otra, en una mezcla de géneros y lenguajes que se sustrae a cualquier distinción rígida" (p. 158). La escritura del conocimiento en las mujeres se da en una tensión constante entre seguir las reglas del juego, pero sin homologarse a ellas del todo.

He convocado a estas cuatro pensadoras para que provoquen mi mirada y me ayuden a tramar, como tejido y como especulación, una reflexión posible acerca de una escritura académica para una ciencia feminista. Con ellas comparto la mesa, comparto los enredos del pensamiento, más allá del tema de esta investigación, porque en realidad hay mucho que discutir, es larga la sobremesa. Con Haraway hemos denunciado juntas a la figura del testigo modesto que, frente a la idea de saberes situados, nada tiene ya que hacer en la enunciación de los conocimientos (aun así se resiste, es fuerte la inercia de la costumbre). He escuchado de Alejandra Ciriza las historias de las ancestras⁷ de estas tierras y coincidido con ella en la necesidad de indagar, recuperar, tejer otras genealogías posibles y hemos pensado cómo hacerlo en la academia, a quién citar, con quién pensar,

⁷ Llamativo (y no tanto): el corrector de Word me marca esta palabra como incorrecta. Me propone su versión masculina, "ancestros". ¿Cómo atrevernos a mirar nuestras genealogías femeninas si ni siquiera el lenguaje proveía de las palabras para denominar a aquellas de quienes somos herederas?

de qué forma convocar las voces. Rosi Braidotti contó cómo elige escribir ella misma en la academia, cómo otra forma de escritura, con otros modos y formas de habla, con mezclas creativas de discurso teórico y discurso poético, puede ser posible y no sólo posible, sino también productivo para otros pensamientos, otras figuraciones, otras formas del pensar, y a esto ella lo llama nomadismo. Con Violi, indagamos en el lenguaje y en cómo se representa allí la diferencia sexual que, aunque no es un problema exclusivo del lenguaje académico, sí es igualmente fundamental que lo pongamos bajo la lupa, porque este lenguaje que nos configura a las mujeres como objeto de discurso, como término derivado, como negación, es (por ahora) la herramienta que tenemos para el conocimiento. Con ellas tramé este plan, la disposición de un enredo para traicionar al lenguaje androcéntrico y a la ciencia patriarcal, clasista y racista. A ver si nos sale.

Capítulo 2: Hacer y escribir ciencia al modo feminista

“Para las feministas existe otra manera de ver, otro método de trabajo, otro camino a tomar.

Quiero identificar la barrera levantada por el uso del lenguaje del opresor que nos impide avanzar. Estoy convencida de que existen métodos de trabajo y de hablar feministas, pero aún no los hemos descubierto en su totalidad.

Dorothy Smith, *El mundo silenciado de las mujeres*

Quiero elegir a la socióloga marxista y feminista canadiense Dorothy Smith para que me acompañe en este capítulo. Ella entrelaza de manera muy lúcida la existencia de un método feminista para conocer con la necesidad de otra forma de hablar, de otro lenguaje que no nos deje afuera y que no deje afuera los mundos vivos y vividos. Método, lenguaje y experiencia son las tres aristas del pensamiento de esta autora que han sido un verdadero puntapié al delinear esta investigación. De algún modo, algo en mí ha querido continuar ese camino abierto por Dorothy Smith, en el afán de descubrir (o de tramar) un lenguaje que pueda servirnos para construir otra ciencia.

Empiezo este capítulo reuniendo algunas respuestas a la pregunta acerca de qué consideramos que es una investigación feminista, para luego, en ese marco, pasar a describir los aspectos metodológicos de la investigación que dio origen a este escrito. En dicho apartado, me detengo principalmente en aquellos aspectos que orientan mi investigación hacia un modo feminista de construir conocimiento y pongo especial atención a la justificación de las formas lingüísticas seleccionadas en la escritura, en un intento de análisis reflexivo y vigilancia epistémica sobre mis propias prácticas. Luego, en un tercer apartado, me dedico a desarrollar las categorías teórico-metodológicas que conforman la caja de herramientas de análisis discursivo con las que observé, construí, analicé y sistematicé los datos. En esta parte, explicitaré el vínculo que establezco entre

los conceptos teóricos de las pensadoras de compañía (desarrollados en el capítulo anterior) y las operaciones discursivas que funcionaron como guía para la construcción de datos. Termino el capítulo con un cuadro síntesis de las operaciones y procedimientos que serán descriptos en los capítulos siguientes.

2.1 La investigación feminista

Cómo sería una sociología que dijese: ¿qué necesitan saber las mujeres? ¿Qué necesitan las mujeres aprender sobre el ordenamiento del mundo para comprender que están oprimidas?

Dorothy Smith, *El mundo silenciado de las mujeres*

Comienzo este capítulo buscando asentar una posición sobre lo que considero que es una investigación feminista, ya que mi intención es inscribir a la presente investigación en cuanto tal, pero además porque el recorte del objeto de estudio demanda delimitaciones precisas con respecto a este punto. Para esto, acudo a las reflexiones y puntualizaciones de Dorothy Smith, de la filósofa estadounidense Sandra Harding y de la filósofa mexicana Eli Bartra.

Como mencioné al comienzo, Dorothy Smith es una de las más reconocidas pensadoras feministas que se preocupan por establecer una relación entre el método que empleamos para conocer y el lenguaje que acompaña y da sustento a ese método. Ella considera que las feministas deberíamos tener un método específico de trabajo y una forma de hablar específica que acompañe ese método. No nos favorece seguir usando el lenguaje científico masculino (*el lenguaje del opresor*⁸) que no hace otra cosa sino alejarnos de nosotras mismas y de los mundos vivos y vividos. Este lenguaje ha llegado al colmo del objetivismo y su obsesión por las abstracciones (*los ángeles fríos*⁹) enajena a quienes lo emplean y aleja sus experiencias reales. Si las mujeres pretendemos generar conocimiento acerca de nuestra situación en el mundo y de cómo es posible cambiar la opresión, no lo haremos a través de ese lenguaje.

⁸ En alusión a un poema de Adrienne Rich.

⁹ En alusión al poema de Sylvia Plath ya mencionado.

Smith (1989[1987]) esboza una serie de pasos que podrían orientarnos hacia un método de trabajo feminista. El primero trata de considerar el sexo de las personas involucradas en los textos que leemos o en las observaciones que hacemos. Los intentos de la ciencia moderna de universalizar la experiencia como si la diferencia sexual no incidiera no ha generado más que abstracciones que sólo han servido a los hombres y a su punto de vista. Luego Smith agrega a las consideraciones del sexo, la atención a la raza, la clase y el género posicionándose en una perspectiva claramente interseccional, siguiendo los aportes de Kimberle Crenshaw (1989), Patricia Hill Collins (1990), entre otras. El segundo paso refiere a visibilizar, en los textos que leemos, que existe, detrás de la exposición impersonal de verdades “objetivas”, un orador real que suele ser un hombre y un hombre en una posición de poder. De algún modo, se trata de devolver a las personas a los discursos, tanto las que aparecen actuando como las que aparecen diciendo, aún el demiurgo (o demiurga) que construye el discurso y trae a las personas y sus voces al texto. La tercera pata de este esbozo, como indiqué más arriba, es transformar el lenguaje del opresor que naturalizamos como propio, pero que resulta excesivamente frío, abstracto y alejado de la experiencia, sobre todo, de la experiencia de las mujeres.

Posteriormente, la socióloga desarrolla la teoría del Punto de Vista de las Mujeres, desviándose levemente, como ella misma lo indica (Smith, 2012 [2005]), del *punto de vista* como lo expresara Harding (como posicionamiento social del sujeto de conocimiento) y del *punto de vista feminista* como lo entiende Nancy Hartsock (interpretado a través del materialismo y preocupado fundamentalmente por las tareas de reproducción que implicarían a todas las mujeres). Smith pone en práctica un método de investigación, que denomina etnografía institucional, a través del cual pueden estudiarse las relaciones de dominación a partir de abordar las experiencias de la vida cotidiana de las personas y desde allí “descubrir lo social que se extiende más allá de las experiencias” (p. 10). Desde esta mirada, podemos concluir que una investigación feminista es aquella que se propone generar conocimiento para luchar contra la opresión de las mujeres y para ello descarta las formas científicas demasiado abstractas, impersonales y universalizantes. Asume honestamente un punto de vista, devuelve las personas a los textos y enarbola la experiencia de las mujeres como fuente válida de conocimiento.

El artículo de Sandra Harding “¿Existe un método feminista?” (1998[1987]) es un texto clave para responder a la pregunta que nos ocupa. La filósofa analiza importantes investigaciones feministas y delimita tres rasgos que nos permitirían hablar de una metodología feminista: el empleo de nuevos recursos empíricos y teóricos (la experiencia de las mujeres); la aparición de un nuevo propósito de investigación (estar a favor de las mujeres); y la construcción de un nuevo objeto de investigación (situar a la investigadora en el mismo plano crítico que el objeto explícito de estudio). Otro aporte de esta autora ha sido rescatar para el trabajo feminista el concepto de *objetividad*, para lo cual realiza una importante y crucial distinción entre *objetividad fuerte* y *objetividad débil*. En esta distinción, la *objetividad débil* se corresponde con la perspectiva objetivista que presume de abandonar todo rasgo subjetivo en pos de atestiguar los hechos del mundo, mientras que la *objetividad fuerte* se define como aquella que explicita el lugar desde donde se enuncian los conocimientos. Este último tipo de objetividad es el que debemos reivindicar las feministas (Harding, 1993).

Son claros los puntos en común entre lo manifestado por Smith y lo expuesto por Harding. Si bien al comienzo de su artículo, Harding expresa que es una metodología y no un método lo específicamente feminista, en un epílogo posterior del mismo artículo se desdirá de esto aludiendo a la teoría del punto de vista de Smith y hablará de un método feminista que consistiría en mirar la experiencia de las mujeres para ver qué es lo que ellas necesitan que sea interrogado y/o solucionado. También es importante considerar las aclaraciones que desliza casi al final del artículo acerca del privilegio de las visiones de las mujeres y de las perspectivas desde abajo en general. Manifiesta que no son posiciones relativistas, ya que no se consideran como verdades universales justamente porque se explicitan los intereses desde los cuales se enmarca la investigación —quienes investigan también son observadx como parte del objeto de estudio y esto es lo que la autora denomina “reflexividad de la ciencia social” (1998, p. 8)—. Otra aclaración es relativa a la pregunta de si sólo las mujeres pueden llevar a cabo investigaciones feministas. Contra todo esencialismo, si bien las mujeres son las más proclives a hacerlo por razones evidentes, Harding manifiesta que existen varones que han hecho importantes aportes a la teoría feminista, así como existe un gran número de mujeres que continúan llevando adelante prácticas científicas sexistas y misóginas.

Para la investigadora mexicana Eli Bartra (2010) existe algo que puede llamarse método feminista, ya que

La visión feminista nos conducirá a desarrollar la fase investigadora de determinada manera, distinta al de otro Punto de vista, porque prioriza ciertos aspectos y no otros, porque utiliza un marco conceptual diferente (...) porque elige determinados problemas a investigar que, a fin de cuentas, contribuyen a transformar la condición subalterna de las mujeres. (p. 70)

Vemos cómo esta definición coincide en varios puntos con lo desarrollado por Smith y Harding: privilegio a ciertos recursos empíricos y teóricos y propósito de transformar la situación de opresión de las mujeres.

Bartra se pregunta qué parte de toda la investigación es la que es feminista y elige analizar la cuestión desde las tres fases de toda investigación según Eli de Gortari: fase investigadora, fase de sistematización y fase expositiva. En cuanto a la fase investigadora, Bartra constata que se privilegian ciertos métodos de recolección de datos, como la entrevista semi-estructurada, la historia oral y las observaciones situadas. Las técnicas se encuentran siempre dentro de un método y si éste es feminista, la manera en que se lee, escucha, observa o pregunta, ya tiene un enfoque distinto, un carácter no androcéntrico y no sexista. En la fase de sistematización, los marcos conceptuales que cuestionan el sexismo y el androcentrismo hacen que los análisis y resultados sean necesariamente distintos a los contruidos tradicionalmente.

Con respecto a la fase expositiva, la autora declara:

Cuando se procede a comunicar el resultado de una investigación se han realizado esfuerzos por romper con las formas tradicionales del discurso masculino que, por ejemplo, antes usaba siempre el plural mayestático. Para éste, la exposición de resultados debe ser objetiva, seria, impersonal, fría, distante. Para cierto Punto de vista feminista lo objetivo no está divorciado de lo subjetivo y lo personal; el discurso puede ser claro, sencillo, directo, personal y objetivo al mismo tiempo; a menudo se escribe en primera persona y la seriedad no implica que no se pueda escribir en un lenguaje metafórico, a veces incluso

irónico dado que es una forma que las mujeres suelen usar con frecuencia, y lo más estético que se logre. (p. 72)

La cita es larga pero la elijo porque compete especialmente a la presente investigación. Sin un desarrollo *in extenso*, Bartra manifiesta encontrar en la escritura de investigaciones feministas estas características: escritura personal, búsqueda de claridad y sencillez (en el sentido de registro más cotidiano, libre de excesivos tecnicismos) y empleo de metáforas e ironías. Coincido con esta observación y con la relación que la escritura tiene con lo metodológico. Prefiero no hablar de fases o al menos hacerlo desde la idea de que no son fases sucesivas y separadas, sino que se imbrican, se entrelazan y funcionan las tres articuladamente y en el mismo momento.

2.2 Esta investigación

2.2.1 Surgimiento de un desconocimiento y de una desconocedora

No conocemos todo, pero sí sabemos lo que sabemos y podemos comenzar desde ahí.

Dorothy Smith, *El mundo silenciado de las mujeres*

Fue iluminador para mí, para orientar los comienzos de mi investigación, la lectura del primer capítulo de *Institutional Ethnography. A Sociology for People* (2005), libro de Dorothy Smith¹⁰. En ese capítulo, cuenta la autora cómo fue que surgió la necesidad de pensar una sociología alternativa a la tradicional, una sociología capaz de incluir a las personas y sus cuerpos, de construir conocimiento encarnado y de sacar a la luz las relaciones de dominación. Por ese entonces, ella era madre soltera de dos niños y una socióloga docente que enseñaba en la British Columbia de Canadá. Dividía sus tiempos entre el hogar y la academia, pero veía estos dos ámbitos como dos mundos diferentes que no conectaban. La lógica de uno no era la lógica del otro. Le implicaban formas distintas de pensar y de reaccionar. Por un lado, en el hogar, era responsable de cumplir las tareas domésticas y de los cuidados de sus hijos y de las mascotas. Por el otro, el trabajo académico le demandaba la preparación de clases, las reuniones, la escritura de

¹⁰ Traducción hecha por Ana María Bach para la revista Temas de mujeres (2012).

artículos, tareas administrativas, entre otras obligaciones. Construía para cada ámbito una subjetividad diferenciada y no se tocaban la una con la otra.

Participar del movimiento de mujeres le permitió a Dorothy Smith repensar sus prácticas y pensarse como cuerpo dentro de esas prácticas. Observó que en la academia los cuerpos, sus problemáticas y deseos, eran menospreciados en pos de una actitud objetivante. El trabajo en la universidad no se organizaba en relación a los cuerpos y la sociología que ella estudiaba en los textos no le permitía construir conocimiento acerca de su vida como mujer y menos como mujer académica. Entonces Smith tomó la decisión de ocuparse de la sociología con la misma subjetividad, corporal y local, que empleaba en el “hogar”. Y comenzó a notar cosas que nunca había visto y a descubrir conexiones que le permitieron vislumbrar una organización de relaciones de dominación que antes le había pasado desapercibida. “Practicar la personificación (*embodiment*) – afirma Smith – en el terreno de lo despersonalizado de esas relaciones, las hace visibles” (2012, p. 13).

Al proponerme como objetivo, para culminar la Maestría en Estudios Feministas, realizar una investigación feminista, en lo primero que pensé fue en elegir un objeto de estudio que representara claramente alguna de las problemáticas del movimiento en agenda en ese momento (aborto legal, femicidio, violencia de género, maternidades y cuidados, trabajo sexual, etc.). Pero luego pensé que optar por una metodología feminista de investigación va más allá de la elección del tema y de los recursos empíricos. Existían otros aspectos de estas metodologías que podía tener en cuenta. Harding había traído a la discusión el concepto de reflexividad, de ser una misma como investigadora objeto de la propia investigación. Encontré en Smith el compromiso de usar su propia experiencia para construir conocimiento en sociología y su fe en lo que sabemos, porque algo sabemos. “Nadie lo ignora todo, nadie lo sabe todo”, dice el reconocido pedagogo Paulo Freire. Entonces llegué a las preguntas: ¿Qué he necesitado saber yo como mujer adulta del tercer mundo pseudoacadémica (porque estudio e investigo, pero sin remuneración), poeta, profesora de literatura y feminista? ¿Qué me ha preocupado a mí y a las mujeres que me rodean, con las que comparto la conversación y las lecturas y actos de escritura de lo académico y lo no académico (si es aún pertinente esa subdivisión)?

Estudié el profesorado en Lengua y Literatura en la Universidad Nacional de Río Cuarto y a mis 22 años ya trabajaba en un colegio secundario y en otros trabajos. No recuerdo las preocupaciones retóricas de aquellos primeros años de euforia estudiantil, de formación profesional, de terror y ansiedad a la tan mentada aula de nivel medio, pero también de mucho optimismo y esperanzas algo rosas que se han ido decolorando con los años. Al egresar, inicié sin proponérmelo un bache de diez años alejada de todo lo académico, de la escritura de artículos, de escuchar a profesores y profesoras, de la toma de apuntes, de asistir a congresos. Otras experiencias me atravesaron, laborales, familiares, políticas, corporales. El ingreso al mundo adulto fue una de las cosas más difíciles y más decepcionantes que viví. Había tenido hasta el momento una vida facilitada siendo alumna de diez de una educación progresista y crítica. Pero el mundo adulto no está hecho para estas alumnas de diez, porque lo que a mí me quedó de los años de formación fue una versión justa, democrática y compasiva del mundo que aún no existía (y no existe). ¿Se suponía que yo tenía que convertir el mundo en esa versión utópica que aprendí? ¿Yo y quiénes más? En esos años fue entonces crecer y sobrevivir, romper algunos lazos, elegir qué discursos creer, vigilar las prácticas, ir a la primera marcha, hacer paro y pensar por qué hago paro y si esa medida realmente sirve, renegar del apellido y después entender que el apellido de mi madre también es patrilíneo, conocer algo de feminismo y mirar a los ojos a esa incomodidad que sentí siempre, empezar a amar a las mujeres y a todxs lxs caídxs y caer y caer desde las alturas del bienestar, la comodidad y las certezas y seguir cayendo.

La caída fue lo que desvió la trayectoria en la que venía embalada y ese desvío me llevó otra vez a la escritura y a la investigación. La llamo “la caída”, porque confluyen en un mismo momento biográfico una caída ideológica, en el sentido de un darse cuenta, y una caída física de un caballo que me implicó meses de estar en cama con una pierna rota. La convalecencia me obligó a poner en blanco y recomenzar, primero, juntando pedazos rotos. Volví entonces a la universidad, a hacer la licenciatura en Lengua y Literatura y era otra la que volvía, era otra la que escuchaba el discurso de quienes sabían o querían saber, era otra la que escribía. ¿Pero qué es eso de lenguaje académico? ¿Cómo voy a congeniar yo con este monstruo? Me pongo vieja y me pongo terca y no quiero hacer nada que no tenga ganas de hacer. Lo primero que hice fue

renegar de las formas impersonales (no es nada nuevo ni revolucionario, igual me sorprende que no sea ya tendencia). Después vino la sospecha de la autoridad: ¿por qué leemos ese autor y no otro u otra? ¿Quién dice que eso es mala literatura? ¿Por qué sólo importa un saber si viene de este lado o con esta forma? Y por ese entonces vivíamos el auge del lenguaje inclusivo, así que enarbolábamos la E y después la X como banderas de lucha, insertando las letras como poderosos amuletos que exorcizaban los textos de todo maleficio patriarcal.

Así se originó en mí (y en otras con las que compartí la mesa) la pregunta: ¿cómo sería la escritura del conocimiento desde una ciencia feminista? ¿Hasta dónde podemos y deseamos llegar? ¿Hasta dónde es peligroso tirar de la cuerda (no sea que nos caigamos por fuera de los muros de la ciudad letrada)? Teníamos fe en muchas respuestas, pero faltaban fundamentos, equipo, votos, una trinchera. Ese es el propósito de esta investigación: construir fundamentos epistemológicos para escribir de otra manera en la academia. Esta es una necesidad de mujeres, de algunas mujeres que comparten mis condiciones y mis intereses. Sin embargo, estoy convencida de que una ciencia feminista, con su lenguaje, sus métodos y su ética, beneficia al género femenino, al sujeto de un transfeminismo y a la humanidad entera.

Mucho es lo que desconocemos, pero eso mismo es ya un punto de partida. De lo que sí sabemos es de la propia experiencia, singular y no universal, pero valiosa e impulsora de nuevos conocimientos. Eso es lo que a mí me enseñó Dorothy Smith.

2.2.2 Descripción general de la estrategia metodológica

Para intentar explicaciones posibles que permitan establecer una coherencia entre formas retóricas y fundamentos epistemológicos en la escritura del conocimiento proveniente de investigaciones feministas diseñé una estrategia metodológica de enfoque cualitativo. No era mi intención realizar estadísticas de empleo de ciertas opciones discursivas o de cantidad de investigaciones que siguieran metodologías feministas en diversas disciplinas o temáticas o universidades. El método cualitativo me permitió cierta flexibilidad en la formulación de la pregunta-problema de investigación, de la hipótesis y de las variables que dieron forma a los objetivos específicos. De hecho, las variables fueron transformándose durante y después del proceso de construcción y

análisis de los datos y esto me permitió refinar la pregunta de investigación y las conjeturas iniciales. La investigación no buscó corroborar esas conjeturas, sino que éstas funcionaron para construir las categorías que dieron forma al artefacto de análisis de datos, como describiré en el próximo apartado. El proceso siguió más bien un camino inductivo, es decir, buscó partir de lo particular (el análisis de ciertos discursos) hacia lo general (construcción de perspectivas teóricas o afinación de categorías / variables) (Hernández Sampieri et al., 2010).

En este proceso recursivo que prevén los métodos cualitativos, la “fase” de la escritura no es simplemente el registro de resultados ya obtenidos, sino que es parte sustancial del análisis y refinamiento de sistematizaciones, categorías, conclusiones. Es propio de estas formas cualitativas de investigación que las fases no sean sucesivas y claramente distinguidas, sino que se solapen durante el proceso de investigación y esto se patentiza en la escritura. Como veremos, en los capítulos de exposición de resultados, aparecerá nueva revisión de literatura, teorías y conceptos con los que los datos entran en diálogo.

Una parte necesaria de la investigación es descriptiva, para dar lugar y sustentar luego al objetivo explicativo. En una investigación descriptiva se busca hacer una descripción del fenómeno objeto de estudio a través de la caracterización de sus rasgos generales, con variables identificadas de antemano o no (Yuni y Urbano, 2006). En el caso de la presente indagación, partimos de variables previamente identificadas (que fueron transformándose en la medida en que se iban analizando los datos) para realizar una descripción de la escritura del conocimiento a partir de investigaciones feministas en un contexto específico sobre el cual no había información disponible. La otra parte de la investigación es explicativa, ya que intenta determinar las relaciones de causa y efecto que subyacen entre los fenómenos observados (entre operaciones discursivas y fundamentos epistemológicos) (Yuni y Urbano, 2006).

La técnica de recolección / construcción de datos es exclusivamente documental, a través de la observación y análisis de los discursos del corpus conformado en vinculación con la revisión bibliográfica. Los datos fueron analizados a través de técnicas de análisis de discurso. Para dicho análisis, se construyeron categorías teóricas que son las variables que conforman la investigación y que se fueron refinando durante el proceso. Las operaciones discursivas que se describen y analizan en los textos del corpus son la

construcción de una figura autoral situada, el entramado de una intertextualidad feminista en función genealógica, la exploración de una escritura nómade y la re-versión de la diferencia sexual en el lenguaje. Los supuestos de las epistemologías feministas que entran en vinculación con las operaciones descriptas son los conocimientos situados y el testigo modesto, las genealogías feministas, el pensamiento y la escritura nómade y la diferencia sexual en el lenguaje. De este modo, se buscó generar teoría a partir de los datos, marcar líneas o tendencias, no generalizaciones o probabilidades.

2.2.3 *Conformación del corpus*

Con respecto al recorte temporo-espacial en que se sitúa esta investigación, el interrogante inicial apuntaba a indagar acerca de cómo se escribe el conocimiento hoy, en nuestro país, en nuestra lengua si la investigación sigue una metodología feminista. En el momento en que comencé a diseñar el presente estudio corría el año 2021 y exploré textos académicos escritos en el período 2018-2020. De dicha exploración, seleccioné los textos que conformaron luego el corpus definitivo. Podemos incluir estos años (2018-2020 en Argentina) en un período mayor, comenzado en 2015 con el hito de Ni Una Menos, que se caracteriza por una expansión de la visibilidad del feminismo y de desnaturalización del sentido común compartido en relación a nociones centrales de su ideario. Con respecto a la academia, la puesta en cuestión de las formas de producción del conocimiento, el rol de las mujeres y diversidades sexuales al interior de las disciplinas y el debate por el lenguaje son indicadores ineludibles de la conmoción que vivió el campo del saber en esos años.

Otra decisión tomada para delimitar el corpus de análisis fue el género discursivo en el que aparece esta escritura del conocimiento, ya que toda escritura –como todo habla– se manifiesta sólo por medio de enunciados que participan en un género discursivo específico y comparten contenido temático, estilo verbal y composición (Bajtín, 1999). Seleccioné entonces como unidad de análisis al artículo (o *paper*) publicado en revista especializada, por su accesibilidad (las revistas seleccionadas son de acceso abierto y digitales), la actualidad de sus investigaciones y su extensión breve (de modo que fuera posible abarcar mayor cantidad de investigaciones y estilos de escritura). Además, las publicaciones en revistas funcionan como un índice de la productibilidad de quienes

investigan y configuran el espacio donde se disputan los sentidos, los conocimientos y las subjetividades (Puiatti de Gómez, 2005), por lo que se presentan como un género académico de alto valor y prestigio.

Las revistas donde aparecen los artículos del corpus fueron seleccionadas a través del índice de revistas Latindex (Sistema Regional de Información en Línea para Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal) en su opción búsqueda avanzada, con los siguientes criterios: Revistas en línea; Tema: Ciencias Sociales; Subtema: Estudios de género; Idioma: Español; Región: América Latina; Situación: Vigente; Soporte: En línea; Acceso abierto: sí. De la lista resultante, exploré sólo revistas argentinas. El procedimiento para conformar la muestra fue intencional-cualitativo, ya que a través de la técnica de “selección estratégica de casos” (Valles, 1999, p. 92), elegí de los diversos volúmenes de los últimos años cuatro dossiers específicos sobre feminismos. En investigaciones anteriores (Abello, 2022), observé que más allá de la orientación ideológica del comité editorial y la procedencia institucional de la revista, lo que más favorece al empleo de operaciones discursivas transgresoras y novedosas por parte de las académicas es la participación de su artículo en un dossier exclusivo sobre feminismos. Es por eso que empleo como criterio de selección el dispositivo del dossier feminista, porque es una forma de asegurarme de que se trata de una escritura proveniente de una investigación feminista y porque el dossier se presenta como un lugar privilegiado para que quienes investigan arriesguen formas de escritura alejadas de una concepción de ciencia tradicional, moderna y masculina y cercanas a una visión epistemológica feminista. Todos los artículos de los dossiers elegidos fueron incluidos en el corpus, fueran de autoría individual o colectiva, femenina o masculina.

Seleccioné cuatro dossiers que contienen invariablemente entre cinco y ocho artículos cada uno, dando en total una suma de 25 documentos. Si bien consideré que la muestra podía variar a lo largo de la investigación, ya sea reduciéndose debido a la saturación teórica o expandiéndose en busca de las operaciones señaladas en las anticipaciones de sentido o debido a la emergencia de nuevas operaciones discursivas surgidas durante el proceso, esto no fue necesario. La muestra inicial es la que se mantuvo a lo largo de toda la investigación y está conformada por los dossiers que detallo a continuación:

- Dossier: “Feminismos latinoamericanos: trayectorias, junturas, tensiones y aperturas” (2020). *Revista Estudios de Filosofía Práctica e Historia de las Ideas*, 22. (8 artículos)
- Dossier: “Huellas feministas. Escrituras, imágenes y archivos” (2020). *Zona Franca. Revista de estudios de género*, (28). (7 artículos)
- Dossier: “Epistemologías críticas feministas. Aproximaciones actuales” (2018). *Revista Descentrada*, 2(2). (5 artículos)
- Dossier: “Deporte, género y feminismos: rupturas, negociaciones y agencias en un campo desigual” (2020). *Revista Ensamblés*, (12). (5 artículos)

2.2.4 Apuntes acerca de las decisiones retóricas

Decidir en qué lengua se escribe el conocimiento es, entre otras cosas, una decisión metodológica. Como vengo sosteniendo, el lenguaje no es un medio transparente para comunicar ideas, sino la herramienta y la materia misma del pensamiento y el conocimiento. Soy de las que creen que una idea no existe realmente hasta tanto no pueda expresarse. Puede haber sombras, intuiciones, palpitaciones, pero sin lenguaje no hay conocimiento. Una lengua a la vez abre una serie de posibilidades del decir y el pensar y, a la vez, delimita hasta dónde llega lo decible y lo pensable. Elegir una lengua es elegir los caminos, las puertas y las fronteras de nuestro hablar y pensar y nos hará llegar indefectiblemente a destinos (de conocimiento) diferenciados.

Teniendo en cuenta el carácter de esta investigación y la necesidad de reflexividad que propone una metodología feminista, ha sido (y sigue siendo) una constante durante todo el proceso de esta escritura la vigilancia sobre las decisiones retóricas que voy tomando. Podría decirse: con un ojo puesto en el objeto y el otro sobre mi propia escritura. Escribir en la academia es desandar un camino lleno de trampas y desafíos que ya no pueden cruzarse con las palabras secretas o artimañas aprendidas. Y aunque tengo nuevos trucos, termino con las manos arañadas y muchas veces me encuentro silbando bajo por los caminos trillados. (Tampoco quiero perderme en la espesura y no ser encontrada.) Comento brevemente algunas decisiones retóricas generales.

A pesar de tanta sugerencia pragmática en talleres de escritura científica abogando por las formas impersonales en la escritura académica, yo elijo el YO: primera persona gramatical singular de género neutro, evidenciable en pronombres personales y posesivos y en las desinencias verbales. Corro el riesgo de asumirme en la escritura, de exponer el ojo que mira para que sea mirado a su vez. La elección por las formas personales se condice con una concepción situada del conocimiento; es palanca central de la blasfemia a la pretensión de universalidad y neutralidad del testigo modesto. En oposición al *efecto de cientificidad* que describiera Eliseo Verón (1993), optar por un YO en la escritura podría producir un efecto de parcialidad de los saberes, como un recordatorio de que lo que se enuncia es discurso, algo pensado y expresado por alguien en un contexto determinado, con ciertos intereses y alineándose o discutiendo con otros enunciados. En este sentido, importa quién habla, desde qué lugar mira. Como en narratología, la historia cambia cuando cambia la perspectiva, cuando es sobre otro personaje donde se pone la focalización.

En línea con esta asunción de una misma en el discurso y en consonancia con los móviles feministas que guían la investigación y la vida misma, he buscado que la aparición del YO en el discurso traiga también la marca de género femenino, construyendo –cuando ha emergido, cuando ha querido emerger– una *yo como autora*. En investigaciones anteriores, me he referido a esta figura como aquella que se produce cuando se emplean “procedimientos de alto riesgo en el empleo de marcas de género para construir una identidad autoral femenina, es decir, estrategias en primera persona gramatical y disruptivas, transgresoras, que llegan al límite de lo escribible [en la academia]” (Abello, 2022, p. 92). Frente a la neutralidad genérica del pronombre YO, las investigadoras feministas tenemos que darnos maña para actualizar en la textualización la información sobre nuestro género, para visibilizar que es una mujer quien habla, quien ocupa el espacio discursivo considerado espacio de disputa y de poder. Otra vez, como recordatorio, como operación de construcción, reconstrucción y deconstrucción discursiva, se hace necesaria la actualización de la marca de género en la figura autoral, como política de identidad y de conocimiento.

En algunas ocasiones, la primera persona singular se hace plural como operación de inclusión de mí misma en el colectivo de mujeres en general o en un colectivo de mujeres

más específico (por ejemplo, lo hice en el párrafo anterior, las “investigadoras feministas tenemos que darnos maña...”). Es una decisión retórica y metodológica directamente relacionada con la reflexividad en la investigación, tal como lo propone Sandra Harding. El objeto de estudio es la escritura académica de quienes realizan investigaciones feministas y es a la vez mi propia escritura, en un hacer y observar que se va dando todo a una vez. Además, más allá del objetivo de conocimiento específico de esta investigación, cada vez que se habla de mujeres, al citar otros textos y teorías, se habla de mí misma. La primera persona plural como forma de inclusión en un colectivo da cuenta de esta reflexión.

Otra decisión que nos preocupa a las feministas es qué hacer con la diferencia sexual en el lenguaje, sobre todo, con el masculino genérico y las formas binarias que no dan cuenta de un *continuum* genérico y hasta del mismo rechazo de la categoría de género. Mucho se ha discutido en los últimos años en relación a las posibilidades de un lenguaje inclusivo y además la academia, en algunos espacios, permitió que otras opciones discursivas no aceptadas por instituciones del lenguaje consagradas (como la Real Academia Española) se emplearan. Mi decisión en este acto de escritura ha sido principalmente retorcer los mecanismos de la lengua aceptada para evadir el masculino genérico. Son pocas las instancias donde empleo opciones que se escapan a la norma (cuando lo hago, elijo la variante morfémica “x”, como es mayormente utilizado en publicaciones académicas recientes en nuestro país). Esta decisión se fundamenta en el principio de la *interrupción* de val flores (2017)¹¹. He vivido la experiencia de leer un texto académico en donde abundan los sustantivos, adjetivos y pronombres con X y he sentido que desviaba mi atención permanentemente. Se me ha dificultado la lectura y he perdido el foco del sentido del texto. Considero que un texto así no es exitoso¹². Se aleja tanto de las condiciones de legibilidad del contexto de recepción, que la amenaza de exclusión y descarte pende sobre él. He preferido un texto que evite el masculino genérico de forma más desapercibida, para que deje pasar las ideas que pretendo que pasen hacia quienes leen. En un texto así, cuando aparece la “x” o una crítica específica

¹¹ La autora no lo denomina “principio de *interrupción*”, sólo habla de *interrupciones*. Me atrevo a transformar la idea en un principio para intentar una definición de mis decisiones.

¹² En la teoría de los actos de habla de Austin (1982[1955]), un enunciado no es exitoso cuando no cumple con su intención comunicativa.

al lenguaje androcéntrico, aparece con la fuerza de la *interrucción*, de “la 'q' obtusa que extraña, golpea y tajea [y] convierte a la secuencia silábica ya conocida, en acontecimiento y accidente extraordinario” (flores, 2017, p. 17). El dinamismo *cuir* se preocupa por no naturalizar la ruptura.

En general, este “principio de *interrucción*” ha guiado muchas de las decisiones que implicaban tomar caminos desviados de lo que se considera la buena escritura académica. Me he medido en la inclusión de fragmentos autobiográficos, empleo de metáforas, aparición de registros coloquiales, regionales, poéticos, para que el texto no se aleje del todo del orden del discurso (Foucault, 2004), para que no se convierta en algo monstruoso. Tomo de María Nancy Ortiz Naranjo (2013) la idea de hacer de equilibristas entre la norma y la transgresión. Siguiendo el pensamiento de Michel Foucault, la autora propone que la resistencia a la norma debe darse dentro de la norma misma. “La resistencia opera con las condiciones de posibilidad del texto, en tensión con el juego de reglas en el que se inscribe” (Ortiz Naranjo, 2013, p. 20). Más que como forma extraña e insólita, la resistencia deviene en el tránsito de una forma a otra que va de-formando a su vez el texto, porque escribir, para esta autora, es permitir que la vida irrumpa en lo que se escribe. El texto está vivo, justamente, cuando mantiene la tensión entre argumentación (necesidad de persuadir, de construir una convicción) y *poiesis* (poder creativo de cambio). Un texto late si no se deja captar totalmente por el poder y lo normativo, si puede resistirse creativamente y caminar por los bordes, en la cornisa entre ser una tesis o lo monstruoso, entre ser admitido por el orden del discurso o ser condenado al exilio. Un texto así es un texto equilibrista, que trabajando en la periferia va infectando el dispositivo lentamente. Se trata de una escritura de riesgo, de una manera de vivir y no una tentativa de inmovilizar la vida.

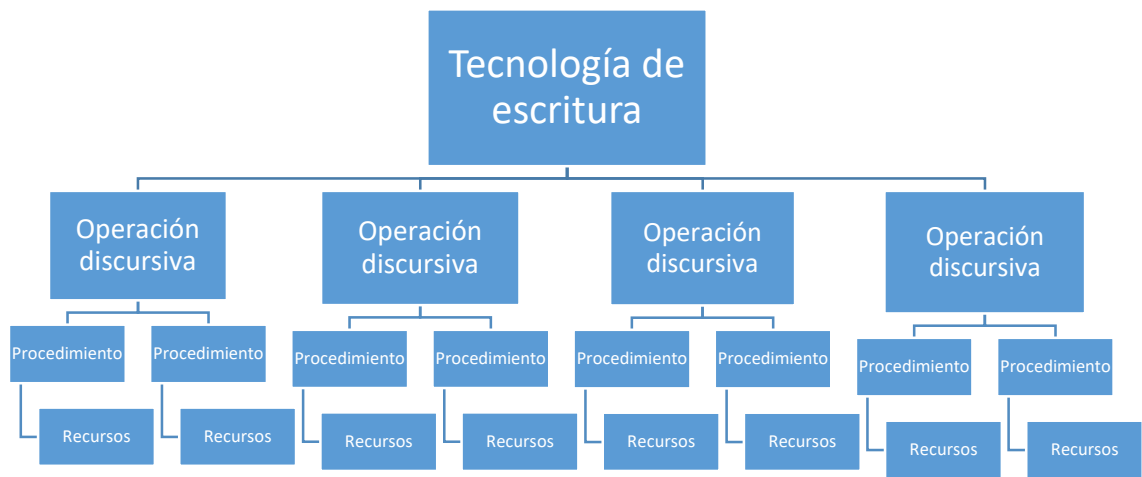
2.3 Las herramientas del análisis discursivo

Para leer los artículos que conforman el corpus con el ojo puesto en las formas discursivas distintivas de las investigaciones feministas y en su correspondencia con ciertas afirmaciones que sostienen las epistemologías feministas, he tenido que hacerme de algunas nociones-herramientas de distintas teorías, ya que no existe (o no he encontrado) previamente el armazón conceptual que pueda sostener lo que aquí pretendo pescar. En este apartado, comento cuáles son y de dónde vienen estas

categorías que me van a permitir ir acomodando y clasificando la pesca del día (qué resulta digerible y qué devuelvo al mar).

Primeramente, quisiera hacer participar a todo el conjunto de operaciones discursivas que aquí describo en una categoría global que es la de *tecnología*, emparentándolas de este modo con otros mecanismos de producción y reproducción de subjetividades, saberes, ideologías, etc. En segundo lugar, tomo de la teoría de la semiosis social de Eliseo Verón (1993) la idea de *operaciones discursivas* en las que pueden leerse las huellas del contexto de producción, que serán, en este caso, los supuestos de las epistemologías feministas que he desarrollado en el capítulo anterior. Si bien a cada operación le correspondí un fundamento epistemológico, esta relación directa y unívoca es un constructo para el análisis, en verdad la realidad es más compleja y rica en vinculaciones. Por último, describo cómo cada operación se compone de diversos *procedimientos* que para desarrollarse emplean distintos *recursos* de la lengua. De forma esquemática, se vería algo así:

Tabla 1 Organización de las herramientas del análisis discursivo



2.3.1 Una tecnología de escritura

Siempre me cautivó la palabra *tecnología*. La veo tan plástica y flexible, amoldable a una agónica diversidad de procesos y productos de nuestra actualidad, pero su origen es remoto, tan antiguo como Platón quejándose de la escritura. Walter Ong (1993), en *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra*, recupera la crítica que el filósofo griego le realiza a la escritura, para actualizarla en el debate acerca del uso actual de las computadoras. Platón pone en boca de Sócrates que la escritura es una tecnología externa y ajena que perjudica la memoria, la creatividad y la agudeza crítica. Hoy nos cuesta verla precisamente como tecnología porque la cultura escrita está muy naturalizada en nuestras sociedades. Pero no hay nada “natural” en la escritura, afirma Ong. A diferencia del habla natural y oral, la escritura necesita herramientas como pinceles, plumas, lápices y superficies preparadas como el papel, tablas de madera, lienzos. Además, la grafía no surge inevitablemente del inconsciente, como sí lo hace el habla natural en todas las personas. Cada grafía, cada alfabeto, tuvo que producir sus reglas definibles para la traducción del aire al papel. La escritura es artificial, pero esto no es una condena, sino un elogio, ya que en cierta forma lo artificial es natural para los humanos. Además, agrega Ong: “Las tecnologías no son sólo recursos externos, sino también transformaciones interiores de la conciencia, y mucho más cuando afectan la palabra” (1993, p. 85). Esta tesis es fundamental.

Tomar la noción de *tecnología* en una investigación feminista nos remite directamente a Teresa de Lauretis y, a través de ella, a Michel Foucault. Para construir su reflexión teórica alrededor de las *tecnologías del género*, de Lauretis (1996) toma como insumo básico los aportes que Foucault (2008) realiza en su *Historia de la sexualidad. Tomo I*, sobre todo, aquellos que refieren a la *tecnología del sexo*. Luego de analizar las prácticas y discursos concernientes a la sexualidad a partir del siglo XVII, el autor elabora la idea de que la sexualidad no ha sido sólo constreñida, domesticada, encorsetada a través de distintos mecanismos de disciplinamiento, sino que más que nada ha sido producida por estos mecanismos y de acuerdo a los propósitos de la clase social dominante. La mecánica del poder que organiza y produce los cuerpos y las subjetividades es entendida desde esta óptica como un modelo productivo, estratégico y positivo del poder. Esta biopolítica fabrica sujetos a través de distintas tecnologías positivas del poder como es

la *tecnología del sexo*. Ésta es entendida como un conjunto de técnicas para maximizar la vida a través de las cuales se pone a funcionar el poder (de una clase social) e incluye discursos y prácticas en torno a la sexualización de las niñeces y del cuerpo femenino, el control de la procreación y la psiquiatrización del comportamiento sexual anómalo.

Si bien el autor francés no da una definición específica de la noción de *tecnología*, en una conferencia la señala brevemente como “la articulación de algunas técnicas y algunos tipos de discurso acerca del sujeto” (2016[1980], p. 43). En *Tecnologías del yo* (1991) ofrece una tipología que incluye las *tecnologías de producción*, que permiten manipular o transformar cosas; las *tecnologías de significación*, referidas a la utilización de símbolos y signos; las *tecnologías de poder*, “que determinan la conducta de los individuos, los someten a cierto tipo de fines o de dominación y consisten en una objetivación del sujeto” (p. 8); y las *tecnologías del yo*, “que permiten a los individuos efectuar, por cuenta propia o con ayuda de otro, cierto tipo de operación sobre su cuerpo o sobre su alma” (p. 8).

Ahora bien, volviendo a la *Historia de la sexualidad*, Teresa de Lauretis realiza una crítica a la tesis foucaultiana al señalar que en ella la sexualidad no es entendida de forma generizada, sino como una sola cosa universal que resulta siendo masculina. Este hueco es el que intenta llenar inoculando en este desarrollo teórico a la *tecnología del género*, explicada groseramente como aquella que produce varones y mujeres. El género es definido en su exposición como “el conjunto de efectos producidos en los cuerpos, los comportamientos y las relaciones sociales (...) por el despliegue de una tecnología política compleja” (1996, p. 8). Abrazando la crítica de Gayle Rubin al sistema sexo-género y poniendo en entredicho al feminismo de la diferencia, de Lauretis va a considerar al género como una representación y a ésta como su propia construcción, en otras palabras, “la construcción del género es tanto el producto como el proceso de su representación” (p. 11). Además, agrega, lo es tanto de su representación como de la auto-representación de lxs sujetxs, por lo que, si bien la representación social del género moldea las subjetividades, también la representación subjetiva del mismo puede afectar a su construcción social, de modo que queda abierto un espacio de agencia y auto-determinación para las personas.

La autora prosigue su tesis explicando que el género no sólo es representación, sino que es una representación que necesita reproducirse todo el tiempo a través de diversas *tecnologías del género*. Siguiendo la teoría de Louis Althusser, de Lauretis menciona a distintos AIE (Aparatos Ideológicos del Estado) que reproducen la ideología de género (hegemónica), pero agrega también a la teoría y al arte, especialmente, el cine. “Pero los términos de una construcción diferente de género también subsisten en los márgenes de los discursos hegemónicos” (p. 25), allí donde es posible la resistencia, la fisura, las prácticas micropolíticas. Aun así, dice la autora dando una vuelta de tuerca más, la deconstrucción del género produce inevitablemente la (re)construcción del género. En otras palabras, no hay un afuera de la norma (un afuera de la ideología, diría Althusser), ya que tanto el discurso hegemónico como el discurso de resistencia están presupuestos en ella. Cabe preguntarse entonces: “¿en qué términos y en interés de quiénes es producida la de-re-construcción?” (p. 32).

La escritura es una tecnología, en el sentido en que lo indica Ong, pero es también una *tecnología de género*, según la teorización de de Lauretis (pensemos en la cualidad binaria de la lengua española o en el masculino genérico). Con respecto específicamente a la escritura del conocimiento en los ámbitos académicos y científicos, podemos decir que compone una tecnología en el sentido de Ong, pero también funciona como una *tecnología positiva del poder* y una *tecnología del yo* en el sentido en que lo señala Foucault. La tecnología de escritura académica instala en relaciones de dominación tanto a quienes escriben como a quienes leen y a quienes son escritxs, a través de distintos mecanismos y, a su vez, estas técnicas lingüísticas configuran subjetividades, de manera más o menos resistente a la norma. De este modo, también podemos decir que la tecnología de escritura académica construye representaciones de género, funcionando como *tecnología de género* a la manera de de Lauretis, como también lo observa Donna Haraway en la figura del *testigo modesto*.

Retomando lo desarrollado en el capítulo anterior, Haraway (2021) identifica el origen de la ciencia moderna en los experimentos de Robert Boyle que constituyeron tres tecnologías: una *tecnología material*, una *tecnología social* y una *tecnología literaria o de escritura*. Esta última tecnología es la retórica del *testigo modesto*: auto-invisible, único ventrílocuo legitimado para atestiguar sobre los hechos del mundo. Ahora bien,

¿en qué sentido el *testigo modesto* como tecnología de escritura científica es también una tecnología del género? Haraway explica que a comienzos de la modernidad coexistían, por un lado, la tradición de una masculinidad basada en el héroe de guerra y, por el otro, el surgimiento de especímenes *haec vir* e *hic mulier* (hombres femeninos y mujeres masculinas) como amenaza al ideal caballeresco y a la heteronormatividad. El emergente hombre de ciencia no era un guerrero ni un sacerdote, era un intelectual, un observador, más vinculado con la pasividad y la fineza de ademanes que con la brutalidad y agresividad de los héroes guerreros. Para distanciarse tanto de la tradición guerrera como de los hombres femeninos, el científico tuvo que contornearse otro ideal masculino: el caballero modesto. Esta figura halla sus raíces en la imagen del rey Arturo, un héroe medieval masculino modesto, en el sentido de medido, racional; y en la tradición clerical, sólo que reemplazando al Espíritu Santo por la Santa Razón. De esta manera, el hombre de ciencia conservaba un modelo masculino privilegiado acorde a los tiempos modernos. Por otro lado, el *testigo modesto* funciona como tecnología del género al construir un locus de enunciación incorpóreo, pretendidamente no marcado, auto-invisibilizado, pero que en realidad oculta el punto de vista del masculino privilegiado blanco europeo adulto capacitado. Se habla desde ningún lugar, el famoso truco de dios o *god trick* (Haraway, 1993), pero no cualquiera puede ponerse en ese no-lugar. En el origen de la ciencia experimental, las mujeres no estaban habilitadas para ser “testigas” de los hechos.

He elegido mirar al conjunto de operaciones discursivas que describo en este trabajo bajo esta macro categoría de *tecnología*, porque hablar de una *tecnología de escritura académico-científica feminista* me permite mantener siempre presente dos ideas cruciales. La primera es que al ser una tecnología se trata de algo artificial y externo a nosotras que puede tocarse y trastocarse según los propósitos y efectos que pretendamos. La segunda es que, como toda tecnología, la forma de escribir el conocimiento incide en nuestra conciencia, en quiénes somos, en la forma en que percibimos el mundo y en los conocimientos que producimos y reproducimos.

2.3.2 Operaciones discursivas

Tomo como modelo base de análisis de discurso aquel que propone el filósofo y sociólogo argentino Eliseo Verón en *La semiosis social. Fragmentos de una teoría de la discursividad*, en la parte de “Fundaciones”, fechada en 1975. El texto participa del desenmascaramiento del término *ideología* y de la presunta oposición *ciencia / ideología* que caracterizó el pensamiento de distintos grupos intelectuales de la década del setenta en nuestro país. Para Verón, todo sistema social de producción de sentido posee una dimensión ideológica, ya que lo ideológico no sería

el nombre de un tipo de discurso (ni aun en un nivel descriptivo), sino *el nombre de una dimensión presente en todos los discursos producidos en el interior de una formación social en la medida en que el hecho de ser producidos en esta formación social ha dejado sus “huellas” en el discurso.* (1993, p. 17) [cursivas en el original]

Una lectura ideológica de un discurso se produce cuando se leen en él las huellas de sus condiciones de producción. Identificar lo ideológico en los discursos es realizar una descripción del conjunto de operaciones discursivas que constituyen el proceso de producción de ese discurso. Lo que ha sucedido con el discurso científico es que las operaciones específicas con que se construye tienen que ver con invisibilizar justamente las propias condiciones de producción. Así, dice Verón, se genera el efecto de *cientificidad* de estos textos, que no es más que un efecto de sentido que presenta los enunciados como si fueran verdades objetivas, neutrales y universales, propósito que logra al ocultar las marcas de sus condiciones de producción en una especie de desdoblamiento. El conocimiento científico, define Verón, es “un sistema de efectos de sentido discursivos” (p. 15). La ciencia no produce verdades, sino efectos de sentido.

Este modelo considera a los discursos como sistemas de operaciones discursivas. El abordaje de estas operaciones nos permite conocer acerca del proceso de producción del discurso. Verón define al proceso de producción como el “conjunto de huellas que las condiciones de producción han dejado en lo textual, bajo la forma de operaciones discursivas” (p. 18). Con lo cual podemos definir a las operaciones discursivas como aquellos mecanismos lingüísticos que permiten leer las huellas de las condiciones de producción de los enunciados. Lo extra-textual que importa en un análisis es todo

aquello que ha dejado sus huellas en el enunciado (siendo del orden de lo no-textual o de lo textual). A su vez, un mismo texto puede ser sometido a distintas lecturas según la conceptualización específica que se haga de las condiciones de producción.

Al analizar los artículos que conforman el corpus del presente estudio, me centro en identificar las operaciones discursivas con las que estos enunciados generan un sentido específico: el de construcción de conocimiento desde un paradigma epistemológico feminista. Las condiciones de producción que interesan a mi lectura tienen que ver exclusivamente con los supuestos de las epistemologías feministas. Pensándolo de modo inverso, me preocupo en esta investigación por encontrar qué huellas dejaron en los textos las prácticas investigativas realizadas desde paradigmas epistemológicos feministas. Como hipótesis de partida, planteé la correspondencia (de nuevo, esquemática, artificial, provisoria) entre ciertas operaciones discursivas observadas en los enunciados y algunos supuestos específicos de las epistemologías feministas (tabla 2). Las condiciones epistemológicas de producción de estos enunciados han dejado sus huellas en los discursos en la forma de operaciones. Este conjunto de operaciones produce un tipo de conocimiento diferente a aquel producido por la ciencia tradicional.

Tabla 2 Relación entre condiciones epistemológicas de producción (CEP) y operaciones discursivas (OD)

CEP: Conocimientos situados OD: Construcción de una figura autoral situada	CEP: Genealogías feministas OD: Entramado de una intertextualidad feminista en función genealógica	CEP: Pensamiento / escritura nómade OD: Exploración de una escritura nómade	CEP: Crítica a la diferencia sexual en el lenguaje OD: Re-versión de la diferencial sexual en el lenguaje
--	--	---	---

2.3.3 Procedimientos y recursos

Pensar en unas pocas operaciones discursivas en correspondencia con unos contados supuestos de las epistemologías feministas me ayudó a componer un macro-esqueleto del análisis que pudiera ordenar la diversidad de opciones retóricas que luego emergerían en el encuentro con los textos. Sin embargo, en esa diversidad de opciones aparecieron ciertas regularidades de modo que fue posible distinguir formas específicas y distintivas de llevar a cabo cada operación de las ya señaladas. Para agudizar el análisis precisaba entonces de otras categorías.

En estudios anteriores (Abello, 2022, 2023), relevé las formas en que las autoras de artículos especializados en letras emplean marcas de género femenino en la construcción autoral. En esa ocasión, basándome en investigaciones de Ken Hyland (2002, 2005, 2009), empleé las categorías de *procedimientos*, *recursos* y *funciones* para dar cuenta de los resultados del análisis¹³. Distinguí dos grandes grupos de procedimientos que denominé *de menor riesgo* y *de mayor riesgo*. Los procedimientos de menor riesgo son aquellos a través de los cuales las académicas marcan su figura autoral en femenino empleando la tercera persona gramatical y usualmente lo hacen en el paratexto. Además, estos procedimientos no son disruptores, son esperados y a veces hasta solicitados de ese modo por las revistas. Los procedimientos de mayor riesgo en la construcción autoral con marcas de género son aquellos que se emplean en primera persona gramatical y generalmente en el cuerpo del texto. Estos procedimientos resultan novedosos, llamativos, inesperados (Abello, 2022).

En consonancia con aquellas indagaciones, tomo la categoría de *procedimientos* para identificar aquellos mecanismos discursivos de aparición regular y distinguibles entre sí que componen un conjunto dentro de cada operación discursiva. Cada procedimiento genera un efecto de sentido distinto dentro de cada operación discursiva que lo contiene. Como describo en una investigación anterior (Abello, 2023), los procedimientos hacen uso de distintos *recursos*, entendiendo *recursos* como herramientas que provee cada lengua específica para llevar a cabo distintas opciones

¹³ Hyland emplea los términos *strategies* (2005), *resources* (2005, 2009) y *functions* (2002). Yo traducí *strategies* por *procedimientos*.

retóricas, y en el estudio citado los clasifiqué en gramaticales, léxicos, textuales y semánticos. Distinguiendo las categorías de *procedimientos* y *recursos* de este modo, es posible observar que un mismo recurso puede ser usado por distintos procedimientos y que un procedimiento puede hacer uso de distintos y variados recursos, ya que los procedimientos se definen por los efectos de sentido que producen y los recursos refieren a los elementos o materiales de que dispone la lengua en los distintos niveles para hacer funcionar a los mecanismos que producen sentidos.

2.3.4 Síntesis de operaciones y procedimientos

A continuación, la Tabla 3 muestra cuáles fueron los procedimientos identificados en cada operación discursiva según el análisis de los textos que conforman el corpus de esta investigación. La descripción detallada de los distintos procedimientos y los recursos empleados para construirlos es el tema de cada capítulo.

Tabla 3 Conjunto de procedimientos según operaciones

OPERACIONES DISCURSIVAS	PROCEDIMIENTOS
<i>Construcción de una figura autoral situada</i>	Presencia autoral
	Marcas de situación: de género, sexuales, corporales, raciales, familiares, culturales, ideológicas, geopolíticas, académicas y contextuales de la situación específica de enunciación.
	Consideración de lo afectivo
	Atención a la reflexividad en el proceso de investigación
<i>Entramado de una intertextualidad feminista en función genealógica</i>	Selección de autoras mujeres o disidencias para el entramado teórico
	Intención explícita de entamar genealogías feministas
	Corporización de las voces citadas
	Exploración de otras formas de vinculación con las voces citadas
	Puesta en valor de las voces de mujeres o disidencias citadas
<i>Exploración de una escritura nómade</i>	Elección de la forma ensayística
	Cruce de géneros discursivos
	Mezcla de voces o modos de habla
	Mezcla de lo teórico con lo poético
	Emergencia de palabras nuevas
	Permeabilidad a la ambigüedad
	Distanciamiento del uso convencional de las palabras

<i>Re-versión de la diferencia sexual en el lenguaje</i>	Procedimientos reformistas
	Procedimientos radicales
	Cuestionamiento explícito del androcentrismo lingüístico

En este capítulo, desarrollé el diseño metodológico de esta investigación. En primer lugar, me interesé por posicionar las decisiones metodológicas de mi trabajo en cuanto investigación feminista. Luego, dediqué un espacio a explicitar la situación desde la cual enuncio el conocimiento, mis intereses en esta investigación y las motivaciones que dieron origen a la pregunta. Seguí por la descripción necesaria acerca del enfoque, el método, las técnicas empleadas para construir y analizar datos y los criterios de conformación del corpus objeto de estudio. Dediqué un espacio, que consideré necesario por el tipo de investigación que planteo, para explicitar algunas decisiones retóricas generales que yo misma tomo con respecto a mi escritura, ya que considero que esas decisiones son también parte de la metodología. Por último y no menos importante, desarrollo el aparato conceptual metodológico que me va a permitir observar lo que quiero observar. Allí describo las nociones de *tecnología de escritura*, *operaciones discursivas*, *procedimientos* y *recursos* y sus formas de vinculación.

No sé si Dorothy Smith se imaginó semejante autopsia lingüística cuando propuso pensar en un lenguaje que acompañe al método feminista. El plan que tramo pretende, quizás soberbiamente, ir de las grandes ideas a los elementos más pequeños y, también, en un ida y vuelta necesario, ir de los elementos más pequeños a las grandes ideas. ¿Por qué ese afán por el detalle? A veces la opción por un elemento mínimo, como una letra, puede implicar un mundo entero. Es una enseñanza de la poesía, pero es también la enseñanza que nos dejaron las batallas por el lenguaje inclusivo. ¿Quiénes entran en la “o” y quiénes quedan afuera? ¿Qué mundo propongo cuando escribo con “e” o “x”? ¿A quiénes estoy visibilizando cuando marco la “a” de las autoras o de mí misma como figura autoral de un texto científico? ¿Qué planes tramo y con quiénes cuando pongo un nombre, cuando elijo la primera persona gramatical, cuando le cambio la música a la palabra *interrupción* y se convierte en *interruqción* y no se trata de una errata?

Capítulo 3: La construcción de una figura autoral situada

A la llama de los altos cirios, cuantos la velaban se inclinaron, entonces, para observar la limpieza y la transparencia de aquella franja de pupila que la muerte no había logrado empañar. Respetuosamente maravillados se inclinaban, sin saber que Ella los veía.

Porque Ella veía, sentía.

María Luisa Bombal, *La amortajada*

En las páginas que siguen, quisiera desprestigiar la confianza, construida y defendida de una manera tan esmerada, de este ciudadano razonable, para permitir un tipo de testigo modesto más corporal, más desviado y casi opaco ópticamente, por no decir menos elegante, para la emergencia de los hechos en los mundos de la tecnociencia.

Donna Haraway, *Testigo_Modesto@Segundo_Milenio.HombreHembra@_Conoce_ Oncorata@*.
Feminismo y tecnociencia

Según el ojo, las historias.

No son los mismos relatos los que cuentan las muertas que las vivas. Lo vemos en Ana María, que tuvo que morir para saber.

Aun así, cuando escribimos en la academia se nos pide (o sentimos que se nos pide, a veces la norma está tan interiorizada que se vuelve natural) que nos despojemos de cuerpos, identidades, emociones, para enunciar el conocimiento desde ese no-lugar presuntamente universal y neutral. Se trata de una concepción epistemológica que considera que el único conocimiento válido es aquel construido desde esa posición impostada, imposible de ocupar por seres mortales. Resabios, quizás, de actitudes por demás religiosas que han cambiado un dios por otro, con esa necesidad agotadora de

jerarquizar criaturas, valores e ideas y de imprimir tarjetas de autorización para entrar, hablar y hasta vivir.

Si renegamos de la existencia de un conocimiento universal y desprestigiamos, junto con la compañera Haraway, esa posición no marcada de enunciación del conocimiento, que la gran mayoría de la comunidad científica insiste en sostener, entonces deberíamos buscar variantes más corporales, diversas y terriblemente marcadas (como están marcadas nuestras identidades de mujeres del tercer mundo desacreditadas ideológicamente y empobrecidas) para construir figuras autorales situadas en nuestros textos académicos. ¿Esto es posible? Algo de esto aparece en algunos de los artículos que componen el corpus de análisis de este trabajo.

La operación discursiva que abordo en este capítulo liga la escritura académica con las nociones epistemológicas de saberes situados y testigo modesto de Haraway (1993, 2021), pero también se entrelaza con la idea de reflexividad de Sandra Harding (1998), la teoría del punto de vista de Dorothy Smith (1989, 2012), los aportes con respecto a la experiencia de las mujeres negras de Patricia Hill Collins (1990) y las discusiones que se dan en torno al afecto, lo erótico y las emociones en relación con la producción de conocimiento (Lorde, 2003; hooks, 2016; Moscoso Rosero y Varela-Huerta, 2021; Osorio-Cabrera, Gandarias y Fulladosa, 2021; Martin, 2021). Desde el campo disciplinar de la lingüística y los estudios sobre literacidades, esta operación se vincula con las indagaciones sobre marcas de subjetividad en textos académicos (García Negroni, 2008; Palacios, 2022; Tang y John, 1999; Savio, 2010), el estudio de la construcción de la identidad autorial y la autoridad autorial (Hyland, 2002, 2005, 2009; Tutin, 2010) y las investigaciones sobre posibilidad de identidad en estos textos (Lillis, 2021; Zavala, 2011; Ivanic, 1998).

En el primer apartado de este capítulo, voy a referirme a la noción de figura autorial que es central para entender la operación discursiva que aquí desarrollo. Luego, describiré, junto con ejemplos del corpus analizado, los cuatro procedimientos identificados que llevan a cabo la construcción de una figura autorial situada: la construcción de presencia autorial a través de diversos recursos que no son del todo inusuales en el discurso académico, el empleo de marcas de situación de diverso tipo (geopolíticas, ideológicas, corporales, sexuales, etc.), la consideración de lo afectivo (las emociones, lo erótico, los

vínculos con otrxs) y la atención a la reflexividad en el proceso de investigación (es decir, la reflexión sobre cómo incide mi lugar de enunciación, mis intereses, mis creencias en la historia que estoy contando).

3.1 La figura autoral

Desde la lingüística y las teorías de la discursividad en general suele hablarse de la figura del *autor*. Como veremos, existen diferentes posturas que buscan trazar los límites de esta noción. Pero antes que nada, quiero dejar notado que mi elección por el término *figura autoral* no se debe a una posible adscripción a teoría o perspectiva en particular, sino que es una maniobra *ex profeso* para evitar el masculino genérico y transformar la categoría en un lugar habitable para todo el *continuum* genérico. Aun así, para no manipular de más la palabra ajena, aquí conservo —aún en los fragmentos parafraseados— los masculinos genéricos empleados según cada enfoque (y traducción).

En *Estética de la creación verbal*, el teórico ruso Mijaíl Bajtín (1999) realiza una distinción muy importante para los estudios literarios y discursivos posteriores entre el autor persona real y el autor creador. Para Bajtín, es necesario diferenciar entre la persona que escribe el texto —el escritor real inmerso en un contexto histórico y cultural específico y cuyas experiencias y valores inciden en la construcción textual— y el autor creador visto como energía formativa que emerge del texto y es el responsable del mundo creado. Esta distinción deviene de la consideración de que los textos literarios, una vez terminados, adquieren cierta autonomía y escapan de su autor persona real. Para Bajtín, esta figura del autor creador se construye en vinculación con el texto y no necesariamente coincide con la persona real.

Michel Foucault continúa esta lectura en *¿Qué es un autor?* (2010) al proponer la distinción entre el autor como sujeto histórico o biográfico y la *función-autor* como una serie de operaciones específicas y complejas que dan unidad y coherencia a una obra y que puede rastrearse en otras obras. Para Foucault, la función-autor no se define por la atribución espontánea de un discurso a su productor ni remite pura y simplemente a un individuo real, sino que “puede dar lugar simultáneamente a varios ego, a varias posiciones-sujeto que diferentes clases de individuos pueden llegar a ocupar” (p. 30).

Más cercana en tiempo y espacio, la propuesta teórica-metodológica del par cordobés Ricardo Costa y Danuta Mozejko (2001, 2002, 2009) considera a los discursos como prácticas sociales en las que intervienen *agentes sociales* inmersos en sistemas de relaciones que inciden de manera importante en su decir. Esta perspectiva pone el foco en la relación entre los discursos y el lugar desde el cual son producidos y para ello se distingue entre el *sujeto social* (el agente social inmerso en una práctica social específica y productor del discurso) y el *sujeto textual* (o el sujeto de enunciación, construido en y por el texto, equivalente al YO de enunciación de Emile Benveniste)¹⁴.

La identidad del agente social, considerada en forma dinámica y siempre en proceso, es definida por el lugar que ocupa en un sistema de relaciones en un momento determinado. Costa y Mozejko definen al lugar como “el conjunto de propiedades eficientes que definen la competencia relativa de un sujeto social dentro de un sistema de relaciones en un momento/espacio dado, en el marco de la trayectoria” (2002, p. 19). La competencia relativa de un agente social, o su capacidad diferenciada de relación, está dada por el lugar que ocupa en un momento y sistema dados. Estas propiedades que definen la competencia de cada quien son recursos valorados en la sociedad en la que se mueve el agente, son recursos que le permitirán ser aceptado e incluso imponerse. Su capacidad de relación no estará dada únicamente por la cantidad de propiedades que posea sino por su pertinencia, su grado o volumen, la estructura que formen las propiedades en un mismo agente y la gestión que se haga de ellas. La gestión de la competencia implica no sólo saber usar las propiedades de que se dispone, sino también saber poner en valor ciertos recursos más que otros. Implica saber elegir estratégicamente qué opción es la más conveniente emplear en cada caso, según el objetivo común que persigue todo agente: la aceptación, la imposición de su creencia, la construcción de una convicción.

En cada acto discursivo, el agente social se apropia de esa forma vacía que es el yo de la enunciación y construye un sujeto textual que se relaciona con su identidad como agente social, pero que se configura de manera estratégica en función de cada contexto discursivo en particular y en pos de lograr la aceptabilidad del enunciado, la legitimidad

¹⁴ Nótese que la noción de *función-autor* (Foucault) o *autor creador* (Bajtín) marcaría una instancia entre medio de estos dos sujetos propuestos por Costa y Mozejko (Novo, Escalarea y Tenca, 2009).

del emisor y la posibilidad de influir en el receptor. En este sentido, el modo en que se construye el enunciador es una decisión retórica estratégica que toma el agente social. En la forma en que se construye esta figura enunciativa entran en juego las normas institucionales en las que funciona el enunciado (estas normas enmarcan el acto discursivo en ciertas formas y ciertos géneros prototípicos), las relaciones con otros sujetos enunciativos frente a los cuales se debe sostener la legitimidad de la palabra (relaciones textualizadas a través de todas las variaciones de la cita) y el simulacro de un público receptor posible (que va desde las figuras receptoras previstas y explícitas en el texto hasta otros eslabones en el circuito de circulación, como por ejemplo, personas que tienen a su cargo la evaluación, aceptación y/o corrección del texto).

María del Carmen Novo, Laura Escalarea y Laura Tenca (2009) reúnen estos aportes y distinguen entonces tres instancias enunciativas: por un lado, cada texto particular construye una figura enunciativa que soporta esa enunciación específica (el sujeto textual de Costa y Mozejko o el enunciativo de Emile Benveniste); por otro lado, la figura autoral o autor creador o función-autor se presenta como una serie de operaciones que pueden rastrearse en varias obras y que funcionan como el vínculo entre la persona real y el texto; finalmente, anterior y exterior al texto se encuentra la persona real o el agente social, definido por su lugar en un sistema de relaciones más que por rasgos esenciales, y es quien elige estratégicamente qué operaciones empleará para construir su figura autoral en cada caso.

Estas precisiones teóricas alrededor de la noción de *figura autoral* nos ayudan a enfatizar el carácter construido de esta instancia enunciativa. A pesar de que en la operación discursiva que desarrollo en este capítulo observemos procedimientos que tienen que ver con la honestidad de situar el lugar desde el cual se habla y explicitar los intereses propios, no perdamos de vista que todo discurso es construcción discursiva y no refleja de modo transparente la realidad. La figura autoral construida en un texto no reemplaza ni refleja la multidimensionalidad inabarcable del agente social, sino que es una construcción derivada de una serie de opciones retóricas que el agente toma estratégicamente en una situación dada. A la perspectiva de Costa y Mozejko, quisiera agregar que las elecciones retóricas no son sólo estratégicas (para lograr posicionar su discurso sobre otros), sino son también políticas y éticas.

3.2 Presencia autoral

La construcción de una figura autoral situada en textos académicos presupone antes que nada presencia autoral, lo cual ya es de por sí un desafío a la retórica científica tradicional que históricamente ha buscado ocultar la mirada, el cuerpo, las opiniones, las emociones de quien enuncia. Si bien algunas pensadoras feministas han insistido sobre la necesidad de devolver las personas a los discursos (Smith, 1989; Hill Collins, 1990) y de asumirse autoras en sus textos, es en los estudios sobre análisis de discurso y literacidades académicas donde encuentro un abordaje más detallado de estas marcas de presencia autoral y de donde extraigo categorías para el análisis. En los artículos que integran el corpus de estudio encontramos, como recursos para marcar la presencia autoral, el uso de la primera persona gramatical plural (en distintas funciones), el uso de la primera persona gramatical coincidente, la construcción de una postura (a través del empleo de mitigadores, enfatizadores, marcadores de actitud y auto-referencias) y los recursos para interactuar con quienes leen (saber compartido, preguntas, digresiones personales y directivas).

Primera persona gramatical plural. En los artículos que conforman el corpus de análisis, observamos que conviven estrategias de despersonalización (como el uso de nominalizaciones o metonimias, el empleo de estructuras impersonales con infinitivo o la elección de la pasiva con “se” o con “ser”, todas formas que ocultan al agente de la acción) con estrategias de mayor personalización (representadas por las marcas de primera persona en desinencias verbales, pronombres personales y posesivos y adjetivos). Siguiendo el punteo provisto por María Marta García Negroni (2008, pp. 13-14), identificamos en los artículos leídos un empleo de la primera persona plural no coincidente con el número de la autoría en distintas funciones:

- Se emplea un *nosotros de modestia* o *nosotros de autor* cuya referencia es la autoría individual. Ejemplo: “*Elegimos*, en esta ocasión, a la cultura maorí que está ubicada en Nueva Zelanda, en el primer mundo sur...” [cursivas propias] (Bach, 2019, p. 5). Quien *elige* es la autora del artículo (singular). Este empleo del plural para ocultar el sujeto que enuncia, para que se difumine en la multitud es una estrategia naturalizada en la retórica científica.

- Se emplea un *nosotros inclusivo* a través del cual quienes leen quedan incorporadxs en un grupo junto con la autoría, quien auspicia de guía en el texto. Ejemplo: “En esta ocasión *vamos a reflexionar* sobre los conocimientos y las experiencias de las gentes indígenas...” [cursivas propias] (Bach, 2018, p. 2).
- Se emplea la primera persona plural con referencia genérica, o sea, se construye un *nosotros* que puede incluir a la humanidad entera, a la comunidad científica, al conjunto de mujeres o, más específico aun, a las académicas feministas o mujeres del tercer mundo, entre infinitas variantes. La autoría se incluye en este grupo y asume el rol de representante, por eso es que este recurso no sólo funciona para marcar presencia autoral, sino que puede brindar marcas de identidad, como veremos en el próximo apartado. Ejemplo: “el lenguaje atraviesa (y constituye) todas *nuestras* prácticas y experiencias vitales...” [cursivas propias] (Gil y Morales, 2020, p. 9). En el ejemplo, el pronombre posesivo en primera persona plural indica que las autoras se incluyen en el colectivo de la humanidad entera, ya que el hecho de que el lenguaje atravesase todas las prácticas es algo que nos sucede a todos los seres parlantes (en este caso, el número de la autoría coincide con el pronombre, pero claramente el uso del plural es en el sentido planteado).

Primera persona gramatical coincidente. También aparece en los artículos observados una fuerte presencia del empleo de la primera persona gramatical coincidente, es decir, en plural cuando la autoría es colectiva y en singular cuando se trata de autoría individual. Ejemplos: “me interesa” (Vicens, 2020, p. 322); “En otro momento señalé que...” (Bach, 2018, p. 1); “El agregado es mío” (Garzón Martínez, 2018, p. 1); “En el presente trabajo, evidenciaré los sesgos y las falencias...” (Ciccia, 2018, p. 1). Estas marcas de persona van a contramano de la retórica científica del testigo modesto. Muestran la presencia explícita de quien habla en el texto y evidencian responsabilidad enunciativa de su parte.

La necesidad de escribir en primera persona gramatical aparece tematizado en un texto de la activista del feminismo negro Patricia Hill Collins, como una opción retórica coherente con la decisión de emplear la experiencia de las mujeres negras para construir un pensamiento feminista negro. Dice Hill Collins:

El adoptar esta premisa epistemológica me ha exigido rechazar los pronombres *ellas* y *su* a la hora de describir a las mujeres negras y nuestras ideas y reemplazarlos con *nosotras*, *nos* y *nuestra*. El emplear las expresiones más distantes *ella* y *su* para describir a mi propio grupo y nuestras experiencias podía mejorar mis credenciales como académica y aumentar la credibilidad de mis argumentos en algunos medios académicos. Pero al asumir esta postura epistemológica que refleja mi formación profesional como socióloga, apelo a normas de certificación de la verdad ante las que sigo sintiéndome ambivalente.

En cambio, al identificar mi posición de participante y observadora de mi propia comunidad, corro el riesgo de verme desacreditada por ser demasiado subjetiva y por lo tanto menos académica. [cursivas en el original] (1990, p. 12)

Dicho de otro modo, lo que expresa la autora en el fragmento citado hace referencia a la decisión retórica de elegir entre una construcción autoral impersonal, distanciada, auto-invisibilizante, o una construcción autoral en primera persona, situada, auto-identificada. La primera elección, la del testigo modesto, es la que asegura la credibilidad en la mayoría de los contextos académicos. La segunda opción, como explica la autora, significa el riesgo a la desacreditación por no entrar en los cánones tradicionales de escritura científica. Para correr el riesgo, se ve obligada a explicar y fundamentar desde la postura epistemológica en la que se para.

Construcción de una postura (stance). Otro enfoque desde el cual observar la presencia autoral en textos académicos es aquel que indaga acerca de cómo se construye la autoridad autoral. Ken Hyland (2005) manifiesta que la autoridad autoral se construye a través de una postura (*stance*) frente a lo que se dice y un modo de vinculación (*engagement*) con quienes leen. La postura hace referencia a las formas en que quien escribe se presenta y transmite sus juicios, opiniones y compromisos. Se relaciona con las decisiones retóricas de aparecer o no en el texto y se realiza a través del empleo de distintos recursos: los mitigadores (*hedges*), los enfatizadores (*boosters*), los marcadores de actitud (*attitude markers*) y las auto-referencias (*self-mentions*). Los mitigadores son formas adverbiales y verbales que ayudan a presentar el conocimiento más como una opinión o una posibilidad, que como una verdad absoluta. Estos dispositivos ayudan a construir una identidad modesta de quien enuncia el

conocimiento, a la vez que respetuosa de sus lectores-colegas, ya que por medio de los mitigadores quien escribe busca negociar los significados junto con quienes leen. Los enfatizadores, por el contrario, transmiten certeza y compromiso de quien escribe con lo que dice, favoreciendo la construcción de la autoridad autoral. Los marcadores de actitud hacen referencia más bien a una dimensión afectiva y no epistémica; más que compromiso o certeza indican sorpresa, importancia, acuerdo / desacuerdo, frustración, etc.¹⁵ Las auto-referencias indican de manera explícita la presencia de quien escribe y su aparición suele ser fruto de la elección discursiva consciente de adoptar una postura o una identidad autoral situada. Incluso la no aparición de auto-referencias es una elección discursiva que presupone una concepción empirista de la investigación como independiente de quien la lleve a cabo (Hyland, 2005).¹⁶

En los artículos analizados, encontramos muchos de estos recursos para construir autoridad autoral y, por ende, presencia autoral. Por ejemplo, en uno de los dos artículos escritos por autores varones del total de 25 que conforman el corpus, Mario Federico Cabrera escribe: “En este artículo *me propongo ensayar un acercamiento* a un corpus de textos...” [cursivas propias] (2020, p. 2). Además de la elección por la primera persona gramatical coincidente que hace explícita su presencia en el enunciado, la opción del verbo *ensayar* y el objeto *acercamiento* funcionan como mitigadores, sugiriendo una identidad modesta —en el sentido que propone Hyland—, y una concepción del conocimiento alejada de verdades absolutas y universales, que más vale busca la negociación con quienes leen y no la imposición de contenido.

Sigue Cabrera: “organizo este trabajo como una exploración de un conjunto de textos ficcionales que, *desde mi punto de vista*, ejecutan intervenciones críticas...” [cursivas propias] (p. 3). Los marcadores de punto de vista como el señalado funcionan como auto-referencias y como mitigadores, ya que acentúan la parcialidad de la mirada, excluyendo nuevamente la pretensión de universalidad del conocimiento. Otros ejemplos de empleo de estos marcadores en los artículos del corpus son: “Nuestro

¹⁵ Los marcadores de actitud colaboran con la presencia autoral, evidentemente, pero les daré un espacio especial al desarrollar el tercer procedimiento de esta operación: la consideración de lo afectivo (apartado 4 de este capítulo).

¹⁶ Las auto-referencias en Hyland (2005) equivalen a las marcas de persona que analizamos más arriba desde las categorías de García Negroni (2008).

punto de vista considera al género como...” (Gil y Morales, 2020, p. 10); “Para nosotras” (Pascual y Bianchi, 2018, p. 2); “Particularmente, para nosotras...” (Calafell Sala, Ruiz y Prato, 2020, p. 4).

Otro marcador de punto de vista es “Creemos nosotras” (Pascual y Bianchi, 2018, p. 6), pero en este caso no busca mitigar o suavizar lo que se dice sino que, al estar acompañado del verbo *creer*, funciona más bien como enfatizador. Para citar otro ejemplo de enfatizador, en el mismo artículo de Cabrera, leemos: “Atendiendo a lo señalado, *es importante destacar que* tanto Chicas muertas como Aparecida dan testimonio de una serie de muertes...” [cursivas propias] (2020, p. 7). La construcción señalada transmite seguridad y compromiso con lo que se dice y funciona para introducir una idea propia del autor en la conclusión de uno de los apartados del artículo. En la parte final de su texto, Cabrera emplea otro enfatizador para presentar con seguridad sus conclusiones: “Para finalizar, *quisiera destacar que* la pregunta por los vínculos...” [cursivas propias] (p. 14).

Interacción con quienes leen (engagement). Retomando la investigación de Hyland (2005), habíamos mencionado que la autoridad autoral se construye a través de la postura y del modo en que la figura autoral se vincula o compromete (*engagement*) con quienes leen. Esta interacción con quienes leen se construye mediante el empleo de pronombres en segunda persona, el reconocimiento del saber compartido, las preguntas directas, las digresiones personales y las directivas sobre actos textuales, físicos o cognitivos. De esto también encontramos en los artículos analizados. Pronombres en segunda persona no aparecen en este corpus de textos, pero la consideración de quienes leen la podemos encontrar en ese *nosotros inclusivo* que describimos más arriba y que se emplea generalmente para reconocer el saber compartido o para dar directivas sobre actos textuales o cognitivos: “*Como sabemos*, las epistemologías feministas han desafiado...” [cursivas propias] (Bach, 2018, p. 1); “*Recordemos que* el comienzo de la llamada primera ola del feminismo...” [cursivas propias] (Bach, 2018, p. 2); “*Visibilizamos*, así, dos cuestiones” [cursivas propias] (Guerra Pérez, 2020, p. 10); “En este manifiesto *vemos* como las mujeres subalternizadas...” [cursivas propias] (Guerra Pérez, 2020, p. 12). En los dos primeros ejemplos, el *nosotros inclusivo* se utiliza para reconocer el saber compartido (a través de

los verbos *saber* y *recordar*). En los últimos dos ejemplos, se emplea la expresión para dar directivas cognitivas.

También encontramos en los textos analizados preguntas retóricas que funcionan para interpelar a quienes leen. Los espacios favoritos para esta interacción son los umbrales de los artículos: las introducciones y las conclusiones. En Garzón Martínez (2018) encontramos este comienzo: “¿Podría una misma escribir en su contra, escribir contra sí misma?” (p. 1). Es una cita parafraseada de un texto de Valeria Flores¹⁷. Aun así, funciona como pregunta interpeladora para atrapar a quien lea. En Guerra Pérez (2020), observamos el siguiente cierre: “desde los movimientos feministas en tanto espacios de luchas y resistencias nos proponemos construir espacios habitables, siempre junto con otrxs porque si no es en comunidad ¿cómo?” (p. 15). Es una pregunta directa a quien lee. Es la pregunta que nos llevamos al terminar el recorrido.

3.3 Marcas de situación

En el apartado anterior, describí cómo los artículos del corpus analizado manifiestan presencia autoral, al igual que lo hacen muchos textos académicos de investigaciones no feministas tanto de las ciencias humanas y sociales como de las ciencias duras. Los abordajes citados (García Negroni, 2008; Hyland, 2005) dan cuenta de que el pretendido lenguaje objetivo de la academia no lo es tanto, ya que se cuelan marcas de subjetividad a través de distintos dispositivos del lenguaje¹⁸. Sin embargo, en los artículos que analizamos, sucede mucho más que eso. La construcción de una figura autoral situada demanda que aparezcan marcas específicas de situación: de género, sexuales, corporales, raciales, familiares, culturales, ideológicas, geopolíticas, académicas y contextuales de la situación específica de enunciación. Estas marcas aparecen a través de distintos recursos del lenguaje. Algunos recursos son convencionales y usualmente empleados (como las notas académicas y la marca de género en tercera persona) y otros son deliberadamente llamativos: el empleo de un *nosotros genérico* que dé cuenta de la

¹⁷ El texto citado es “Escribir contra sí misma: una micro-tecnología de subjetivación política”, publicado en *Aproximaciones críticas a las prácticas teórico-políticas del feminismo latinoamericano*, coordinado por Yuderkis Espinosa Miñoso (2010).

¹⁸ En línea con estas indagaciones, en las investigaciones sobre literacidades académicas se busca problematizar y desnaturalizar las prácticas de escritura en la universidad de modo que sean más inclusivas de las diferentes identidades que traen lxs estudiantes al contexto académico (Lillis, 2021; Zavala, 2011; Ivanic, 1998).

inclusión de la figura autoral en cierto colectivo, la explicitación en el cuerpo del texto de marcas que caracterizan el lugar de enunciación y la inserción también en el cuerpo del texto de un breve relato autobiográfico.

Tengo la costumbre de ordenar los procedimientos y recursos del menos llamativo al más inesperado o, como denomino en estudios anteriores (Abello, 2022), del menos riesgoso al más riesgoso. El riesgo consiste en que un excesivo alejamiento de la norma, una excesiva deformidad en el dispositivo, pueden llevar a que tanto texto como quien lo escribe terminen cayendo fuera de la norma y no cumplan su propósito comunicativo ni su sino de resistencia. Riesgo y equilibrio son ambas actitudes valoradas en la exploración de una tecnología de escritura académica feminista. Empiezo entonces por dos recursos recurrentes en publicaciones académicas, para nada llamativos y hasta incluso solicitados de ese modo por la revista editora, pero que realizan a su modo una contribución a situar el lugar desde el cual se habla.

Notas académicas. El primero de estos recursos convencionales son las notas académicas. En muchos casos, porque es solicitado o simplemente porque es convención hacerlo, se aclara debajo de la firma de autoría o en nota al pie o al final, con más o menos desarrollo, la procedencia académica (con lo cual es posible intuir posibles marcas de procedencia geográfica, aunque no exactamente), la disciplina de origen, la trayectoria académica y la situación laboral (en el caso de que tenga relación con el ámbito académico y/o científico). A veces también se agregan especificaciones sobre las líneas de investigación que se siguen, los proyectos en marcha y el equipo de trabajo. Por ejemplo, en el corpus analizado, todos los artículos del dossier de la *Revista Ensamblés* contienen una nota al final con información de este estilo:

*Martín Álvarez Litke, es Becario doctoral del CONICET/ IIEGE (Universidad de Buenos Aires), y Profesor de Enseñanza Media y Superior en Ciencias Antropológicas (Universidad de Buenos Aires). Sus temas de investigación giran en torno al género, el deporte y el feminismo, focalizándose específicamente en el fútbol femenino y feminista en la Ciudad de Buenos Aires. Correo electrónico: esnowel@hotmail.com (Álvarez Litke, 2020, pp. 70-71)

No por poco llamativas debemos restarle valor a estas notas, ya que aportan marcas para una construcción autoral situada.

Marca de género en tercera persona. Nótese en el ejemplo citado la elección de la tercera persona gramatical. El criterio de la persona gramatical me ha servido en estudios anteriores ya comentados (Abello, 2022, 2023) para distinguir entre procedimientos de menor riesgo (aquellos que emplean la tercera persona gramatical) y procedimientos de mayor riesgo (aquellos que emplean la primera persona gramatical) en la construcción autoral con marcas de género femenino. Especialmente, la explicitación de las marcas de género en la construcción autoral en textos académicos funciona como una política de visibilización de la autoría de las mujeres en la academia y es engranaje fundamental de la tecnología de escritura que aquí describo. Como observamos, los recursos aparecen de forma combinada y esta disección que hacemos es sólo funcional al análisis. Un ejemplo de aparición recurrente y convencional de marca de género femenino en la construcción autoral es la especificación de que las traducciones son de la propia autora a través de una frase como esta: “Traducción de la autora” (Ariza, 2018, p. 16). Como vemos, el empleo de la tercera persona gramatical colabora a que la marca femenina pueda deslizarse sin demasiada *interrupción*¹⁹.

“Nosotros” genérico para inclusión en un colectivo. Opciones más riesgosas se toman cuando quienes escriben intentan una construcción autoral situada a través de la primera persona gramatical. Un recurso posible, como mencionamos en el apartado anterior, es el empleo de un *nosotros genérico* que incluye a la figura autoral dentro de un colectivo específico. Lo vemos en los siguientes ejemplos:

- “Para poder empezar a pensar *nuestras propias* tretas del débil con los elementos que disponemos de la crítica y del canon epistémico...” [cursivas propias] (Charrúa, 2020, p. 469). La autora se incluye en el colectivo de mujeres que hacen crítica literaria y revisan el canon de la literatura argentina.

¹⁹ Esta fórmula prototípica de aclaración de la autoría de las traducciones aparece como moneda corriente en publicaciones académicas con políticas de escritura rígidas y conservadoras, como son las publicaciones sobre estudios de literatura clásica y medieval (como *Revista Circe de Clásicos y Modernos*, *Revista Cuadernos Medievales*, *Revista de Estudios Clásicos* y *Revista Scripta Mediaevalia*) (Abello, 2023).

- “...desde las grietas que tiene *nuestra* historia...” [cursivas propias] (Charrúa, 2020, p. 479). La autora se incluye en el colectivo de mujeres en general a través del pronombre posesivo en primera persona más objeto específico de las mujeres (según cotexto).
- “...la dificultad que *atravesamos las mujeres* cuando debemos decidir...” [cursivas propias] (Ibarra, 2020, p. 98). La autora se incluye en el grupo de mujeres a través del empleo de la primera persona gramatical observada en la desinencia verbal.
- “...ni las científicas, ni las profesionales universitarias *estamos exceptuadas* de estas formulaciones patriarcales” [cursivas propias] (Ibarra, 2020, p. 98). La autora se incluye a través de la desinencia verbal en este colectivo más específico de científicas y profesionales universitarias.
- “...nuestros modos de habitar y de ser en el mundo, de *entramarnos con otras mujeres con las que tejemos una Red de Sostenes*” [cursivas propias] (Calafell Sala, Ruiz y Prato, 2020, p. 2). Las autoras se incluyen en el colectivo específico de mujeres Red de Sostenes que configura el objeto de investigación del artículo (en una investigación totalmente auto-reflexiva).

Marcas en el cuerpo del texto. Una apuesta aún mayor la realizan aquellas autoras que explicitan de manera deliberada su situación de enunciación, en primera persona y en el cuerpo del texto. Por ejemplo, Mariana Elizabeth Ibarra cierra su artículo sobre fútbol y mujeres con esta pregunta: “¿Cómo estudiar mujeres siendo mujeres y asumiendo enfoques feministas?” (2020, p. 99). En su pregunta no sólo se evidencia su género, enfoque epistemológico y orientación ideológica, sino que problematiza justamente el lugar de enunciación y su vínculo con el objeto de estudio.

En el artículo sobre el colectivo Red de Sostenes, publicado en *Revista de Filosofía Práctica e Historia de las Ideas*, se lee la siguiente explicitación del lugar desde el que las autoras se sitúan para escribir, pensar e investigar:

...en un presente de sofisticación de las capacidades depredadoras y extractivistas del capitalismo tardío en nuestra localidad, Unquillo, en nuestro país, Argentina, y en gran parte de América Latina. (...) Lo que nos convoca aquí

es nuestra participación dentro de la agrupación local RDS... (...) Lo hacemos situándonos en nuestras identidades de mujeres cis de clase media del interior, profesionales, trabajadoras y cuidadoras de otrxs en nuestras historias de vida personales. También posicionándonos de maneras diversas en nuestras identidades políticas, como mujeres que caminamos junto a otras en este gran movimiento actual... (Calafell Sala, Ruiz y Prato, 2020, pp. 2 y 3)

Observamos cómo en esta explicitación del lugar de enunciación las autoras brindan información acerca del presente de enunciación y de cómo evalúan dicho presente (capitalismo extractivista), del punto geopolítico desde el cual miran (Unquillo, Argentina, América Latina), de su participación en cierto colectivo comunitario político feminista que es a su vez el objeto de estudio (Red de Sostenes), de su género y orientación sexual (mujeres cis), de su clase (media), de su ideología (feminista), de su condición laboral (profesionales y trabajadoras) y otras marcas (cuidadoras).

Algunas marcas son más recurrentes que otras y muchas veces se opta por brindar información sobre ciertos aspectos, porque tienen incidencia en esa investigación en particular. Por ejemplo, no es común que aparezca información acerca de la familia de quien habla, sin embargo, en el texto de Alvarez Litka (2020), el autor incluye un breve relato en la introducción acerca de la visita a un museo de fútbol en San Pablo (Brasil) e indica que le causó sorpresa encontrar la cabeza de una muñeca usada como pelota. Para justificar su reacción, tan diferente de la ternura que el fragmento de juguete causó en sus colegas femeninas, explica: “se trataba de una presencia extraña, ajena a mi experiencia lúdico-deportiva como varón (con dos hermanos también varones)” (p. 58).

Breve relato autobiográfico. El cotexto donde aparecen las marcas recién descritas es en el marco de un breve relato autobiográfico que da inicio al artículo, lo cual nos lleva a desarrollar un recurso más que puede emplearse para ingresar marcas de la situación desde la que se habla y así construir una figura autoral situada: la inserción en el cuerpo del texto de un breve relato autobiográfico. Luego veremos, en el capítulo 5, que la introducción de estos relatos no sólo aporta a la construcción de la figura autoral situada, sino que es una variante que surge de la exploración de una escritura nómade, que cruza lo expositivo con lo narrativo, lo objetivo con lo personal, lo teórico con lo poético. Encontramos varios ejemplos de estos relatos en los artículos analizados.

Quizás el más llamativo es el relato de María Teresa Garzón Martínez (2020), del cual extraigo solo un fragmento:

Yo era una niña blanca, que venía de una familia del interior de la república de Colombia, creciendo en una ciudad –Bogotá– siempre representada como blanca y estudiando en un lugar donde no había niñas negras o indígenas. Desde esa edad, ya tenía alguna noción de lo que significaba mi piel, pero no en términos de privilegio, sino de enfermedad. Mi sangre dulce hacía que los mosquitos me picaran y la alergia me obligaba a abrir la piel a punta de rasguños, el sol me quemaba sin misericordia y la migraña era insoportable. Nunca tuve buena relación con mi cuerpo. Nunca. Al ir creciendo, en mi adolescencia, las cosas empeoraron un poco. Era demasiado delgada, sin curva alguna; mis senos me avergonzaban así que asumí una posición encorvada; mis pestañas eran larguísimas, pero no redondeadas por lo que mis compañeras me decían que tenía ojos de burro; mi cabello era tenazmente lacio y mi piel en exceso pálida, sin ninguna posibilidad de “tomar” algo de color, pese a toda la Coca-Cola invertida en ello. El ícono de belleza en ese entonces era Gloria Estefan, la cantante cubana, y yo también deseaba ser así: de cabello rizado, piel dorada y bonita voz. (p. 3)

En el fragmento citado, observamos cómo la autora se permite hacer una radiografía de sí misma aportando marcas corporales, raciales, culturales, geográficas, familiares y de clase y colaborando de este modo con una construcción autoral situada. La inserción de un fragmento autobiográfico en un artículo académico no es un capricho ni una nueva normativa de escritura. Este recurso escriturario, en este texto en particular, se corresponde con movimientos metodológicos vinculados a la reflexividad, a ser quien investiga parte de lo que se investiga, a mirar la propia mirada que está mirando.

3.4 Consideración de lo afectivo

En relación a una figura autoral situada, que escribe desde un cuerpo y una experiencia particulares, rescato especialmente de la forma de pensar feminista la consideración de los afectos y las emociones en la producción de conocimiento y en su textualización en la escritura. La pretensión de neutralidad, tanto en el hacer científico como en la escritura del conocimiento, es una de las quimeras que las epistemologías feministas

han buscado desarmar. En oposición a la división cartesiana mente-cuerpo, bell hooks (2016) propone considerar lo erótico en las prácticas pedagógicas y epistemológicas y Audre Lorde (2003) defiende la importancia de las emociones y la experiencia en la construcción de conocimiento. Llevar adelante prácticas investigativas feministas, dicen Osorio-Cabrera, Gandarias y Fulladosa (2021), es compartir una ética del acompañamiento (de un cuidarse entre compañeras) y una ética de la transparencia (de manifestar las emociones, los errores, las decisiones, la cocina de la investigación). Además, manifiesta Itziar Gandarias (2014), en las investigaciones feministas aparece una cierta incomodidad, en el sentido de algo que está cambiando pero que aún no ha cambiado del todo, y a esa incomodidad hay que aprender a habitarla. María Fernanda Moscoso Rosero y Amarela Varela-Huerta escriben un *paper* “a cuatro manos y dos corazones” (2021, p. 205) en el que ponen en valor la escritura de a dos como una forma de desafiar la lógica individualista y competitiva del mercado académico. Valoran la entrada de los afectos en la escritura y la amistad como un vínculo político peligroso para el capitalismo. Por otro lado, Nadia Martin (2021) propone pensar en la posibilidad de un pensamiento táctil, en el sentido de que llegue a tocar / afectar a otrx, y que se traduce en una escritura a su vez táctil.

¿Cómo puede hacerse presente un cuerpo en el escrito científico? ¿Cómo pueden aparecer sus sensaciones, intuiciones, miedos, placeres, incomodidades, todo aquello que pareciera escapársele al *logos*? ¿Cómo tener en cuenta lo que nos va sucediendo a nivel afectivo cuando llevamos adelante nuestras prácticas de conocimiento? ¿Cómo esto se manifiesta en la escritura? En los artículos observados para esta investigación, aparecen algunos recursos que dan pistas sobre lo afectivo y las emociones. Desarrollaré a continuación tres de estos recursos: el empleo de marcadores de actitud, la explicitación de las emociones y los agradecimientos.

Marcadores de actitud. Como vimos en el primero de los procedimientos desarrollados en este capítulo, la presencia autoral es construida en textos académicos a través de distintos recursos que se usan a menudo y no resultan llamativos o provocadores: enfatizadores, mitigadores, marcadores de actitud y auto-referencias (Hyland, 2005). Los marcadores de actitud, a diferencia de enfatizadores y mitigadores, no designan una

dimensión epistémica sino afectiva (sorpresa, importancia, frustración, interés). En los artículos leídos, encontramos estos ejemplos:

- “Sin embargo, y *por fortuna*, la historia social del trabajo ha virado notablemente en preguntas y posibilidades analíticas que dan una densidad al campo al contar con investigaciones empíricas de peso que han cuestionado exclusiones y omisiones historiográficas” [cursivas propias] (Pita, 2020, p. 8).
- “...han dejado atrás gran parte de la carga de los ejes de la colección para pensar *-afortunadamente-* en otros dilemas” [cursivas propias] (Pita, 2020, p. 8).
- “*Inspiradas en* Joan Kelly Gadol (1992), nos propusimos...” [cursivas propias] (Pita, 2020, p. 2).

En los tres ejemplos citados, que aparecen en un mismo artículo, notamos que los marcadores “por fortuna”, “afortunadamente” e “inspiradas en” no resultan especialmente llamativos y su empleo pareciera formar parte de la retórica científica, al menos de las ciencias sociales. “Por fortuna” y “afortunadamente” indican una actitud de acuerdo con lo que evalúan, mientras que “inspiradas en” refiere a una actitud de elogio o admiración hacia el objeto de inspiración, en este caso, la obra de otra autora²⁰. Otros marcadores de actitud usualmente empleados, aunque no todos aparecen específicamente en el corpus estudiado, serían: *prefiero, comparto, deseo, es interesante, es preferible, desafortunadamente, por suerte, lamentablemente, es notable, resulta importante*, entre otros.

Explicitación de las emociones. A diferencia de estos marcadores que no resultan especialmente disruptores, la explicitación por parte de la figura autoral de las emociones frente a lo que se investiga o lo que se está diciendo llama la atención de quienes vigilan los límites de lo decible en el campo. En el artículo ya citado de Garzón Martínez (2018), encontramos en la conclusión el recorrido por tres actitudes emocionales frente a lo investigado:

Es un acto lleno de *angustia* porque siempre existe el riesgo de no poder o no desear ver las opresiones y las propias prácticas cómplices en ellas o de reducirlas

²⁰ Retomaremos este marcador más adelante como recurso para establecer vínculos con las voces citadas (capítulo 4).

a la lectura teórica. Es un acto lleno de *sorpres*a porque implica reconocer la propia ignorancia. Es un acto lleno de *miedo* porque enfrenta a la pérdida de los privilegios tanto cuando juegan en contra, como cuando juegan a favor. [cursivas propias] (p. 9)

Angustia, sorpresa, miedo. La autora elige sintetizar lo dicho (función de toda conclusión) a través de lo que implicó el proceso investigativo en cuanto a lo emocional y no sólo en cuanto a lo cognitivo.

También, el ya citado Alvarez Litka (2020), hace explícita su sorpresa frente a las cabezas de muñecas empleadas como pelotas de fútbol: “La presencia de ese objeto les causaba gracia y ternura a Mónica y Juliana, pero no las *sorprendía* como a mí, para quien se trataba de una presencia extraña” [cursivas propias] (p. 58). Y, en el mismo dossier, Ibarra (2020) da cuenta de su incomodidad y preocupación: “En ese contexto preocupante” [sobre femicidios, en nota al pie] (p. 95); “Esa incomodidad de la prohibición por el acceso a algunos espacios desde la infancia, como el fútbol o el malambo” (p. 97); “incomodidades arrastradas durante el proceso de investigación” (p. 99).

Desde una perspectiva feminista decolonial, las autoras Calafell Sala, Ruiz y Prato (2020) ponen el énfasis en los *sentipensamientos*, categoría que proviene de las epistemologías de pueblos originarios de Abya Yala, a través de la cual justamente se busca romper la dicotomía razón-emoción, tan típica del pensar occidental. Entonces, en su texto leemos la explicitación de esta postura epistemológica: “contribuir desde nuestros pensamientos, sentires y experiencias” (pp. 2-3); “abordar nuestras realidades desde un enfoque plural, político y cosmogónico de cuerpos sentipensantes” (p. 3). También dan cuenta de emociones específicas que experimentan frente al objeto de estudio, el accionar de la Red de Sostenes, colectivo en el que ellas mismas también participan: “no lo leemos solo en clave indignada sino también, y más específicamente, en clave incorporada” (p. 3); “El registro del malestar era de tal magnitud que permitió ver...” (p. 5); “nos provocaba en el cuerpo sensaciones de angustia” (p. 9). Indignación, malestar, angustia y cuerpos presentes en la investigación y en la escritura del conocimiento.

Los agradecimientos. La consideración de lo afectivo también implica la posibilidad de afección con otrxs y de ser afectadxs a un mismo tiempo por otrxs. Los vínculos y

afecciones con las personas que traigo a mi texto a dialogar y a compartir la mesa serán desarrollados en el siguiente capítulo, pero dejo asentado en este punto a la escritura de los agradecimientos como recurso que implica lo afectivo en la construcción autoral. Leemos en Queirolo (2020): “Agradezco a Paula Caldo su generosa invitación así como también la lectura atenta de Alicia Salomone y Claudia Montero junto con los relatos de María Vanesa Stevani para reconstruir el 8M (2019) en Chile” (p. 1). Esta forma de dar cuenta de los vínculos y las acciones de personas que estuvieron relacionadas con la investigación, sumado al sentimiento de agradecimiento, colabora con una identidad autoral situada, con la consideración de lo afectivo en el proceso investigativo y con una concepción de ciencia más colectiva y menos individualista.

3.5 Atención a la reflexividad en el proceso de investigación

Cuando Sandra Harding (1998) define un conjunto de rasgos metodológicos que comparten las investigaciones feministas, propone como uno de estos rasgos la consideración de un nuevo objeto de investigación: “situar a la investigadora en el mismo plano crítico que el objeto explícito de estudio” (p. 7). Esto se llevaría a cabo, según Harding, a través de la explicitación del género, la raza, la clase y los rasgos culturales de quienes investigan y, sobre todo, exponiendo cómo sospechan que todo eso ha influido en el proceso de la investigación. Este requerimiento no implicaría un esfuerzo ingenuo por parte de las investigadoras de portarse bien según nuevos estándares, sino “más bien una respuesta al reconocimiento de que las creencias y comportamientos culturales de las investigadoras feministas moldean los resultados de sus análisis tanto como lo hacen los de los investigadores sexistas y androcéntricos” (p. 7). A esta nueva relación entre quien investiga y el objeto de investigación, Harding la denomina *reflexividad de la ciencia social*. Ahora bien, ¿cómo aparece esto en los artículos elegidos para esta investigación? Lo vemos a través de dos recursos: por un lado, mediante la inclusión de la figura autoral en el colectivo genérico objeto de estudio; y, por otro, por medio del armado de un apartado especialmente construido para dar cuenta de esta reflexión.

Inclusión de la figura autoral en el colectivo objeto de estudio. Un planteo poderoso de las epistemologías feministas, impensable desde las formas modernas, occidentales y patriarcales del hacer científico, es la investigación sobre la propia experiencia. No sólo

abre la puerta a posibles estudios de la situación de una comunidad a la que una pertenece o el abordaje de una obra colectiva en la que la propia investigadora fue autora o la reflexión sobre un evento o fenómeno en el que participaron quienes investigan, entre otras variantes, sino que plantea la necesidad en toda investigación de considerar cuál es la experiencia de quien investiga con respecto a lo investigado. Una forma de observar en la escritura una posible consideración auto-reflexiva es cuando quienes investigan se incluyen en el colectivo investigado a través del uso de la primera persona gramatical plural (no coincidente o coincidente en caso de autoría colectiva). Puede darse en casos donde el colectivo investigado es muy amplio, por ejemplo, el colectivo de mujeres, y entonces allí la investigadora está siendo investigada ella misma al hablar de las mujeres en general: “las mujeres *vehiculizamos* una importante energía para hacer posible el movimiento liberador de los pueblos” [cursivas propias] (Martínez Espíndola, 2020, pp. 17-18). O puede darse con respecto a colectivos más pequeños, como es el estudio ya mencionado del grupo Red de Sostenes:

Experimentar en *nuestros* cuerpos y en *nuestra* comunidad las opresiones y violencias estructurales de este sistema es lo que *nos* impulsa, individual y colectivamente, a repensar(*nos*) continuamente (en) las tramas del presente, donde *tejemos nuestros* vínculos cercanos, y donde *construimos* la cotidianeidad de *nuestras* existencias y de *nuestras* subjetividades. Lo que *nos* convoca aquí es *nuestra* participación dentro de la agrupación local RDS. [cursivas propias] (Calafell Sala, Ruiz y Prato, 2020, p. 2)

Esto dota al presente texto de una autorreferencialidad explícita pero necesaria para comprender los modos diversos en que la cercanía, las conversaciones, los diálogos o las transmisiones de conocimiento y pensamiento *entre nosotras* y con respecto a otras mujeres cercanas *nos* atraviesan y *nos* con-forman, es decir, dan forma continuamente a *nuestras* subjetividades y a *nuestras* corporalidades, *nos* afectan. [cursivas propias] (Calafell Sala, Ruiz y Prato, 2020, p. 3)

Vemos en los fragmentos citados cómo el empleo de la primera persona plural incluye insistentemente a las autoras en el propio colectivo objeto de la investigación, poniéndose ellas mismas en la lente de la lupa. En el segundo fragmento citado, las

autoras justifican la auto-referencialidad de la investigación y presentan como evidencia su propia experiencia.

Apartado específico de auto-reflexividad. Otro recurso para considerar la reflexividad del proceso investigativo hallado en los textos del corpus es la existencia de un apartado o fragmento específico para tal fin que puede ubicarse en la sección donde las autorías detallan el diseño metodológico de la investigación o en esos umbrales raros que son la introducción o la conclusión. Por ejemplo, en la conclusión de Garzón Martínez (2018), se lee una reflexión sobre los intereses, las motivaciones, las “obsesiones” y las “apuestas” que han llevado a que la autora piense, investigue, escriba de este modo:

Aquí, sólo he intentado aportar a la construcción de un espacio de debate y lucha política polemizador, que no parte de una idea de “superación” de las diferencias, o de apuestas simples por el uso estratégico de las identidades políticas, o de lugares sin ira, sin rabia, sin coraje o de una mera “implicación” como blanca, o de una plana noción de articulación, sino de las desconfianzas, de lo que he visto y aprendido y dialogado, de mis propias obsesiones intelectuales, de lo que me persigue como sombra, de los motivos que me han hecho renunciar, de las apuestas que me han hecho volver. En últimas, de la conciencia de que, aunque en muchos lugares del planeta podré ser también racializada como hispana, yo tengo el privilegio de volver a esos lugares donde mi blanquitud no se pone en duda, menos por un supuesto poder económico y más por el color de mi piel y mi capital académico. (p. 10)

En Ibarra (2020), la autora dedica dos páginas al subtítulo “La reflexividad necesaria: entre incomodidades, tensiones y convicciones” (p. 97), en donde reflexiona acerca de su lugar en la investigación siendo mujer investigando en un campo masculinizado (el fútbol), equilibrando las tareas de investigación con las de maternidad, asumiéndose feminista y queriendo investigar desde marcos epistemológicos feministas, investigando desde el interior del país y jugando al fútbol, al igual que las sujetas investigadas. En dicho apartado, la autora se mira a sí misma, explicita su lugar de enunciación, sus valores e intereses y cómo estos influyen en la investigación que está llevando a cabo.

En este capítulo, intenté darle forma a esta operación discursiva que tiene como compañera a Donna Haraway y como enemigo al testigo modesto de la ciencia experimental. Sin pretensiones de generalización ni exhaustividad, sólo ateniéndome a lo hallado en los textos que conforman el corpus de análisis, definí cuatro procedimientos que trabajan para la construcción de una figura autoral situada y los ordené aproximadamente de los menos riesgosos (y por ende, más usuales y más aceptados) a los más riesgosos (los de menor recurrencia y los más llamativos), siguiendo un criterio totalmente subjetivo (confiando en mi propia trayectoria como lectora y ocasional autora de publicaciones en revistas de ciencias sociales y humanas).

El primero de los procedimientos desarrollados conforma la base para pensar una figura autoral situada y es un aspecto abordado además por fuera de los estudios feministas. Para construir presencia autoral en textos académicos, se emplean diversos recursos que se relacionan con las marcas de persona utilizadas, con la construcción de la autoridad autoral (a través de enfatizadores, mitigadores, marcadores de actitud y auto-referencias) y con el establecimiento de un compromiso con quienes leen. Luego, describí y ejemplifiqué cómo pueden aparecer marcas de situación de diverso tipo para delinear la figura autoral, algunas más osadas que otras. El tercer procedimiento está vinculado a la consideración de lo afectivo e incluye las emociones o sentires de la figura autoral con respecto al objeto de investigación, así como también las formas en que se ve afectada o afecta ella misma a otrxs. Y por último, desarrollé cómo se las ingeniaron algunas autoras para dar cuenta de la reflexividad en el proceso de investigación, un rasgo metodológico que caracteriza a las investigaciones feministas.

A través de estos procedimientos, las autoras (y dos autores) de los textos analizados construyen una figura autoral situada desde la cual enunciar verdades parciales, encuerpadas, responsables. Se han asumido a sí mismas como voz en el discurso, con el derecho y la obligación que implica hablar desde un lugar específico. Han puesto su cuerpo en el escrito y han dejado que el escrito tome cuerpo. Han mirado el mundo y se han mirado a sí mismas en el mundo. El acto de escritura ha sido acto de entrega, de asunción, de honestidad. ¿Qué más erótico que eso? Solo asumiéndonos en la escritura podemos alcanzar alguna verdad terrenal.

Capítulo 4: El entramado de una intertextualidad feminista en función genealógica

Y es que las mujeres carecen de los medios concretos para congregarse en una unidad que se afirmaría al oponerse. Carecen de un pasado, de una historia, de una religión que les sean propios (...) Viven dispersas entre los hombres.

Simone de Beauvoir, *El segundo sexo*

Tejer era ya una producción multimedia: cantar, corear, contar historias, bailar y jugar mientras trabajan hiladoras, tejedoras y zurcidoras que eran literalmente trabajadoras de la red (*networkers*).

Sadie Plant, *Ceros + Unos*

Supongamos que esas tramas no están terminadas, sino que miles de manos tejedoras tensan, anudan, cortan, dibujan, y lo hacen desde ubicaciones diversas.

alejandra ciriza, *Tramar/urdir/anudar genealogías feministas...*

No resulta extraño que a la vigilancia masculina le hayan resultado sospechosas las agujas —de punta filosa— con que las mujeres tejían sus ponchos o vestidos, que disponer de los hilos así entrelazados no podía sino venir de mentes astutas y especuladoras que actuaban con un plan premeditado, que era cosa de hechicería que resultaran urdimbres tan fuertes a partir del entramado de delgados filamentos. De ahí quizás que palabras como *tramar* o *urdir* hayan terminado teniendo un matiz negativo. En sus definiciones, se habla de preparar un engaño, una traición, algo contra alguien. Es fácil imaginar a los hombres públicos, propietarios, paterfamilias, mirando con

desconfianza cómo las mujeres pasaban tiempo juntas y confundían hilos, palabras y pensamientos. Cómo no intuir el enredo intencionado, la amenaza.

Me apoyo en estos dos sentidos del vocablo *tramar* cuando hablo del entramado de una intertextualidad feminista: *tramar* en el sentido de tejer, de trenzar hilos dispersos para armar una urdimbre potente; y *tramar* en el sentido de planear, de pensar un plan de insumisión, de enlazar complicidades con designios antipatriarcales, anticolonialistas y anticapitalistas. Me anudo con la palabra de Alejandra Ciriza, pensadora que teje junto a nosotras para darle forma a esta operación de escritura que abordamos en este capítulo. Importa lo que tramamos (pensamos, planeamos, enredamos), pero igual de importante es con quiénes tramamos. Ciriza (2015) expone la necesidad de (re)construir genealogías feministas del Sur, asumiendo las tensiones con las genealogías feministas blancas y euronortecentradas y considerando otras formas de apertura de lo que consideramos como feminista. Construir genealogía es un gesto político, dice Ciriza, y cuando lo hacemos en el discurso académico-científico, agrego yo, se torna a su vez gesto epistémico.

La función genealógica que adquieren específicos movimientos intertextuales en textos académicos son estudiados por Fabiana Grasselli y Sabrina Yáñez (2019), particularmente en los escritos de dos autoras académicas feministas del Sur: Gilda Luongo y Val Flores. Para indagar acerca de cómo estas escritoras pueden escaparse del “lenguaje del opresor” (como lo denomina Dorothy Smith) o de las “herramientas del amo” (como se expresa Audre Lorde), Grasselli y Yáñez observan la tensión entre experiencia y lenguaje, por un lado, y la función genealógica de la intertextualidad feminista / lesbiana, por el otro. Sobre esta última, aclaran:

...constituye una herramienta que aporta a la práctica de la re-subjetivación a través de la búsqueda y experimentación de un lenguaje propio. Ese lenguaje no sería una creación individual sino que se yergue, inestable y tentativo, sobre los sedimentos de las voces de las ancestras, sus experimentaciones, sus palabras acuñadas, eso que pudo serle arrebatado a la inefabilidad y traído al territorio del lenguaje de manera articulada y/o poética. Así, la genealogía intertextual también permite pensar(se) y escribir(se) con/a través de las herencias

escriturales en las que se halla afinidad experiencial, un hogar al menos provisorio. (pp. 140-141)

Las autoras señalan de este modo que una forma de escaparnos del lenguaje del opresor, de los ángeles fríos del discurso científico masculino universalizante, es a través de la decisión de a quiénes citamos en nuestros textos, con quiénes construimos teoría, a quiénes legitimamos como autoridades de un saber válido y valioso. Es un gesto político y epistémico y es también una tecnología de subjetivación: nos identificamos, nos escribimos con/a través de ciertas herencias escriturales, hacemos con ellas una casa, un refugio. Además, la intertextualidad que construimos no sólo habla de una herencia de ideas y de prácticas políticas, sino también de una herencia de formas de escribir, de modo que nuestra propia escritura deja de ser una cuestión de estilo individual y se inserta en una tradición de escritura del conocimiento.

Son numerosos los frentes de los feminismos que abogan por esta recuperación de voces, la (re)construcción de tradiciones en las cuales inscribimos y la visibilización y puesta en valor de los discursos, teorías, formas artísticas y formas de pensamiento de mujeres y disidencias como gesto político. La poeta lesbiana Adrienne Rich (1983) propone a las mujeres escritoras la tarea de re-venir viejos textos en el sentido de volver a verlos con ojos renovados y críticos, conociendo que el lenguaje nos ha encerrado y que debemos, como acto de supervivencia, pensar cómo nombrar de nuevo. Para rescatar la tradición del pensamiento feminista negro, dice Patricia Hill Collins (1990), debemos localizar obras no reconocidas de mujeres negras, reinterpretar las obras conocidas desde un nuevo marco teórico y revisar el concepto de “intelectual” para abordar obras de mujeres que no serían consideradas intelectuales en el sentido más tradicional de la palabra. También Donna Haraway (2019), en *Seguir con el problema*, llama la atención sobre la importancia de vigilar con quiénes pensamos, con quiénes compartimos la mesa y enredamos nuestros pensamientos.

Al trasladar la urgencia genealógica de los feminismos a los problemas de la escritura del conocimiento, podemos poner en relación estas necesidades con los estudios existentes desde la lingüística, las teorías de la discursividad y el abordaje de las literacidades académicas en cuanto a relaciones intertextuales, o sea, sobre cómo los textos hablan de otros textos, incluyen otros textos, reformulan otros textos que, desde

una mirada situada del conocimiento, además de textos se trata de personas y perspectivas. Emplearemos para la descripción y el análisis de los procedimientos vinculados con esta operación algunas herramientas que nos aportan las teorías de la discursividad y el análisis de discurso (Bajtín, 1999; Kristeva, 1967; Genette, 1989; Kerbrat-Orecchioni, 1986), los estudios sobre estrategias intertextuales y atribución del conocimiento (Bolívar, 2004; Hyland, 1999; García Negroni, 2008) y sobre empleo de verbos en textos académicos (Lamprea Abril et al, 2023).

En este capítulo, vamos a darle forma a esta operación discursiva que pone el foco en las relaciones que un texto mantiene con otros textos y que derivan en un entramado genealógico feminista que constituye una casa, una retaguardia, una tradición de escritura y de pensamiento en la academia. Para esto, el primer apartado está dedicado a definir, desde la teoría de la discursividad, un encuadre conceptual que nos permita hablar de diálogo entre textos o relaciones de intertextualidad. Luego, los siguientes apartados, describen los procedimientos que colaboran en tejer este entramado según lo observado en los textos que conforman el corpus de análisis: la selección de autoras mujeres o disidentes para el entramado teórico, la intención explícita de armar genealogías feministas, la corporización de las voces citadas, la exploración de otros modos de vinculación textual con estas voces y la puesta en valor de las voces citadas.

4.1 Dialogismo e intertextualidad²¹

La teoría discursiva del dialogismo, nacida en la Rusia de comienzos de siglo XX en lo que se denominó Círculo de Bajtín²², es de gran valor para entender cómo funcionan los discursos en lo social. Tanto es así que Julia Kristeva, la estudiosa francesa que inserta esta teoría en la Francia estructuralista de la década del sesenta, afirma que “el dialogismo, más que el binarismo, sería quizás la base de la estructura mental de nuestra época” (1967, p. 24). Lo interesante de la teoría bajtiniana y lo que permitió una entrada

²¹ El marco conceptual que se describe en este apartado fue empleado para estudiar las relaciones de intertextualidad que un conjunto de textos, académicos y periodísticos, mantiene con los decires de la poeta Audre Lorde. Dicho abordaje se describe en el artículo “Las voces de Audre Lorde. Narrativas escriturales en función genealógica”, del dossier *Narrativas feministas: representaciones, decires y discursos de la pospandemia* de la Revista *Zona Franca* (Fernández Hasan y Abello, 2024).

²² El Círculo de Bajtín estaba conformado por un grupo de intelectuales que produjeron estudios de teoría lingüística y crítica literaria de enorme valor hasta el día de hoy. En dicho grupo, se encontraban Valentin Nikolaevich Voloshinov, Pavel Nikolaevich Medvedev, Mijaíl Bajtín, entre otros. Este último sobrevivió al resto por varios años y gracias a él se conoce parte de sus estudios por fuera de Rusia.

de aire al estudio textual estructuralista es la mirada dinámica y plástica que ésta tiene sobre el funcionamiento del lenguaje y los discursos. En este modelo, todo enunciado se construye a partir de otros enunciados y es por esto su respuesta. “Todo enunciado es un eslabón en la cadena, muy complejamente organizada, de otros enunciados” (Bajtín, 1999, p. 258). No existe un primer hablante que haya interrumpido el silencio del universo, como tampoco un enunciado original que haya dado nacimiento a la lengua. “Todo hablante es de por sí un contestatario” (p. 258) que cuenta antes de hablar no sólo con el sistema de la lengua, sino también con otros enunciados, suyos o ajenos, de los cuales valerse para establecer todo tipo de relaciones y darle forma a lo que está enunciando. Los enunciados están llenos de matices dialógicos, sea a consciencia o no de sus hablantes, y poder leerlos, al menos a algunos de estos matices, es muchas veces condición necesaria para entender el sentido del texto. Para Bajtín, la condición dialógica no es sólo una característica de los textos, sino la característica que los constituye.

En 1967, Julia Kristeva recupera y pone en valor esta mirada sobre el lenguaje que trasciende el estudio inmanente de los textos como lo proponía el estructuralismo, corriente teórica vigente en aquel momento. A Kristeva le interesa el tipo de abordaje que propone la teoría bajtiniana que implica salir del texto para abarcar otras dimensiones: el sujeto de la escritura, el destinatario y los textos exteriores. Esta idea de la escritura como subjetividad y comunicatividad llevan a la autora a proponer para su campo disciplinario el término de *intertextualidad*, definida como “la existencia en un texto de discursos anteriores como precondition para el acto de significación” (Marinkovich, 1998, p. 731). En otras palabras, no puede entenderse el sentido cabal de un texto hasta no leer las relaciones que ese texto mantiene con otros textos, ya que de ellos se forma, es su respuesta.

Años más tarde, el crítico y teórico literario francés Gérard Genette retoma el término de Kristeva, pero en un marco más amplio que denomina *transtextualidad* o trascendencia textual del texto²³. Define a la *transtextualidad* como “todo lo que pone al texto en relación, manifiesta o secreta, con otros textos” (1989, pp. 9-10) y distingue

²³ Genette (1989) habla de *trascendencia* en el sentido de lo opuesto a *inmanencia*.

cinco tipos de relaciones transtextuales, de las cuales la *intertextualidad* es una de ellas. Esta relación Genette la define como “la presencia efectiva de un texto en otro” (1989, p. 10) y distingue en ella a la cita (explícita y literal), el plagio (literal, pero no declarado) y la alusión (menos explícita, menos literal). El segundo tipo de relación transtextual es aquel que mantiene un texto con su *paratexto*, categoría en la que se incluyen los elementos accesorios (títulos, subtítulos, epígrafes, prólogos, ilustraciones) y el *avant-texte* (lo producido anteriormente en la cocina de la escritura, como versiones preliminares, esquemas, proyectos). El tercer tipo es la *metatextualidad* o relación de comentario, que une un texto a otro que habla de él sin citar explícitamente fragmentos literales del texto comentado (el ejemplo paradigmático es la crítica). La cuarta relación transtextual es la *hipertextualidad*, que Genette define como toda relación que une un texto B (*hipertexto*) a un texto anterior A (*hipotexto*) de manera tal que el texto B no podría existir sin el texto A y esa relación se lleva a cabo a través de una transformación del texto A. Por último, la quinta relación que distingue el autor es la *architextualidad*, aquella que vincula al texto con un cierto género discursivo, sea de forma implícita (a través de sus características léxicas, temáticas y composicionales) o explícita a través del paratexto (aunque, advierte Genette, determinar el estatuto genérico de un texto le compete más al receptor que al enunciador).

Es condición constituyente de todos los textos componerse a través de las relaciones dialógicas que mantienen en diverso grado y de distinta forma con otros textos. Pero además, en el discurso académico-científico, existen condiciones muy rigurosas acerca de cómo se llevan a cabo estas relaciones, ya que de eso depende la participación en el circuito discursivo y la construcción misma del conocimiento. De las relaciones transtextuales que delimita Genette, podemos circunscribir para el discurso académico-científico un grupo menor, de relaciones más usuales, constituido por la cita (intertextual), la paráfrasis (hipertextual) y el comentario (metatextual).

Desde el enfoque de literacidades académicas, se emplean otras clasificaciones. Una de las más citadas por distintas investigaciones es la que realiza Ken Hyland (1999), en la cual distingue entre citas integradas, citas destacadas, citas de parafraseo, citas de apoyo y citas de expansión. Las citas integradas son citas textuales de menor extensión (menos de 40 palabras en la última versión de APA) que aparecen unidas

gramaticalmente al texto principal, aunque resaltadas a través de las comillas o las cursivas. Las citas destacadas son citas textuales de mayor extensión (más de 40 palabras en la última versión de APA) que aparecen en el texto en párrafo aparte y con una marginación y un tamaño de letra diferentes a los propios del cuerpo del texto. Las citas de parafraseo son reformulaciones del discurso ajeno integradas al cuerpo del texto y con el nombre del autor/a entre paréntesis. Se le llama cita de apoyo a aquella en la que aparece el apellido del autor/a citado/a entre paréntesis acompañando ideas que desarrolla el propio autor/a del texto (suelen aparecer varias autorías mencionadas en conjunto dentro de un mismo paréntesis). Por último, se le llama citas de expansión a aquellas que en nota al pie proponen lecturas para profundizar en el conocimiento del tema abordado (suelen comenzar con la frase “Veasé...”).

A quiénes se cita en textos académicos para armar el entramado teórico desde el cual se ve el mundo, cómo se traen estas voces a dialogar en el propio texto (con qué verbos, con qué ganzáas e implicando qué), cómo se inscriben en la materialidad de la letra las voces citadas y situadas (o como digo aquí, corporizadas), cómo se ponen en valor en la escritura y cómo todo esto se tematiza, se convierte en objeto de discusión, en objeto de interés, son las preguntas con las que entramos al desarrollo subsiguiente de los procedimientos discursivos para construir el entramado intertextual con función genealógica.

4.2 Selección de autoras mujeres y disidencias para el entramado teórico

Una metodología feminista implica, entre otras cosas, nuevos recursos empíricos y teóricos (Harding, 1998). Esto quiere decir que, además de estudiar la experiencia de las mujeres —y disidencias— (recursos empíricos), se elige mirar este nuevo recurso desde sistemas teóricos producidos por mujeres —y disidencias— (recursos teóricos). La selección de los sistemas categoriales con que miramos el objeto de investigación es fundamental y es equivalente a re-pensar el lenguaje con el que nombramos el mundo (asumir, junto con Rich, que no tuvimos la potestad de nombrar y tomar ahora la palabra). El lenguaje, y más específicamente los sistemas conceptuales que conforman las teorías, son la herramienta para la construcción de saberes. En el ámbito de producción del conocimiento, la repetida consigna de Audre Lorde “las herramientas del amo nunca desmontan la casa del amo” (2003, p. 115), podría entenderse en el sentido

de que, para lograr las transformaciones que queremos, debemos buscar armar nuestras propias construcciones teóricas desde las cuales leer el mundo.

En una investigación de Júlia Araujo de Avilar Amancio y Elisabeth Ruano-Ibarra (2020), las autoras se preguntan acerca de la cantidad de autores varones en comparación con la cantidad de autoras mujeres que aparecen en la bibliografía de un curso de “Pensamiento latinoamericano” de una universidad de Brasil. Les interesa evidenciar la invisibilización de la autoría de las mujeres y el funcionamiento del androcentrismo científico. De 81 referencias bibliográficas recabadas en nueve ediciones del curso, sólo ocho eran textos escritos por mujeres y se trataba además de reseñas o sistematizaciones de pensadores masculinos (es decir, no contenían teoría propia producida por las autoras). ¿Esto es así porque no existe pensamiento latinoamericano producido por mujeres? Las investigadoras contestan que no es que no existan textos teóricos producidos por mujeres, es que la mirada masculina no los tiene en cuenta. Ruano-Ibarra define al androcentrismo científico como el “conjunto de prácticas de marginación de la autoría de las mujeres de los diferentes mecanismos de divulgación científica” (Maestría en Estudios Feministas FCpyS, 2021). Las mujeres debemos hacer un doble esfuerzo por rastrear y legitimar en cada campo aquellas producciones teóricas de mujeres que son sistemáticamente negadas y subvaloradas.

Selección mayoritaria de autoras mujeres y disidencias. El procedimiento de selección de mayoría de autorías de mujeres y disidencias para el entramado teórico en un artículo de investigación es una política de escritura para resistir al androcentrismo científico. La observación de las referencias bibliográficas de los artículos que componen el corpus de análisis de esta investigación dio como resultado que en la mayoría de los artículos entre el 70% y el 100% de las referencias bibliográficas pertenecían a textos cuyas autorías eran de mujeres o disidencias. Además, se pudo identificar que la mayoría de estas autoras se auto-denominaban feministas y/o podían inscribirse en diversas corrientes teóricas dentro de los feminismos, con lo cual este procedimiento de intertextualidad adquiere función genealógica. Se mantiene la herencia feminista y se construye y se hace fuerte la tradición cuando nos preocupamos por considerar a quiénes citamos y a través de qué teorías miramos los objetos.

Selección de voces externas a la academia para el entramado teórico. Otra característica del entramado intertextual feminista es el ingreso y la legitimización de voces externas a la academia, pero no como recurso empírico (como informantes o sujetos de investigación), sino en su capacidad de aportación de saberes, teorías y conceptos. Este procedimiento está vinculado a la importancia que tiene para los feminismos la experiencia como fuente de conocimiento (Hill Collins, 1990; Lorde, 2003; Bach, 2010), lo cual da sustento a la idea de que no es necesario pertenecer a la academia para producir saberes valiosos. Cuando Hill Collins (1990) se propone delimitar al pensamiento feminista negro y a su vez destrabar su desarrollo, entre las estrategias que plantea se encuentra la de revisar (y ampliar) lo que entendemos por “intelectual”. De este modo, empiezan a aparecer obras de mujeres que no serían consideradas intelectuales en el sentido más tradicional de la palabra, pero que traen importantes aportes al pensamiento feminista (es el caso, por ejemplo, del reconocimiento de Sojourner Truth²⁴). En los artículos analizados, encontramos referencias a algunas mujeres y disidencias que no pertenecen a la academia o a lo que consideramos tradicionalmente como “intelectuales”. Podemos dividir estas citas en dos grandes grupos: por un lado, la referencia a activistas de diversos feminismos (Lohana Berkins²⁵, María Belén Correa²⁶, Lorena Cabnal²⁷, Natalia Pomares²⁸); por el otro, la referencia a poetisas y escritoras (Alfonsina Storni²⁹, Camila Sosa Villada³⁰, Rosa Chávez³¹).

Los recursos empleados para traer las voces de mujeres y disidencias feministas al entramado teórico son todas las formas de la cita, según las clasifica Hyland (1999): citas

²⁴ Sojourner Truth fue una esclava negra, pobre y analfabeta, considerada la primera mujer negra en ganarle un juicio a un hombre blanco. Se le reconoce un discurso que pronunció en 1851 en la Convención de los derechos de la mujer en Ohio, conocido bajo el nombre “¿Acaso no soy yo una mujer?” (*Ain't I a Woman?*).

²⁵ Lohana Berkins (1965-2016), activista travesti argentina, fundadora de la Asociación de Lucha por la Identidad Travesti y Transexual (ALITT) y cofundadora de la Asociación de Mujeres Meretrices de Argentina (AMMAR).

²⁶ María Belén Correa es activista travesti argentina, directora del Archivo de Memoria Trans.

²⁷ Lorena Cabnal es una activista guatemalteca, cofundadora del movimiento feminista comunitario-territorial en Guatemala y de la Red de Sanadoras Ancestrales del Feminismo Comunitario.

²⁸ Natalia Pomares es una activista feminista argentina que participa en las organizaciones Mujeres Habitadas y Los Piquillines.

²⁹ Alfonsina Storni (1892-1938), reconocida poeta y escritora argentina y feminista comprometida.

³⁰ Camila Sosa Villada es una reconocida escritora travesti argentina. Autora de la novela “Las Malas”, el libro de cuentos “Soy una tonta por quererte”, entre otras producciones.

³¹ Rosa Chávez es una poeta, actriz y gestora cultural guatemalteca, perteneciente a los pueblos maya k'iche' y kaqchiquel.

integradas, destacadas, de parafraseo, de apoyo y de expansión, con algunas variantes en su empleo. Las citas de apoyo (apellidos entre paréntesis acompañando ideas de la figura autoral) y de expansión (en nota al pie, referencia a autorías que pueden consultarse para mayor profundidad sobre un tema particular) se reservan para mujeres y disidencias pertenecientes al ámbito académico. La cita literal en el espacio paratextual del epígrafe se emplea mayoritariamente para traer voces externas a la academia y la forma de estos retazos la mayoría de las veces más se acerca a lo poético que a lo teórico (profundizaremos sobre esto en el siguiente capítulo).

4.3 Intención explícita de entramar genealogías feministas

Algunos de los artículos analizados no sólo construyen genealogía feminista a través de la selección de autoras feministas y disidencias para el entramado teórico, sino que también tematizan la preocupación, quiero decir, la vuelven tema de su discurso. Esto puede suceder de forma puntual y acotada o ser el propósito del texto. En el primer caso, se trata de un fragmento breve dentro del texto en donde se expone la necesidad, preocupación, intención o invitación a entamar / construir / visibilizar los hilos de una genealogía feminista. Como sucede en el texto de Garzón Martínez (2018), cuando pregunta interpelando a quienes leemos: “¿Y si en vez de empezar la historia del feminismo con Olympe de Gouges lo hacemos con Sojourner Truth? (p. 4). Aunque el tema de las genealogías no es el hilo central del artículo, la preocupación que impulsa la investigación llega a tocar la pregunta genealógica (incluso *Genealogías* es una de las marcadas “palabras claves” debajo del resumen).

En el segundo caso, se trata de que la construcción de genealogías feministas sea el propósito central del artículo, por lo que todo en el texto estará dispuesto para ese fin: se convoca a autoras feministas de la academia y externas a la academia, se las presenta y se las vincula entre sí, se fundamenta la necesidad de construir o revisar genealogías, se manifiesta la intención de hacerlo, se interpela a quienes leen para que se preocupen y ocupen del asunto. En el corpus estudiado, sólo uno de los 25 artículos presenta estas características. Se trata del artículo de la socióloga e investigadora mendocina María Victoria Martínez Espínola (2020), titulado *Perspectivas feministas en/de/desde América Latina. Notas para pensar genealogías*. En el resumen aclara: “Tomando lo genealógico como horizonte...” (p. 1). En la conclusión, recupera:

Si bien hemos intentado realizar un aporte para trazar genealogías, nos animamos a pensarlas, como ya lo han hecho otras (...) de una manera heterodoxa, no lineal ni teleológica, sino más bien como diálogos que se dan de maneras simultáneas en distintos puntos de nuestra diversa geografía... (pp. 16-17)

Como observamos, puede incidirse sobre el entramado de genealogías feministas por medio de su tematización (al convertirla en objeto de discurso y de investigación) o a través de la puesta en acción de estrategias de intertextualidad que convoquen a los discursos de autoras mujeres y disidencias feministas a nuestro texto (como desarrollo en el resto de los procedimientos de este capítulo).

4.4 Corporización de las voces citadas

Los tres procedimientos que desarrollo a continuación (cada uno en un apartado) exploran acerca de cómo esas voces elegidas para construir intertextualidad feminista en función genealógica son traídas al texto que las convoca. El primero de ellos, la corporización de las voces citadas, es el procedimiento equivalente al desarrollado en el capítulo anterior con respecto a la construcción de una figura autoral situada. Si nos paramos desde la perspectiva de los saberes situados y las verdades parciales (Haraway, 1993), así como interesa situar el lugar desde el que habla y mira la figura autoral, también interesan los lugares desde los cuales hablan y miran las voces traídas a dialogar en el texto.

Elijo el término *voces* porque resulta una categoría que hace de puente entre los textos e ideas despersonalizadas y las personas reales de carne y hueso que de hecho concibieron esos decires. Si bien adscribo a lo que propone Dorothy Smith (1989) en cuanto a la invitación a devolver las personas a los discursos, lo cierto es que las personas de carne y hueso, como todo otro referente real, no entran a los discursos más que en su versión discursiva (su *doppelgänger* textual, estratégica y levemente diferente según los textos³²). Hablar de *voces*, como hablar de *figura autoral*, me permite encontrar una categoría entre medio de las personas reales (o agentes sociales) y los textos

³² Según Costa y Mozejko (2002), los agentes sociales gestionan las propiedades que forman su competencia, eligen estratégicamente cuáles poner en valor, en qué grado o volumen y en relación a cuáles otras propiedades, según el propósito comunicativo de cada práctica discursiva.

particulares. Existe una entidad discursiva (llamada *voz* o *figura autoral*) que puede corporizarse en mayor o menor medida en los discursos y que admitiría que se vuelquen en ella las marcas de situación de quien enuncia el conocimiento.

Marcas de género. Un aspecto que me resulta significativo para una perspectiva feminista y que aboga por la visibilización de las mujeres como productoras de conocimiento es la puesta en evidencia del género de las voces convocadas en el texto como autoridades del saber³³. El género es una de las tantas marcas que permiten corporizar las voces, pero desde una metodología feminista resulta indispensable colocarlo en primer lugar. Recordemos uno de los pasos que propone Smith (1989) como método de trabajo para las mujeres: la consideración del sexo de las personas involucradas en la investigación, tanto de quienes investigan como de quienes son investigadxs y de las personas que se citan para el entramado teórico. Sobre todo, insistir sobre el género femenino de las autoras citadas es una forma de resistencia al androcentrismo científico y de visibilización de la autoría de las mujeres. No alcanza con citar a autoras mujeres, sino que hay que señalar (a veces más de una vez) de que de mujeres se trata. Es una política de escritura académica feminista. Patrizia Violi (1991) nos advierte que la pretendida universalidad y neutralidad del lenguaje nos ha llevado a que quedemos invisibilizadas. La inercia de la lengua y las costumbres lingüísticas en la academia nos llevan a esconder que se trata de conocimiento producido por mujeres, entonces, conscientes de esta maniobra, tenemos que buscar recursos que nos permitan redundar en la condición genérica de las autoras que citamos.

Uno de estos recursos es emplear el nombre completo de la autora, o sea, junto con su apellido, el nombre de pila, al menos la primera vez que se la menciona en el texto. En general, esto puede darnos pistas de su género autopercebido³⁴. Para usar este recurso en el cuerpo del texto, es necesario que se construyan citas integradas³⁵, es decir, con

³³ Una identificación y descripción de procedimientos y recursos para marcar el género femenino en la construcción autoral la realizo en el artículo *"TESTIGO MODESTO" O "YO COMO AUTORA"*. *Procedimientos de riesgo en la construcción autoral*, publicado en Algarrobo-MEL, revista en línea de la Maestría en Estudios Latinoamericanos (Abello, 2023). Muchos de los procedimientos descriptos allí me sirvieron para identificar recursos en este apartado.

³⁴ Este recurso no funciona en casos de nombres unisex o de autorxs de culturas muy alejadas a la propia (de modo que no sepamos identificar qué nombres suelen usarse para varones y qué nombres para mujeres).

³⁵ La clasificación de citas integradas y no integradas es de García Negroni (2008).

el nombre de la autora integrada a la frase (no entre paréntesis), como en los siguientes ejemplos: “Según Catalina Trebisacce, la experiencia...” (Álvarez Litka, 2020, p. 59) o “partiendo de la idea de Judith Butler de ‘replantear lo posible en cuanto tal’...” (Szaszak Bongartz, 2020, p. 412) o “Ana María Rodríguez Villamil describe...” (Szaszak Bongartz, 2020, p. 418). También, el nombre completo de las autoras debe cuidarse en las referencias bibliográficas, a contrapelo de lo que dicen las normas APA séptima edición y muchas directrices para autores/as de las revistas académicas. De las revistas que integran el corpus, sólo una de ellas, *Zona Franca*, manifiesta en *Directrices para autores/as* el requerimiento de que se escriba el nombre completo en las referencias³⁶. En las otras revistas, esto no se aclara. En una de las revistas, *Ensamble*, sus artículos no contemplan escribir el nombre completo de lxs autorxs en las referencias.

Otro recurso para visibilizar el género femenino de las autoras citadas es el mantenimiento de la referencia a través de sustantivos y pronombres con marca femenina (se trata de un recurso de cohesión usado naturalmente cuando escribimos). Por ejemplo: “es preciso retomar el trabajo de esta autora” (Charrúa, 2020, p. 460); “como ella misma indica” (Fernández Hasan, 2020, p. 2); “dar cuenta de las posturas de estas teóricas” (Guerra Pérez, 2020, p. 6). También, pueden acompañarse los nombres de las autoras con adjetivos que ofrecen otra información acerca de las voces citadas, pero a su vez siempre marcando gramaticalmente el género. Ejemplos: “las teóricas como Lugones, Segato, Mendoza, Espinosa, Curiel” (Guerra Pérez, 2020, p. 5) o “la investigadora Daphna Joel” (Ciccía, 2018, p. 2). Por último, también se destaca como recurso poner en evidencia el género masculino de los autores masculinos, con lo cual se cuestiona su universalidad, como sucede en el siguiente ejemplo: “en Argentina en la década del 70 un grupo de varones académicos provenientes del campo de la filosofía propusieron hablar de una Filosofía de la liberación” (Guerra Pérez, 2020, p. 3).

Marcas sexuales, raciales, culturales, biográficas, geopolíticas, ideológicas, profesionales y disciplinares. Además de la visibilización del género, existe una amplia gama de marcas que pueden aparecer para corporizar las voces citadas y que son

³⁶ “La bibliografía se organizará alfabéticamente por: Mayúsculas para el apellido del autor, y tras la coma, su nombre completo, no se deberá consignar sólo la inicial. Año de edición entre paréntesis.” (Directrices para autores/as, *Zona Franca Revista de Estudios de Género*).

seleccionadas por la figura autoral (por quien trae esas voces a su texto) según el criterio de reflexividad (cuáles de estas marcas inciden en la investigación citada y es necesario considerarlas). En los textos analizados, se encontraron marcas sexuales, raciales, culturales, biográficas, geopolíticas, ideológicas, profesionales y disciplinarias. Veamos ejemplos:

“Domitila Barrios, feminista boliviana...” (Guerra Pérez, 2020, p. 10) [marcas ideológicas y geopolíticas]

“Algunos desarrollos de feministas norteamericanas (chicanas, afroamericanas, lesbianas)...” (Pascual y Bianchi, 2018, p. 5) [marcas ideológicas, geopolíticas, raciales, culturales y sexuales]

“...dos autoras pertenecientes y/o representativas de las dos culturas indígenas y que también son intelectuales.” (Bach, 2018, p. 5) [marcas culturales y profesionales]

“...es la filósofa Judith Butler quien ahonda en...” (Punte, 2020, p. 394, nota al pie) [marcas disciplinarias]

“La historiadora Mary Nash (1982)...” (Pita, 2020, p. 4) [marcas disciplinarias]

“...es también interesante recordar la crítica al salario que realizan feministas marxistas como Silvia Federici (2013)...” (Cabello Escudero, 2020, p. 52) [marcas ideológicas]

“Era de origen alemán, pero vivió en Perú y, a través del periodismo, defendió no sólo los derechos de las mujeres, sino, también, de los indígenas y de los obreros. No casualmente desde Perú, ella relaciona al feminismo con el indigenismo y el socialismo.” (Diz, 2020, p. 350) [marcas geopolíticas, profesionales e ideológicas]

“...la feminista negra Frances Beal...” (Bach, 2018, p. 2) [marcas ideológicas y raciales]

“Linda Tuhiwai Smith (1999). El libro está escrito por una persona que se crio en comunidades indígenas, donde las historias acerca de la investigación y de quienes investigan estaban entrelazadas. Ella es maorí y, desde niña, ayudó a su padre antropólogo en sus tareas...” (Bach, 2018, p. 5) [marcas culturales y biográficas]

“Ana Mariella Bacigalupo, antropóloga que se define como peruana, nacida en Chile y que procede de múltiples orígenes: quechua -peruana, italo-peruana y anglo-argentina.

Estudió la escuela secundaria y siguió la universidad en los Estados Unidos, donde trabaja, pero considera a Chile como su hogar, mas no tiene ancestros mapuches (Bacigalupo, 2003, p. 40). En Chile, es considerada por los mapuches como champurrea, gente de sangre mixta.” (Bach, 2018, p. 9) [marcas disciplinarias, geopolíticas, culturales y biográficas]

“...las pensadoras negras y las mujeres de color...” (Bach, 2018, p. 3) [marcas raciales]

Marcas contextuales de la situación de enunciación. Finalmente, otro recurso que colabora en darles cuerpo a las voces citadas es la reposición del contexto en el que fue formulado el discurso citado. Veamos los ejemplos:

“En 1910, en el 1º Congreso Femenino, Dora Mayer menciona...” (Diz, 2020, p. 350)

“‘Ancho es el mundo y en él todos caben’ (Storni, A. 1939, 40). Con estas palabras Alfonsina Storni cerraba, en 1938, en Montevideo el encuentro de conferencias que había compartido con Gabriela Mistral y Juana de Ibarbourou. Hacia allá vamos.” (Queirolo, 2020, p. 8)

“...nos remitimos a Sojourner Truth, mujer afrodescendiente, que expresó *Ain't I a Woman?* en la ‘Convención de los derechos de la mujer de Ohio’ en 1851, en reclamo por la exclusión...” (Guerra Pérez, 2020, p. 2)

“En 1975, en la Tribuna del Año Internacional de la Mujer, organizada por las Naciones Unidas y realizada en México, una mujer boliviana, esposa de un minero, madre de siete hijos, tomó la palabra y le dijo a Betty Friedan, feminista estadounidense de reconocida trayectoria, que esos postulados —que ella enunciaba como parte de un ‘plan mundial de acción’ para las mujeres— no abordaban los problemas fundamentales para las mujeres pobres y racializadas de Latinoamérica. Cuando Friedan la invitó para dejar su ‘actividad belicista’, ‘dejar de ser manejada por los hombres’ y de ‘enterarse de los asuntos femeninos’ y cuando la presidenta de la delegación mexicana la invitó a guardar silencio, la mujer boliviana responde...” (Garzón Martínez, 2018, p. 4)

Considerar el momento en que el discurso fue enunciado, en respuesta a qué otros discursos surge, con qué destinatarios inmediatos, en qué marco institucional, en qué período histórico, con qué propósito, colabora en situar a los discursos y a sus

enunciadoras. Devuelve las personas a los textos, sitúa los saberes y convierte a los decires en verdades parciales, perspectivadas y políticas.

4.5 Exploración de otras formas de vinculación con las voces citadas

Otro procedimiento que explora el cómo se traen las voces de autoras al propio texto es aquel que se pregunta por posibles vínculos de afecto / afección que se establecen entre quienes escriben y las voces que allí son convocadas y si esos vínculos son visibles y contruidos a través de la escritura. Una buena parte de la crítica feminista a la ciencia moderna patriarcal tiene que ver con el imperio de la razón y la lógica que esta apoya y el descarte de las emociones, los afectos, los intereses, los elementos subjetivos, como si pudiera darse una actividad humana sin que esto se entrometa (para bien o para mal). Quizás sería significativo, al menos novedoso, empezar a preguntarnos si no elegimos ciertas teorías, paradigmas, autores y autoras por afinidades más bien emocionales que racionales. O quizás, emoción y razón son dos caras de una cinta de Moebius y se hace imposible separar la una de la otra, como no podemos separar lenguaje de pensamiento.

Retomamos en este punto también la forma en que Haraway (2019) nos enseña a citar. No se trata de rendir pleitesías o de repetir lo dicho por autoridades consagradas del saber, sino de buscar buenxs compañerxs con quienes pensar. Para Haraway, no pensamos en soledad, sino con otrxs. La construcción del conocimiento es una cuestión que se hace en colectivo. Y la mayoría de las veces, se hace a través de la comunicación diferida en espacios y tiempos que posibilita la lectura y la escritura de los textos. El pensamiento táctil es aquel que llega a afectarnos, a tocarnos, a remover y enredar aquello de lo que estábamos constituidxs para que se genere algo nuevo (Martin, 2021). Si todo esto puede suceder(nos) al citar a lxs pensadorxs de compañía, ¿hay algo de esto que se textualice en la escritura? Reconocí al menos dos recursos en los artículos estudiados que podrían interpretarse de este modo.

Verbos “de decir” inesperados. Por un lado, al realizar citas integradas, es común que utilizemos verbos “de decir” o *dicendi* para introducir el discurso ajeno. Lamprea Abril, Torres Perdigón y Moreno Rodríguez (2023) destacan, como verbos usuales para introducir las voces ajenas en artículos de investigación en ciencias sociales, a los siguientes: *dice*, *señala*, *considera* y *afirma*. En los textos que integran el corpus de

estudio, aparecen algunos verbos alternativos a los *dicendi* y aun así realizando su función. Veamos algunos ejemplos:

“Nuestro trayecto académico nos llevó a *convocar*, para abordar la colonialidad de género, las voces de Lugones, Oyèwùmi y Segato” (Guerra Pérez, 2020, p. 13) [cursivas propias]. Convocar es “citar, llamar a una o más personas para que concurran a lugar o acto determinado” (RAE, s.f., definición 1). Se convocan las voces como se convocan las personas de carne y hueso. Se corporizan entonces esas voces. El acto es la conversación que se da en el texto.

“La historiadora Mary Nash (1982) *nos interpelaba* con su pregunta...” (Pita, 2020, p. 4) [cursivas propias]. En este caso, casi palpamos el sentido táctil que adquiere la elección del verbo *interpelar*. La autora Mary Nash alcanza a las investigadoras que la citan, las requiere, las afecta. El pronombre *nos* en función de objeto indirecto señala aún más la vinculación entre voz citada y autoras citantes: indica que la acción del verbo no es generalizada o universal, sino que es una experiencia que les sucede a quienes escriben.

“Nuevamente Joan Kelly Gadol (1984) *nos permitía reflexionar*” (Pita, 2020, p. 4) [cursivas propias]. En este ejemplo, observamos, por un lado, que el matiz semántico del verbo *reflexionar* alude a la idea de *pensar-con* (citamos autoras que nos ayudan a pensar). Por otro lado, nuevamente la elección por el pronombre *nos* en función de objeto indirecto produce el efecto de sentido de un mayor involucramiento y compromiso de las autoras citantes con la voz citada (situando y parcializando a su vez la experiencia de *pensar-con* Joan Kelly Gadol).

“... como afirma Claudia Korol en una reflexión que *nos permea*...” (Calafell Sala, Ruiz y Prato, 2020, p. 3) [cursivas propias]. El pensamiento de la voz citada (Korol) permea como un líquido, es decir, atraviesa, traspasa, penetra los cuerpos/pensamientos de las autoras que la citan. La elección de este verbo remite a la idea de pensamiento táctil.

“Esto nos condujo a *dialogar* con Rita Segato...” (Guerra Pérez, 2020, p. 14) [cursivas propias]. La elección del verbo *dialogar* remite a la idea de *pensar-con* otrxs, de construir una conversación en el propio texto citando la palabra ajena, respondiendo, generando nuevas ideas, esperando respuesta. Pareciera invitar a la construcción de conocimiento en modos más horizontales y colectivos.

“Dejamos ahora a la cultura maorí y, realizando un vuelo transpolar, aterrizaremos en las comunidades mapuches de Chile, donde nos recibirá...” (Bach, 2018, p. 9). Esta es la forma que eligió Ana María Bach para hacer el puente entre los decires de una y otra autora citada. Podemos decir que se trata de una forma bastante ilustrativa y original de textualizar o representar la idea de conocimientos situados y de hacer entrar a los territorios como dimensión que influye en los discursos y los saberes que se producen en ellos. Además, la idea de que la autora nos va a “recibir” de algún modo produce el efecto de sentido de corporización de esta voz citada (ahora anfitriona en su casa dispuesta a la conversación).

Locuciones prepositivas alusivas de un pensar-con. Por otro lado, otro recurso observado en algunos de los artículos analizados y que me resulta significativo es la elección, al citar la palabra ajena, de algunas locuciones prepositivas que aluden a un *pensar-con*. La filósofa e investigadora mendocina Mariana Alvarado (2016) hace de la locución prepositiva *junto a* una categoría conceptual y metodológica para pensar las epistemologías feministas desde una mirada decolonial. Su crítica al feminismo blanco euronortecentrado y la puesta en valor del concepto de interseccionalidad derivan en una propuesta epistemológica y metodológica para pensar las epistemologías feministas en el Sur: construir desde lo comunitario, desde un *junto-a-otras*, pero no *junto-a-todas*. Esta focalización sobre las preposiciones me llevó a darle sentido a las locuciones prepositivas que se usan en los textos para citar las voces ajenas. Rescato dos que pueden interpretarse desde las categorías que venimos desarrollando:

“*Junto con* Nelly Richard, entiendo al amplio universo de la crítica feminista como un tipo particular de crítica cultural...” (Cabrera, 2020, p. 2) [cursivas propias].

“Afirmamos *junto con* Enrique Dussel, teórico de la filosofía de la liberación...” (Guerra Pérez, 2020, p. 3) [cursivas propias].

“...*de la mano de* María Lugones...” (Guerra Pérez, 2020, p. 13-14) [cursivas propias].

Estas locuciones prepositivas, *junto con* y *de la mano de*, textualizan de alguna manera la propuesta de que las voces citadas son traídas al propio texto para ayudarnos a pensar, para acompañarnos en los enredos del pensamiento, sus decires y los nuestros, potenciándose. La *mano* de la segunda locución prepositiva aparece como signo de lo

corporal y a la vez de la amistad y el compañerismo, de la colaboración y la ayuda. Quienes citamos son quienes nos orientan en el camino del pensar, con quienes transitamos el saber y la escritura.

4.6 Puesta en valor de las voces de mujeres y disidencias citadas

Como último procedimiento, que da cuenta también del cómo se llevan adelante en la escritura las relaciones de intertextualidad con voces feministas, destaco la puesta en valor de estas voces citadas. Se trata de un procedimiento que se resiste al androcentrismo científico y refuerza la intención genealógica. Existen distintos recursos para señalar esta puesta en valor, vinculados al tipo de cita que se realiza, a las funciones discursivas y a la posibilidad de realizar una valoración explícita de las voces citadas.

Citas integradas y literales. Con respecto al tipo de cita que se realiza, asumimos que el empleo de citas integradas al cuerpo del texto y de fragmentos literales de la palabra ajena son formas de poner en valor los decires de las personas citadas³⁷. Por un lado, el modo integrado de citar permite escribir el nombre completo de la voz citada y habilita a dar otras informaciones, o sea, corporizar esa voz. A su vez, la cita integrada es un recurso para hacer notar la presencia de la voz ajena en el texto, ya que no se presenta como aclaración entre paréntesis o a pie de página, donde la autoría podría pasar desapercibida más fácilmente. La cita de fragmentos literales da a entender que la palabra citada vale en cada vocablo seleccionado, tal y como fue expresado en el texto fuente. De modo aproximado, observo en los artículos basados en investigaciones feministas que integran el corpus que la gran mayoría de citas integradas y literales están reservadas a autoras mujeres o disidencias, mientras que los pocos autores varones citados lo son a través de citas no integradas (citas de parafraseo, de apoyo o de expansión).

Funciones de marco teórico y de apertura y cierre del acto enunciativo. Otro recurso que funciona para poner en valor la palabra ajena es la introducción de la voz citada en ciertas funciones discursivas propias del artículo de investigación o *paper*. Ya hemos

³⁷ Una asunción similar escuché en una conferencia de Federico Navarro (30 de agosto de 2024) en el marco de la jornada *¿Dónde está indexada? Primera jornada internacional: políticas del lenguaje en publicaciones científicas*, organizada por el PIP-CONICET: “Ciencia y soberanía en los discursos sobre el español y el inglés: presente e historización de conflictos y tensiones (Argentina, 1943-2020)”, proyecto radicado en el Instituto de Lingüística de la UBA.

hecho referencia a la importancia de seleccionar autoras mujeres y disidencias para el entramado teórico, una de las funciones discursivas características del género artículo. Pero también existen otras dos funciones de gran valor, la de apertura y la de cierre, ubicadas en la introducción y conclusión, respectivamente. Estas funciones no demandan la cita de palabra ajena, sin embargo, en muchos de los artículos analizados, se ha optado por convocar a otras voces para respaldar en estas funciones de abrir el texto y de cerrar el texto. Lo llamativo es que, en la mayoría de estos casos, se invita a voces de autoras mujeres y disidencias externas a la academia. Pareciera que las funciones de apertura y de cierre permiten un mayor grado de libertad que lxs investigadorxs aprovechan para realizar sus apuestas más arriesgadas. Aun así, a pesar de lo accesorias que parecen estas funciones, sigo sosteniendo que la elección de ciertas voces que acompañen en la apertura y el cierre del acto discursivo implica su puesta en valor. No elegimos a voces que nos son indiferentes para estas funciones. Parafraseando a Haraway, la elección de a quiénes citamos, de quiénes nos acompañan a abrir la palabra y el pensamiento, de quiénes nos servimos para que nos ayuden a cerrar, es fuertemente material.

Por ejemplo, el artículo ya citado de la investigadora mexicana María Teresa Garzón Martínez (2018), *Oxímoron. Blanquitud y feminismo descolonial en Abya Yala*, abre con un epígrafe de Cherrie Moraga³⁸ —“De hecho, en gran medida / la batalla real contra la opresión / empieza para todas nosotras debajo / de nuestra piel” (p. 1)— y luego en la introducción con una pregunta que parafrasea la pregunta de un texto de valeria flores³⁹, *Escribir contra sí misma: una micro-tecnología de subjetivación política* (2010). Para el cierre, elige nuevamente una cita directa de Moraga y agrega otra cita, también literal, de Gloria Anzaldúa⁴⁰. Esta es la selección de autoras que Garzón Martínez arma para que la acompañen a abrir y cerrar el acto discursivo. Las elige porque las considera importantes, valiosas, parte de su equipo de pensadoras de compañía. Es un procedimiento de puesta en valor.

³⁸ Cherrie Moraga es una poeta, ensayista y dramaturga chicana, compiladora junto con Ana castillo de *Esta puente mi espalda* (1988), una antología de textos pioneros en hablar de las experiencias de las mujeres de color.

³⁹ valeria flores es una escritora, maestra y activista LGBTQ argentina.

⁴⁰ Gloria Anzaldúa fue una académica, activista política, feminista, lesbiana, escritora y poeta chicana, autora entre otros textos de *Borderlands / La Frontera. The New Mestiza* (1987).

Los epígrafes cumplen con la función discursiva de apertura y sirven también como clave de lectura de todo el texto. Se trata de orientadores de la lectura por venir, pero con un mayor grado de ambigüedad que las introducciones. Mientras que las introducciones buscan explicar lo que se viene; los epígrafes sugieren claves de lectura. Se trata en todos los casos de una cita literal con mención de la fuente, pero son citas no integradas ni acompañadas de texto alguno. Justamente, los epígrafes son un elemento paratextual, están por fuera del cuerpo del texto. Además, se sustraen incluso de las normas de citación que sujetan al resto del texto (por ejemplo, no hay que citar página y no hay que referenciar fuente en la bibliografía). Estas características los habilitan a riesgos mayores en la introducción de voces, por eso es que encontramos en la función del epígrafe cita de versos de poesía u otros textos literarios, enunciados orales, consignas políticas, palabras de colegas, entre otros discursos, muchos de ellos, de personas externas a la academia. Cito algunos ejemplos:

Estamos en las calles y en las redes (Laudano, 2019).

Si nunca más genocidio, entonces ni una menos por feminicidios (Korol, 2019).

El feminismo ilumina (Ciriza, 2019).

(Fernández Hasan, 2020, p. 1)

A veces las imágenes presionan de tal forma la escritura que parecen romperla.

Camila Sosa Villada, *El viaje inútil*.

(Cabrera, 2020, p. 2)

“Ya no consentiré que se me haga sentir vergüenza
por el simple hecho de existir. Tendré mi voz: india, blanca.

Tendré mi lengua de serpiente: mi voz de mujer,
mi voz sexual, mi voz de poeta.

Superaré la tradición del silencio”. Gloria Anzaldúa

(Gil y Morales, 2020, p. 2)

(...) debemos empezar a reivindicar cómo se hace teoría para la liberación desde nuestros saberes. Y creo que se puede hacer a la inversa de como lo plantea el pensamiento occidental: desde la vivencia cotidiana con sus miradas plurales de la realidad, acercándonos a nuestras propias formas de construcción de pensamiento que, desde la oralidad, van hasta lo más complejo en la filosofía cosmogónica de los pueblos”, palabras de Lorena Cabnal, feminista comunitaria maya-xinka extraídas del libro de Francesca Gargallo Celentani: *Feminismos desde Abya Yala. Ideas y proposiciones de las mujeres de los 607 pueblos en Nuestra América*

(Calafell Sala, Ruiz y Prato, 2020, p. 2)

Soy una mujer morena
no le tengo miedo a la palabra que me arrebató la guerra
camino confiando en que tantas muertes me regresaran a la vida
mis trece sentidos se han ofrecido jugosos a las manos del tiempo

(Guerra Pérez, 2020, p. 2)

Acabo de reunir todos los epígrafes de los artículos que componen el dossier de *Estudios de Filosofía Práctica e Historia de las Ideas*. Como vemos, es una función discursiva aprovechada por lxs autorxs, a pesar de no ser requerida, y en muchas ocasiones es empleada como intersticio donde arriesgar la invitación de voces externas a la academia. Vemos citados versos de poemas (Anzaldúa) y fragmentos de textos literarios (Sosa Villada). También aparecen las voces de personas externas a la academia (Lorena Cabnal). El último ejemplo citado, el epígrafe de Guerra Pérez, no indica la fuente (poeta maya Rosa Chávez) porque la autora realiza algo más arriesgado aun: va intercalando durante toda la escritura el cuerpo del texto (académico, teórico) con un poema trozado que se va cosiendo a la manera de los epígrafes (con alineación izquierda,

interlineado sencillo y tamaño de letra menor). La función del epígrafe se tuerce, en este caso, se deforma y transforma en otra cosa: una escritura a dos voces, dos hilos diferentes armando la trama del texto (indicios de una escritura nómada, tema del siguiente capítulo).

Valoraciones explícitas. Por último, otro recurso que aparece para poner en valor las voces citadas es la valoración explícita. Lo vemos en los siguientes ejemplos:

Siguiendo a Alejandra Castillo (2016), Doctora en Filosofía, *quien en la última década se ha posicionado como una de las voces académicas más importantes del feminismo chileno*, se cuestiona la posibilidad de.... (Cabello Escudero, 2020, p. 51) [cursivas propias].

La lectura de Joan Scott *era ineludible* (Pita, 2020, p. 5) [cursivas propias].

...devenía de otra *inspiración*, la de la historiadora social Gisela Bock (1991) (Pita, 2020, p. 5) [cursivas propias].

En 1988, la *importante* teórica feminista post-estructuralista Joan W. Scott (1988) indicaba por ejemplo que... (Ariza, 2018, p. 4) [cursivas propias].

Joan Scott es *una de las más representativas* académicas feministas norteamericanas de la tercera ola (Ariza, 2018, p. 16) [cursivas propias].

...la *prestigiosa* Melissa Hines... (Ciccia, 2018, p. 3) [cursivas propias].

En los ejemplos citados, observamos el empleo de ciertas expresiones que manifiestan valoraciones positivas frente a las voces citadas. Según la lingüista Catherine Kerbrat-Orecchioni (1986), se trata de subjetivemas, es decir, procedimientos lingüísticos a través de los cuales el locutor puede imprimir su marca subjetiva en el enunciado, inscribirse en el mensaje y situarse en relación con él. Los adjetivos *importante*, *ineludible*, *representativa* y *prestigiosa* son, desde esta teoría, adjetivos evaluativos que sirven para valorar a las voces, en este caso exclusivamente en relación a su autoridad epistémica. El sustantivo *inspiración* funciona como sustantivo axiológico elogioso, ya que califica al aporte teórico de la historiadora Gisela Bock como valioso, admirable, inspirador. Estas valoraciones explícitas no sólo hablan de las voces valoradas, sino que

son marcas de la subjetividad de las figuras autorales (de sus intereses, apreciaciones, gustos, criterios, etc.).

En este capítulo, asumimos la tarea de desandar los trenzados con que las académicas (y algunos académicos) feministas construyen relaciones de intertextualidad con otras voces que las secundan, que funcionan como apoyatura de su decir y su pensar, que arman tradición y morada para el pensamiento feminista. Reconstruir genealogías feministas en la academia es gesto político y gesto epistemológico. Es armar una red potente que pueda sostener otras voces, otros modos de escribir y pensar, otras vidas y otras criaturas, otros mundos más vivibles. No sólo se trata de otras puntas desde las que sostener la urdimbre o de la elección de otros filamentos para trenzar, también observamos otras técnicas de tejido, otros modos de entrelazar las voces, otros objetos a los cuales dar abrigo.

Como procedimientos que dan forma a esta operación de intertextualidad en función genealógica distinguimos cinco. El primero da cuenta de la elección mayoritaria, en los artículos estudiados, de autoras mujeres y disidencias feministas para el entramado teórico. También, observamos que existe una crítica a lo que se considera admisible como voz citable en la academia y una consecuente ampliación de la legitimación de voces como autoridades epistémicas. Vemos aparecer entonces voces externas a la academia cuyos aportes son considerados valiosos para la construcción de conocimiento. Además de la selección de voces feministas con las que dialogar en el texto, en algunos artículos encontramos la intención expresa de entamar genealogías feministas, ya sea a través de un comentario que manifiesta la propuesta o como objetivo general de la investigación.

Me pareció especialmente interesante también pensar en procedimientos que den cuenta de cómo son estas voces traídas al texto para configurar un entramado intertextual feminista. Considerando algunos supuestos de las formas de hacer ciencia feminista, que se oponen al modo más tradicional y moderno de hacer ciencia, destaqué algunos procedimientos discursivos que encuentran su correspondencia con la idea de saberes situados y corporizados, construcción colectiva de conocimiento, ampliación de

los criterios de legitimidad de los saberes, carácter político de las prácticas científicas, resistencia al androcentrismo científico y consideración de lo afectivo y las emociones como aspecto indisoluble del acto de pensar y producir conocimientos. Entonces, desarrollé los procedimientos observados en los textos del corpus acerca de cómo son corporizadas las voces que se traen a dialogar en el texto que las cita, cómo se exploran otras formas de vinculación con estas voces y, finalmente, a través de qué recursos se realiza una puesta en valor de las voces citadas.

Capítulo 5: La exploración de una escritura nómade

Incluso nuestra propia gente, otros hablantes de español *nos quieren poner candados en la boca*. Nos quieren reprimir con su bolsa de *reglas de academia*.

Gloria Anzaldúa, *Borderlands / La frontera*

Estos desplazamientos de mi voz son un modo de resistir a la fuerza que empuja hacia el lenguaje académico, rutinario, formal, tedioso.

Rosi Braidotti, *Sujetos nómades*

Pensás que vas a hacer un viaje, pero muy pronto es el viaje el que te está haciendo a vos.

O te deshace.⁴¹

Nicolás Bouvier, *Los caminos del mundo*

Tira de mi mano Rosi Braidotti, pensadora de compañía, que me orienta en el paisaje engañosamente igual del desierto, por donde se entreveran las huellas, apenas marcadas, de otros pasos nómades. De la otra mano, la muerta-viva, fantasma encarnado, la siempre en el umbral Amortajada, oxímoron lúcido de una conciencia nómade que precisó “morir” para saber, ir y venir hacia y desde el otro lado para poder pensar, para poder decir. Con estas amigas, escuchando de lejos el rumor de la lengua salvaje de Anzaldúa, me propongo cartografiar en este capítulo los recovecos que puede componer una escritura académica pensada desde el nomadismo. Como nos señala Braidotti (2000), se trata de una escritura que reniega de las convenciones estáticas, del sedentarismo de significados y de los mecanismos que excluyen de los muros de la

⁴¹ Traducción propia.

ciudad a todo lo que no cuadra en sus moldes. La lengua del nómada no reconoce origen ni esencias, es políglota y se desborda, cruza fronteras y territorios desafiando los límites dibujados por el Hombre.

¿Cuáles son estos desplazamientos de la voz que se abren camino en las publicaciones académicas, al menos en ciertos circuitos? ¿Hasta dónde se nos permite empujar la norma sin que caiga sobre nosotras el peso de la exclusión? ¿Hasta dónde nos atrevemos a tensionar sin romper el dispositivo (sea el método científico, la legitimidad académica, el género *paper* o el éxito comunicativo), sin que el texto que producimos se transforme en algo monstruoso imposible de digerir?

La sospecha del lenguaje académico escrupulosamente aséptico y prolijo, libre de emociones, ambigüedades y giros poéticos, no es exclusiva de los feminismos. En Argentina, importantes pensadores como Eliseo Verón (1993) y Oscar Varsavsky (1969) llamaron la atención en los años setenta sobre lo ideológico de la ciencia y el efecto de cientificidad que producen las operaciones discursivas propias del discurso científico, así como del cientificismo que caracteriza a las prácticas de muchos de los científicos argentinos. Esta crítica continúa hasta nuestro presente. Desde Chile, Santos Herceg (2015) denuncia la cultura productivista de la academia actual y la tiranía del *paper* como género discursivo hiperregulado, que proscribe digresiones, giros poéticos, bromas e ironías. También la filósofa española Mariana Garcés (2013) describe un estado de estandarización de la escritura en la academia, específicamente de la filosófica, que produce una asfixia del pensamiento filosófico que justamente precisa cierta libertad de movimiento para poder interpelar. La colombiana María Nancy Ortiz Naranjo (2017) se suma a la crítica de la productibilidad científica y a la tiranía del *paper* y propone, a modo de resistencia, encontrar los pliegues en el dispositivo donde sea posible correr la norma, por ejemplo, a través de la narración.

La perspectiva feminista critica al pensamiento cartesiano y dualista que cimentó las bases de la ciencia moderna dejando fuera a las mujeres y sus correspondientes pares duales: cuerpo, naturaleza, emoción. Esto produjo un tipo específico de pensamiento y de modelos escriturarios que en su reproducción refuerzan las mismas formas de pensar. La propuesta epistemológica feminista no sólo insiste sobre la necesidad de incluir a las mujeres en ese espacio de saber-poder que les estuvo históricamente

vedado, sino también sobre la invitación a repensar una ciencia que le dé lugar al cuerpo, la experiencia, las emociones, lo irracional, lo ambiguo. Se trata de otras formas de considerar a las prácticas de conocimiento y a lo que se concibe como conocimiento, por lo que otras formas escriturarias son necesarias (Maffía, 2007).

No son pocas las pensadoras feministas que ven en el lenguaje poético y metafórico la vía de exploración para una lengua renovada y para otra forma de construcción de saberes. La poeta Audre Lorde (2003) reivindica a la poesía como forma de acceso a la experiencia y a las emociones como la base para el conocimiento. La poesía ilumina y “es el instrumento mediante el que nombramos lo que no tiene nombre para convertirlo en objeto de pensamiento” (p. 15), afirma Lorde. La epistemóloga Evelyn Fox Keller (2000) ha llamado la atención sobre el uso de metáforas en las explicaciones científicas y cómo necesitamos crear nuevas imágenes para producir nuevas explicaciones. Al reflexionar sobre la crítica feminista, Nelly Richard (2009) observa que ésta busca acompañar su política de resistencia a las formas hegemónicas con nuevas formas de decir. En oposición a la comunicabilidad científica, encontramos allí el excedente, lo opaco y lo contradictorio, lo vago y lo divagante (los residuos de Hélène Cixous, 1995), porque se considera que allí puede haber un saber. Valeria Flores (2010) propone una escritura en la academia que sea un escribir contra sí misma, contra las identidades monolíticas y estables, y que acoja en su seno la contradicción, la ambigüedad, la multiplicidad y la experiencia. Escribir de otro modo, afirma, permitirá pensar de otro modo. Las ficciones apasionadas, las figuraciones o los conceptos-metáfora también son una forma de exploración de un tipo de escritura que reniega de la pretensión de precisión y claridad (Haraway, 2019, 2021; Amado, 2000; Braidotti, 2000).

No resulta sencillo describir o categorizar qué formas adquiere la escritura científica desde esta perspectiva, ya que sus rasgos constitutivos parecerían ser cierta inclasificación, la intención de resistirse a la norma, el desplazamiento de los moldes impuestos, el andar nómade. No es la intención aquí prescribir otra retórica, sino llamar la atención sobre las opciones discursivas que elegimos o descartamos con libertad aparente, pero que encierran decisiones políticas y epistemológicas. También pretendo mostrar caminos alternativos ya recorridos, que pueden tomarse o no, pero que abren

en todo caso a la imaginación discursiva de otras formas posibles de escribir el conocimiento y de pensar en la academia.

Para abordar la operación discursiva de exploración de una escritura nómada en textos académicos, empiezo por una recapitulación sobre la teoría de los géneros discursivos (Bajtín, 1999) y sobre cómo actúa el poder y la norma al componer cierto orden del discurso (Foucault, 2004). Luego, abordo cada uno de los procedimientos hallados en el corpus analizado que podrían representar lo que entendemos por escritura nómada. En primer lugar, observo que existe un claro desplazamiento del género artículo de investigación —según el modelo de las ciencias exactas— al género ensayo. El modo ensayístico permite una mayor plasticidad en el lenguaje, en el modo de argumentar, en la introducción de marcas subjetivas, en el empleo de giros poéticos, de la ironía y del humor. Este procedimiento marcaría una tendencia general de las publicaciones académicas basadas en investigaciones feministas que de alguna forma incluiría al resto de los procedimientos descriptos.

Como segundo procedimiento destaco el cruce posible con otros géneros discursivos que, en los textos analizados, se da a través de la aparición de secuencias narrativas y del empleo de estrategias discursivas típicas de la ficción narrativa. Luego, como tercer procedimiento, señalo la mezcla de voces o modos de habla que aparece en estos textos construyendo una lengua políglota (Braidotti, 2000) y a la manera también de la *interruqción*, como señala valeria flores (2017), y distingo allí la aparición de léxico propio de la militancia feminista, de palabras o frases de uso coloquial y de giros propios del registro poético. Esto último me lleva a un tercer procedimiento que denomino, como lo hace Braidotti, la mezcla de lo teórico con lo poético. Se trata de un engranaje indispensable en la exploración de una escritura nómada, ya que la poesía —y la metáfora especialmente— es el recurso que el lenguaje tiene para torcer, refrescar, inventar nuevas categorías que implican nuevas formas de pensar y de ver el mundo. Otros procedimientos que describo implican la emergencia de palabras nuevas (a través de la derivación, la composición, la alteración de la palabra por su acercamiento fonético y semántico con otra o el préstamo), la permeabilidad a la ambigüedad (por medio del empleo de la barra inclinada y los paréntesis) y el distanciamiento del uso convencional de ciertos términos (logrado a través del uso de comillas).

5.1 Géneros discursivos y orden del discurso

El nomadismo en la escritura implica traslados en los territorios discursivos y cruce de fronteras entre los géneros. Su lugar es el desierto, el umbral, el espacio existente entre una y otra ciudad o género establecido. Es una escritura de los bordes, del eterno margen, ya que no reconoce centros. Toda muralla o normativa discursiva le repele. Más vale elige caminar sobre los muros haciendo equilibrio, poniendo un pie de un lado y un pie del otro. Desde esa perspectiva pareciera ver mejor. Y no es que no reconozca las reglas de cómo se camina en una u otra ciudad. Juega el juego con el disfraz bien calzado y hace los gestos y las mímicas esperadas, pero siempre lleva y trae, mezcla un elemento de allá con los de aquí, produce interrupciones significativas e interpeladoras y trae nuevos sonidos al carnaval.

La escritura nómade no es ermitaña ni analfabeta de las convenciones genéricas. Más bien, yo diría que es experta (e incrédula). No podría cruzar de un territorio a otro y sobrevivir sin algún tipo de conocimiento cartográfico. Me interesa vincular a esta escritura con la teoría de los géneros discursivos tal y como la plantea Mijaíl Bajtín porque encuentro en su propuesta la complejidad y la apertura necesarias para tratar el tema de las convenciones genéricas. Bajtín (1999) señala que el uso de la lengua siempre se da en forma de enunciados concretos y singulares, emitidos por individuos insertos en ciertas esferas de la praxis humana. Cada una de estas esferas produce sus tipos relativamente estables de enunciados, que comparten contenido temático, estilo verbal y composición y se denominan géneros discursivos. Los enunciados elaborados en el ámbito científico-académico se ajustan a las disponibilidades genéricas existentes en dicha esfera: reseña, artículo de investigación, informe de campo, proyecto de investigación, entre otras. Cada uno de estos géneros presenta convenciones en cuanto a qué temas son posibles de ser tratados (contenido temático), qué recursos fraseológicos y léxicos son admitidos (estilo verbal) y qué componentes y en qué orden pueden conformar la estructura del texto (composición).

Sin embargo, llamemos la atención sobre la cualidad de *relativamente estables* de estos tipos de enunciados. Bajtín destaca la extrema heterogeneidad y la historicidad de los géneros discursivos y cómo estos han ido variando en el tiempo acompañando los procesos históricos. Bajtín afirma: “Los enunciados y sus tipos, es decir, los géneros

discursivos, son correas de transmisión entre la historia de la sociedad y la historia de la lengua” (1999, p. 254). En una retroalimentación circular, los cambios sociales han ido provocando cambios en la lengua y, asimismo, las modificaciones en la lengua han repercutido en los modos de ser, pensar y actuar de una sociedad. El puente entre lengua y sociedad han sido los géneros discursivos. Las variantes de estilo han provocado la destrucción, la renovación o el surgimiento de nuevos géneros. Los géneros discursivos no son modelos estancos y prescriptivos, sino formas plásticas y dinámicas sobre las que se encastran los significados en un momento determinado.

La perspectiva bajtiniana nos permite de este modo considerar a los géneros académicos como tipos de enunciados que existen y son empleados por la comunidad de hablantes en la academia, pero que no son eternos ni inmutables. Sus formas pueden variar según la necesidad de los hablantes y los cambios sociales, políticos y epistemológicos del momento. La escritura nómada es esa fuerza de los bordes que interrumpe la linealidad comunicativa y provoca el corrimiento de los géneros establecidos. Es la resistencia a la norma y produce grietas en el orden del discurso.

En la lección inaugural al *Collège de France*, que pronuncia Michel Foucault en 1970, expone su reconocida tesis acerca del control, selección y redistribución de la producción discursiva que realiza toda sociedad, para “conjurar sus poderes y peligros, dominar el acontecimiento aleatorio y esquivar su pesada y temible materialidad” (2004, p. 14). Delimita un número de procedimientos, externos e internos, que cumplen con estas funciones. Entre aquellos procedimientos externos al discurso y que definen cuáles pueden oírse y cuáles son descartados, Foucault destaca el tabú (los temas de los que no puede hablarse), el discurso de la locura (a veces investido de cierta verdad profética, pero sólo si el discurso de la razón realiza esa interpretación) y el régimen de verdad de una época (que delimita la falsedad y verdad de los enunciados, pero sobre todo aquellos que están “en la verdad”). Estos procedimientos implican la exclusión de los discursos si tocan temas de los que no se puede hablar, si no siguen cierta lógica elegida como la razón válida y si no se enmarcan dentro de los paradigmas científicos vigentes que configuran qué puede ser tomado como verdad.

También existen procedimientos internos, aquellos a través de los cuales los discursos mismos ejercen su propio control. Foucault destaca, en primer lugar, el comentario. La

mayoría de los textos comentan ciertos textos fundantes u originales, es decir, aquellos textos que dijeron algo nuevo y, por lo tanto, son eternamente dichos y repetidos. Circunscribir el contenido al comentario de los textos canonizados por una cultura es una forma de controlar lo azaroso del discurso. En segundo lugar, Foucault se refiere al principio de autor, como aquello que confiere unidad y coherencia a los discursos que se asocian con esa figura. No todas las personas pueden hablar de todos los temas. En tercer lugar, Foucault señala a la disciplina como otro procedimiento de control de la producción discursiva. Destaca que una disciplina “se define por un ámbito de objetos, un conjunto de métodos, un corpus de proposiciones consideradas verdaderas, un juego de reglas y definiciones, de técnicas y de instrumentos” (2004, p. 33), que permiten formular indefinidamente nuevas proposiciones, pero a la vez constriñen la formulación dentro de cierto campo de posibilidades. Estos tres procedimientos actúan de este modo ambivalente: habilitan la producción discursiva a la vez que la controlan.

Existe un tercer grupo de procedimientos que determinan las condiciones de producción discursiva y restringen el acceso de los sujetos a su producción. Se trata de los rituales (que definen sujetos habilitados, gestos, comportamientos y circunstancias), las sociedades de discurso (con su número limitado de individuos habilitados y su juego ambiguo de secreto y divulgación), las doctrinas (que tienden a la difusión y prohíben los discursos diferentes al propio) y la mismísima educación (cuyo propósito es enseñar la adecuación social del discurso) (Foucault, 2004).

Todos estos procedimientos permiten controlar la producción discursiva que, según la perspectiva foucaultiana, resulta amenazante y peligrosa. En los discursos se disputa el poder, pero además el discurso mismo es “aquel poder del que quiere uno adueñarse” (2004, p. 15). Definir el orden del discurso y la norma discursiva implica un acto de poder. Esta perspectiva nos muestra que el orden imperante es un orden posible, por lo que pueden pensarse otros órdenes discursivos alternativos. Foucault nos recuerda que el hecho de “que no se pueda estar ‘fuera del poder’ no quiere decir que se está de todas formas atrapado” (1992, p. 170). De hecho, allí donde hay relaciones de poder, hay resistencia y ésta es mucho más eficaz cuando se produce allí donde el poder mismo se ejerce. Conocer las reglas del juego para poder torcerlas sagazmente desde dentro del dispositivo es la estrategia de resistencia más eficaz. Según Ortiz-Naranjo (2013),

la resistencia no constituye una abrupta oposición al régimen de lo normal; más bien, deviene en el tránsito de una forma a otra (de-formación) del texto, en su trastrocamiento creativo, en una tensión capaz de hacer —a pesar de y, a la vez, gracias a la agitación y la alteración— que el texto siga palpitando sobre una nueva forma y con otro ritmo que lo mantiene vivo. (p. 20)

La escritura nómade en la academia va a hacer de equilibrista entre la norma y las posibilidades de resistirse a esa norma. Todos los procedimientos de exclusión y control tendrán los ojos puestos en ella y la empujarán para hacerla caer al desierto, fuera de la ciudad. Sin embargo, como dije más arriba, esta escritura conoce las reglas, porque antes que lanzar su profecía y ser desterrada, prefiere específicas *interrupciones* que lleguen a trastocar los mapas de la ciudad, que abran otras puertas y canales, que modifiquen su arquitectura misma.

5.2 Elección de la forma ensayística

Podríamos decir que la operación discursiva de exploración de una escritura nómade puede resumirse en un único y arriesgado procedimiento, cuya propuesta no es exclusiva de los feminismos, que es la elección por el género ensayístico. El resto de los procedimientos detallados en este capítulo son consecuencias de esta elección general.

Desde una mirada positivista de la ciencia, que prioriza las ciencias exactas por sobre las sociales y las humanidades, el género discursivo privilegiado para la comunicación científica es el *paper* o artículo de investigación, caracterizado por la estructura IMRD (Introducción, Métodos, Resultados, Discusión), el vocabulario preciso, objetivo y neutral, el ocultamiento de quien habla a través de formas desagentivadas de escritura y la separación tajante entre sujeto que investiga y objeto de investigación. Por muchos años, las ciencias sociales y las humanidades intentaron encajar sus formas de pensamiento y de producción de conocimiento en este modelo bajo amenaza de sonar acientíficas si no lo hacían de este modo. Sin embargo, actualmente, a pesar de que no es una práctica desterrada del todo, es posible observar críticas muy lúcidas a esta retórica e intentos por escribir de otros modos más afines a las formas de pensar y producir saberes en las distintas disciplinas de las humanidades y las ciencias sociales (Garcés Mascareñas, 2013; Santos Herceg, 2012, 2015; Ortiz-Naranjo, 2013, 2017).

La tendencia general en el tiempo de la filosofía sistemática y la razón tecnocientífica ha sido considerar al género ensayo como un género menor, poco científico, más apto para la difusión de ideas fuera de la academia que para la producción de nuevos conocimientos. Aun así, afirma el estudioso Jorge Larrosa (2003), puede que esto se esté revirtiendo: las fronteras entre disciplinas se diluyen, la razón moderna se está agotando y en la academia pareciera que ya nos aburrimos⁴². Las características del ensayo lo constituyen hoy en el modelo discursivo que más se corresponde con los paradigmas epistemológicos vigentes, al menos en ciencias sociales y humanidades. El ensayo permite mayor libertad temática y formal, cuestiona el método y las fronteras discursivas, se vuelca al juego y la aventura, se ancla en su tiempo, no tiene pretensiones de totalidad o universalidad, no adopta la lógica del principio y el final, no define conceptos y necesita textos preexistentes sobre los cuales caminar (Larrosa, 2003). Su más íntima ley formal es la herejía, sostiene Theodor Adorno (1962).

El ensayo se piensa mientras se va escribiendo, afirma la ensayista y crítica cultural argentina Beatriz Sarlo (2020). Muestra lo que se va sabiendo, incluso lo que no se sabe. Es un sistema de desvíos, no pretende abarcarlo todo. A través de este género discursivo se ensayan saberes, posturas, argumentos, identidades, estilos. Quienes escriben ensayos escriben para saber y saberse y esto implica una posición filosófica y epistemológica. Para el filósofo checo-brasileño Vilém Flusser (1998), “la elección entre hacer un tratado o un ensayo es una decisión existencial en el sentido estricto del término” (p. 2), ya que “dos sentencias diferentes son dos pensamientos diferentes” (p. 1). Para este autor, nadie piensa académicamente, sino que es una pose que reúne honestidad intelectual con deshonestidad existencial, ya que al adoptar el estilo académico se compromete el intelecto y se elimina el cuerpo. La forma ensayística permitiría el compromiso de quien escribe como persona de carne y hueso, que puede implicarse en lo que escribe e implicar a su vez a quienes leen. Flusser sostiene que “el ensayo no es solamente la articulación de un pensamiento, sino la articulación de un pensamiento como punta de lanza de una existencia comprometida” (p. 2). Todo esto

⁴² Así lo expresa Larrosa (2003):

Tengo la sensación de que en el mundo académico la gente está cada vez más aburrida de oír siempre las mismas cosas dichas en el mismo registro arrogante y monótono, y hay como una necesidad de salir de ese aburrimiento y una cierta expectativa hacia cualquier registro de escritura que se presente al menos como distinto. (p. 5)

hace del ensayo una herramienta privilegiada para el modo en que las epistemologías feministas conciben la ciencia y el conocimiento: no neutral, atravesada por los intereses y emociones de quienes investigan, situada y política, abierta a la multiplicidad y la ambigüedad y sin pretensiones de resolverlo todo ni de universalizar afirmaciones.

El ensayo puede albergar el cruce con otros géneros discursivos (como las ficciones, narraciones autobiográficas, fragmentos poéticos o dramáticos, entre otros) y la aparición de otros lenguajes distintos al científico estándar (lenguaje coloquial, distintos sociolectos o dialectos, registro poético). Además, lo característico del ensayo es que quien lo escribe se hace cargo de su palabra, emplea la primera persona gramatical y se permite el empleo de una buena cantidad de subjetivemas. En los ensayos suele aparecer una postura bien definida de quien escribe, no sólo acerca del tema que desarrolla, sino una posición ideológica general. El estilo de quien escribe suele estar cargado de actitud y emocionalidad —en franca oposición con lo que pretende la retórica positivista del testigo modesto—, por eso es que son habituales las ironías, las bromas, el humor, las interpelaciones a quienes leen, las alusiones o guiños y los giros poéticos. Para Ricardo Forster (2020), el ensayo abrió el juego de la modernidad y sus verdades únicas y es en cambio “una escritura desfondada, abierta, multívoca y celosa amiga de la metáfora y compañera, en sus mejores momentos, de la intensidad poética” (p. 2).

Autoasignación del género ensayo al propio texto. Este desplazamiento de las convenciones genéricas del clásico *paper* o artículo de investigación a las licencias o posibilidades que abre la forma ensayística es observado en prácticamente todos los textos que componen el corpus de publicaciones en el que se basa esta investigación. E incluso en algunos artículos encuentro la explicitación de esta elección genérica y la justificación de la misma. Leemos, por ejemplo:

- “Potencia epistémica de un feminismo disidente situado. Un ensayo sobre la experiencia, multiplicidad y espacio” [en título de artículo] (Pascual y Bianchi, 2018, p. 1)
- “En esta comunicación construimos un ensayo para el abordaje de los feminismos disidentes situados...” [en resumen] (Pascual y Bianchi, 2018, p. 1)
- “A través del presente ensayo, buscamos articular una serie de elementos...” [en introducción] (Pascual y Bianchi, 2018, p. 1)

- “El objetivo del siguiente ensayo es aportar a la construcción del debate...” [en resumen] (Garzón Martínez, 2018, p. 1)

Las académicas que escriben estos textos son conscientes de la elección genérica y se preocupan por hacerlo evidente incluso en espacios hiper-riesgosos⁴³ como lo es un título o un resumen. Pero el riesgo mayor reside en el sistema de evaluación del circuito de circulación por el que intentan que sus textos transiten. Autoasignar un género para el propio texto puede ser definitivo para la evaluación en el sistema de publicaciones científicas, ya que si una publicación tiene ciertos requisitos entre los cuales el género ensayo no es válido, explicitar en el título y/o resumen que el propio texto es un ensayo implica de entrada prepararse para librar una batalla que se sabe muy posiblemente perdida.

Justificación de la elección genérica ensayo. Yendo un poco más lejos, las autoras Cecilia Pascual y Sofía Bianchi (2018) se preocupan además por justificar la elección retórica del ensayo como parte constitutiva del diseño metodológico de la investigación, ya que, como vengo sosteniendo en este escrito, las elecciones vinculadas a la lengua que se emplea para la construcción del conocimiento son definitorias del tipo de conocimiento que se va a terminar construyendo. Las autoras arguyen que “el formato de ensayo posee la plasticidad necesaria para descentrar la lengua hegemónica del conocimiento científico en tanto permite la aproximación a una serie de reflexiones más cercanas a nuestras experiencias tramadas en un modo colectivo” (p. 1). Y agregan que el ensayo se inscribe como una “narrativa situada en la frontera de lo académico y lo político capaz de disputar el lugar de supremacía del conocimiento social monolingüe mediante el cruce con otras lenguas emergentes del movimiento feminista en situación” (p. 2). El tema de investigación y las formas de hacer ciencia de las epistemologías feministas llevan a estas autoras a reflexionar alrededor de sus propias prácticas escriturarias y a terminar optando por el ensayo como el género más adecuado para lo que tienen entre manos. Consideran que dicha elección es un criterio metodológico y entonces lo explicitan y lo justifican en el propio texto.

⁴³ Considero al título y al resumen de un artículo espacios paratextuales hiper-riesgosos, ya que, al ser lo primero que se lee, funcionan como vidriera del texto y de la figura autorial.

5.3 Cruce de géneros discursivos

Si bien la secuencia predominante en los ensayos es la argumentativa, el género ensayo académico permite más que otros géneros académicos la inclusión de otras secuencias textuales, especialmente secuencias narrativas de diversa índole. Desde la teoría bajtiniana, el género ensayo se presenta como un género *secundario*, producido “en condiciones de la comunicación cultural más compleja, relativamente más desarrollada y organizada, principalmente escrita” (Bajtín, 1999, p. 250), que absorbe y reelabora a los géneros *primarios* (surgidos en la comunicación inmediata) y a otros géneros secundarios. En los textos del corpus, aparece una tendencia a incluir secuencias narrativas del tipo autobiográfico o crónica. No es poco significativo que en estos textos científicos basados en epistemologías feministas la escritura se incline hacia la narración, ya que la narración es vehículo de la experiencia y la experiencia es uno de los pilares de estas epistemologías. Construir conocimiento a través del paradigma narrativo permite articular una diversidad de lenguas, voces, personajes, tramas de sentido y temporalidades disyuntivas que la lógica expositiva-explicativa tradicional no contempla (Rubio, 2021). La narración colabora con la desinstrumentalización de la escritura académica y tiende puentes entre la ciencia y el arte, la realidad y la ficción⁴⁴ (Ortiz-Naranjo, 2017).

Cruce con la autobiografía. Cuando desarrollé, en el capítulo 3, la construcción de una figura autoral situada, destaqué como un recurso para brindar marcas de situación de la figura autoral —uno de los más arriesgados— la inserción de un breve relato autobiográfico. Podemos observar cómo este mismo recurso está en consonancia con los postulados de las epistemologías feministas desde distintas aristas: con la importancia de situar los saberes, con la consideración de la experiencia como base para el conocimiento y con la búsqueda de un lenguaje que le escape a la razón instrumental, los dualismos y las pretensiones de universalidad, neutralidad y objetividad. En dicho

⁴⁴ Los fragmentos narrativos que aparecen en los textos del corpus no son ficcionales. Aun así, quisiera destacar que una de las propuestas de las epistemologías feministas, específicamente de Donna Haraway, es pensar a través de historias o relatos de SF —*science fiction*, *speculative fabulation*, *string figures*, *speculative feminism*, *scientific facts* y *so far* (2019, p. 254)—. Para esta autora, contar cuentos, narrar hechos, pensar mundos posibles y tiempos posibles, mundos semiótico-materiales desaparecidos o por venir, no es algo ajeno al pensamiento científico. Junto con Evelyn Fox Keller (2000) y otras pensadoras, cuestiona los pretendidos límites entre arte y ciencia y ficción y realidad contruidos por la razón cartesiana.

capítulo, ejemplifiqué con el relato autobiográfico inserto en el artículo de Garzón Martínez (2020). Ahora elijo otro ejemplo, aunque los dos son intercambiables. El texto de Mariana Ibarra (2020) sobre fútbol y epistemologías feministas comienza con la siguiente introducción:

Claudia se acerca a la biblioteca de mamá, mira la tapa de *Qué jugadora* y expresa con asombro: “¡Mamá, te compraste el libro del juego de las feministas!” (Notas de campo, mayo 2019)

Claudia tiene seis años y desde los dos, transita buena parte de nuestros recorridos por la investigación, la docencia y la extensión. Recorre las canchas desde que está en la panza, nos acompañó a votar cuando tenía dos meses y en el club muchos ya la conocían. Casi desde el mismo tiempo participa de marchas y movilizaciones contra la violencia machista y por los derechos de las mujeres y las disidencias como el 8M y el #NiUnaMenos. Conoce referentes locales e internacionales de fútbol, también académicas y periodistas que discuten agendas. Dice que cuando ella era chiquita un primo le dijo que el fútbol no era para nenas, pero ella igual se atrevió a jugar. Parte de eso es cierto, pero no es verdad que se dedicó a practicarlo. De hecho, no le gustan los deportes, elige danzar. (p. 88)

En este fragmento, la autora no sólo nos brinda datos acerca del lugar desde donde escribe y produce conocimiento, sino que lo hace a través de una narración. La escena con la que empieza el texto es un comentario de su hija Claudia que lleva a la autora a volver atrás en el tiempo para recuperar la historia de su hija en relación al tema de investigación. Hay una secuencia temporal que llega hasta el presente, hay escenas detalladas, personajes y diálogos.

Cruce con la crónica. Otra forma posible de la narración no ficcional que aparece en los textos analizados es en forma de crónica, o sea, de relato de hechos reales de los que quien escribe fue testigo(a). El registro de las crónicas suele caracterizarse por un cruce entre lo literario y lo periodístico y por momentos leemos en los ejemplos recabados un acercamiento a este cruce. En el ya citado texto de Pascual y Bianchi (2018), las autoras realizan el relato del Encuentro Nacional de Mujeres del cual formaron parte:

La plaza feminista hierve, bajo un sol brillante como la piel sudada de todas las que estábamos allí entre cientos de puestos de millones de objetos, comiendo, mateando, cantando, bailando, riendo, polemizando, leyendo, chapando, tomando birras del pico que se calentaba ya sea por el calor, ya sea por la emoción de los encuentros. Éramos distintas. Adolescentes, adultas, niñas, madres, indias, negras, blancas, trabajadoras, estudiantes, artistas, profesionales, militantes, lesbianas, heteras, trans, tímidas, exaltadas, bellas todas articulando una lengua códice. Porque esta belleza es incodificable por el patriarcado. (p. 9)

Como las crónicas, el texto es personal, conmueve, hace uso de figuras poéticas (como las metáforas y enumeraciones) y a la vez construye una postura y establece un pacto de verdad con lo que cuenta.

Mecanismos de la ficción narrativa. En otros textos que conforman el corpus es posible identificar, si bien no fragmentos narrativos, sí algunas estrategias o vocabulario propio del paradigma narrativo. Por ejemplo, en el artículo de Pita (2020), la autora realiza un recorrido por la trayectoria del proyecto editorial *Historia de las Mujeres en Argentina* y lo narra del siguiente modo:

Sin recursos financieros, ni trayectorias de peso a la cabeza del proyecto, ni contratos editoriales, un conjunto variado de investigadoras, historiadoras y estudiosas del pasado se fueron sumando a una aventura colectiva que tuvo un final que hoy se sabe feliz. (p. 2)

La idea de “aventura” y de “final feliz” inscribe al relato del hecho dentro del mundo de las narraciones ficcionales más que de las explicaciones científicas.

En el texto ya citado de Garzón Martínez (2018), la autora realiza un recorrido por el pensamiento feminista decolonial, pero el modo en que lo hace más tiene la forma de una narración que de un estado del arte convencional. Por ejemplo, emplea una estrategia discursiva relacionada al manejo de la información que es estrictamente exclusiva de las narraciones, ya que el efecto que busca generar es la intriga. Tengamos en cuenta que la retórica científica tradicional lejos se encuentra de pretender esos

efectos sobre quienes leen, sino que más vale se preocupa por transmitir información de la forma más clara y precisa posible. Escribe Garzón Martínez:

En 1975, en la Tribuna del Año Internacional de la Mujer, organizada por las Naciones Unidas y realizada en México, una mujer boliviana, esposa de un minero, madre de siete hijos, tomó la palabra y le dijo a Betty Friedan, feminista estadounidense de reconocida trayectoria, que esos postulados —que ella enunciaba como parte de un “plan mundial de acción” para las mujeres— no abordaban los problemas fundamentales para las mujeres pobres y racializadas de Latinoamérica. Cuando Friedan la invitó para dejar su “actividad belicista”, “dejar de ser manejada por los hombres” y de “enterarse de los asuntos femeninos” y cuando la presidenta de la delegación mexicana la invitó a guardar silencio, la mujer boliviana responde [sic]: (...)

Esa mujer era Domitila Barrios de Chungara una mujer de los Andes bolivianos. (pp. 4-5)

Garzón Martínez elige no sólo traer discursos a su texto, sino convocar también a las personas que emitieron esos discursos y al contexto en que los enunciaron (como se desarrolló en el capítulo anterior). Y además de eso, lo hace empleando mecanismos propios de la narración, como éste que describimos más arriba, que tiene como efecto generar intriga frente a la identidad de la mujer boliviana que se oculta hasta el final del relato.

5.4 Mezcla de voces o modos de habla

Una característica que admite el género ensayístico y que promueve la escritura nómada de Rosi Braidotti es la reunión en un mismo texto de diferentes lenguas o modos de habla. Para esta autora, mi pensadora de compañía, escribir es “llegar a ser un políglota en la propia lengua materna” (2000, p. 47). La escritura políglota, entonces, tendría el efecto de anular la ilusoria estabilidad de las identidades fijas, pero además produciría una fisura en la creencia de que el conocimiento tiene un solo modo de decirse: neutral, positivo, lógico, estándar, en inglés. No hay palabras o formas de construir la combinatoria de palabras que sirvan para la producción de saberes y otras que no. Lo que sí hay son convenciones históricas fuertemente establecidas y ligadas a estructuras de poder, pero son construcciones, nada divino ni esencial. En los textos del corpus, se

le suma al registro académico la aparición llamativa⁴⁵ de palabras propias del ámbito de la militancia feminista, términos de uso coloquial y palabras o construcciones propias de un registro poético.

Registro militante feminista. Con respecto al primer grupo de palabras, aquellas que conforman un léxico propio de la militancia feminista, me refiero a aquellos términos que se emplean en la militancia de calle, en las consignas pintadas en carteles y muros, en los posteos en redes y en las conversaciones cotidianas, de barrio y periferia, de jóvenes y viejas, provengan o no del ámbito académico. No es lugar la presente investigación para fundamentar más científicamente qué palabras pueden o no conformar este grupo. Confío para reconocerlas en mi intuición como hablante nativa y como feminista. Vemos entonces aparecer palabras como *machista*, *pibas*, *glitter*, *empoderadas*, pero no empleadas como términos nativos (distanciando la lengua de quien investiga de la lengua del objeto-sujeto de investigación a través del uso de cursivas o comillas), sino como parte de la lengua de quien conoce, quiero decir, de la persona que está enunciando el conocimiento en ese texto científico. Esto puede explicarse debido al carácter político de las investigaciones feministas o, retomando a Harding (1998), porque el propósito de una investigación feminista es mejorar la vida de las mujeres, entonces las investigadoras son académicas y activistas a la vez, o sea, comparten el lenguaje con el activismo, es su lenguaje.

Registro coloquial. Otro grupo de palabras que aparecen y que provocan una *interrupción* (flores, 2017) con respecto al registro académico son aquellas provenientes de la cotidianeidad, del habla informal, de la coloquialidad, de las relaciones comunicativas entre *comunes*⁴⁶. Encontramos, por ejemplo, en el texto de Charrúa (2020), la siguiente expresión, no sólo coloquial sino también regional: “Algunas de estas mujeres, sin embargo, no aparecen en el diccionario, ni siquiera en los recónditos *pagos* de internet (p. 477) [cursivas propias]. Pastorino Barcia (2020) emplea frases populares en los subtítulos, como “No sos vos, soy yo” (p. 24) o “Tenemos que hablar” (p. 27). En

⁴⁵ *Llamativa* en el doble sentido de escandalosa e interpeladora, como propone Silvia Molloy (2002). También empleo de manera abusiva dicha categoría en un artículo inédito aun titulado “Reflexionar la escritura en la academia: el giro feminista” (*Cuaderno de Humanidades*, UNSA).

⁴⁶ Empleo el término *comunes* con ironía, en oposición a la visión del/a científico/a como alguien especial, superior, que se ubica por encima del resto.

este último caso, la elección retórica de dicha expresión no se justifica con que sea un término nativo o una cita de alguna entrevista, sino que el enunciado es tomado como frase hecha de la coloquialidad cuyo empleo usual es introducir un tema serio. También en Gil y Morales (2020) leemos “hay demasiado ruido y pocas nueces” (p. 20), frase popular traducible en registro formal en algo así como “las medidas tomadas con tanto ahínco no dieron los resultados esperados” y aun así las autoras no eligen esta versión “científica”. Además, las secuencias narrativas introducidas, que describí en el apartado anterior, habilitan la aparición del registro informal, como es el caso de “tomando birras del pico” de Pascual y Bianchi (2018, p. 9).

Ahora bien, ¿por qué se instala como una recurrencia la aparición del lenguaje cotidiano en textos académicos producidos desde investigaciones feministas? Ninguna de las autoras lo justifica, sin embargo, podemos arriesgar algunas hipótesis. Los feminismos son una corriente crítica. Las investigadoras que piensan acerca de la ciencia y el conocimiento ponen en cuestión los criterios con que se han legitimado sujetos, saberes y métodos. Detrás de esos criterios, se ejerce un poder o varios poderes. Instalar una única lengua como epistemológicamente válida (aclarando lo obvio: que es la lengua de quienes tienen el poder para instalarla de ese modo) es ejercer un poder y hasta una violencia (Pérez, 2019), es hacer uso de los procedimientos de exclusión del orden del discurso para dejar afuera de lo considerado válido a otras lenguas, otras formas de vida, otros saberes y otros sujetos. Ingresar lenguaje cotidiano al texto científico puede estar fundamentado en el deseo de desmontar esos procedimientos, de democratizar el conocimiento para que llegue a más personas y de mostrar que existen saberes populares que pueden ponerse a dialogar con los saberes legitimados de la institución académica.

Registro poético. Un tercer grupo de palabras que produce esta mezcla de voces o modos de habla en los textos del corpus son aquellas que formarían parte de un registro poético. Lo describo en el siguiente apartado. Además, podríamos agregar en este procedimiento la introducción de los decires diversos de otras personas, en distintos registros, desde lugares dispares, como fue descripto en el capítulo precedente.

5.5 Mezcla de lo teórico con lo poético

Una de las características de la escritura nómada en la academia, según Braidotti, es la mezcla del discurso teórico con el discurso poético. La poesía, la literatura, las ficciones, abren las posibilidades de exploración para una lengua otra que pueda decir otros conocimientos y de otros modos. Braidotti no es la única en cuestionar la frontera entre arte y ciencia o lenguaje científico y lenguaje poético. La física e historiadora de la ciencia, Evelyn Fox Keller (2000), hace de esto su premisa y estudia cómo la ciencia ha empleado de hecho metáforas y cómo las metáforas que se emplean para explicar el conocimiento inciden en el tipo de conocimiento producido. La autora sostiene que la distinción clásica entre lenguaje literal y metafórico en el lenguaje científico es falaz. Las metáforas no son más o menos verdaderas sino más o menos eficaces y esa eficacia depende de convenciones sociales y momentos históricos. Coincidiendo con esta postura, la maestra e investigadora cuir, Valeria Flores (2017), arguye que la poesía no es un género literario que puede mezclarse o no con el académico, sino que es un movimiento que impide la reducción de pensamiento a la que nos somete lo literal. Lo poético es tomado por esta autora no como un género con convenciones relativamente estables, sino como un movimiento, podríamos decir, como la fuerza que posee el lenguaje para salir del sedentarismo de significados.

En este sentido, las posturas epistemológicas feministas se suman a lo que sostienen otros pensadores y pensadoras por fuera de los feminismos, como es el caso del bioquímico español Ángel Martín Municio, presidente de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales y miembro además de la Real Academia Española. Según este autor, la metáfora es principio constitutivo del lenguaje y expresión del proceso de categorización comparativa y conceptual de las experiencias humanas. Distingue entre las metáforas lingüísticas, léxicas o fósiles (aquellas que han sido metáfora nueva en un momento y que luego se han incorporado a la lengua y entonces dejaron de ser percibidas en cuanto tales) y las metáforas literarias (aquellas recientemente creadas y que, por lo general, pertenecen a un/a autor/a). Basándose en el trabajo del inglés Ray Paton, especialista en biología computacional, Municio sostiene que la comprensión humana de lo real se logra mediante la relación entre una serie de metáforas que están profundamente embebidas en nuestro pensamiento y en nuestro lenguaje. Estas metáforas participan en el discurso científico de tres modos: catacrético (cuya función

es rellenar el vocabulario debido a la introducción de nuevos conceptos), ontológico (sirven para comprender el mundo en función de diversas perspectivas) y didáctico (como estrategia pedagógica). Concluye que, precisamente, lo que convierte al lenguaje en instrumento de conocimiento es el hecho de que un signo pueda designar una cosa sin dejar de designar otra y que, si bien esta característica es la fuente fecunda de la ambigüedad, es también la fuente fecunda de la predicación analógica, la fuerza simbólica del lenguaje (Municio, 1992).

Establecido de este modo el carácter intrínsecamente metafórico del lenguaje y la inutilidad de sostener la oposición entre el lenguaje poético o metafórico y el lenguaje científico o literal, resulta al menos incómodo indicar que en las publicaciones académicas analizadas encuentro, como si pudiera ser de otra manera, algunas metáforas, comparaciones y analogías. Sin embargo, recurro nuevamente a mi intuición como hablante nativa de la lengua y como miembra⁴⁷ de la comunidad discursiva académica, sobre todo del ámbito de las ciencias sociales y humanas, para justificar que algunas de las metáforas, comparaciones y analogías identificadas en los textos analizados me resultan equilibristas arriesgadas en el umbral entre construcciones lingüísticas permitidas en el discurso científico y metáforas literarias, originales, novedosas, escandalosas.

Comparaciones. Empleo otra vez el criterio con el que acomodo los procedimientos y recursos del menor riesgo al mayor riesgo y entonces empiezo por la comparación, es decir, por la puesta en relación de dos elementos a través de sus semejanzas y diferencias. La conjunción comparativa “como” hace explícita la relación entre los dos significados, propone y transparenta el pacto metafórico, con lo que proporciona cierto alivio al lector literal. Una comparación llamativa que aparece en uno de los textos del corpus es: “...y que las formas del feminismo son como las formas del agua...” (Bach, 2018, p. 10). Lo arriesgado de esta comparación, con respecto a las pretensiones de claridad y precisión del lenguaje científico, reside en que no hay ninguna explicación que

⁴⁷ Nuevamente, el corrector de Word me indica que no existe la versión femenina de este adjetivo. ¿Es que no existían las mujeres como participantes en una asociación, club, agrupación o colectivo alguno en las épocas inmemoriales en que se fijó el significado de las palabras? ¿Es que era impensable verlas como partes de un todo al que adhirieran por propia voluntad, partes iguales y con mismos derechos, con voz y voto, como socios en una asamblea?

acompañe a la expresión ni es tan inmediato ni unívoco el significado que pueda dársele. Cito otro ejemplo: “...textos que se despliegan como una serpentina de postales...” (Punte, 2020, p. 391), en el cual es posible percibir un doble pliegue metafórico, ya que el elemento con el que se realiza la comparación no puede entenderse en sentido literal (*serpentina de postales* es en sí otra metáfora). Y el último: “...de manera literal: funcionan como un flash que nos distrae e impide la mirada...” (Punte, 2020, p. 393). La comparación es introducida con un paradójico *de manera literal* que no anuncia más que una metáfora.

Analogías. Éstas son una variante metafórica que tiene como propósito acercar una idea abstracta a través de la puesta en relación de dicha idea con una situación concreta que les sea familiar a quienes leen/escuchan. Por ejemplo, en uno de los artículos de temática futbolera, se emplea una analogía justamente con este deporte, previendo que quienes leen el artículo tienen interés y conocimiento en esta materia: “Se trata de parar la pelota y armar la jugada, con una táctica pensada, pero dejando que en la cancha los pases, los encuentros y los desencuentros sucedan” (Ibarra, 2020, p. 99). La autora no está hablando de fútbol en este caso, sino de la reflexión académica sobre cómo estudiar mujeres siendo mujeres y asumiendo enfoques feministas. En otro de los artículos del dossier de fútbol femenino, encontramos otra analogía en sintonía: “...que sean capaces de patear mandatos” (Cabello Escudero, 2020, p. 55). Abreviada pero ilustrativa, la analogía se establece a través de la selección del verbo *patear*.

Metáforas. La metáfora es la figura poética por excelencia. Etimológicamente, significa “transferencia de significado” y podemos establecer cierto *continuum* entre metáforas prácticamente desapercibidas en cuanto tales, metáforas aceptadas y de aparición recurrente y metáforas originales o literarias. En los textos estudiados, encuentro el empleo de metáforas prácticamente fosilizadas, como ser: “la plaza feminista hierve” (Pascual y Bianchi, 2018, p. 9) y “los ejes de la conversación en la cresta de la ola” (Fernández Hasan, 2020, p. 1). También, es posible hallar ejemplos de metáforas aceptadas y de aparición recurrente, sobre todo en ciencias sociales o humanas, como es el caso de la idea de trama, tejido o red. En Calafell Sala, Ruiz y Prato (2020) leemos las siguientes expresiones: “conversando la trama” (p. 2), “fuimos re-tejiendo una trama de acompañamientos e intervenciones públicas con una clara orientación de género” (p.

2), “re-invencción de la trama” (p. 4), “quienes colaboraron en el re-tejido y la ampliación de la trama en el territorio” (p. 5), “sostener la trama” (p. 9). Por último, encuentro en estos textos algunas metáforas que podríamos considerar originales y literarias. Cito: “Szperling retoma este guante que da vuelta la ecuación” (Punte, 2020, p. 394) y “El río a la vera del cual se sientan todas estas poetisas parece ser el mismo” (García, 2020, p. 443). En los dos ejemplos transcritos, vemos un uso de la metáfora original y novedoso, no recurrente en textos académicos.

Discurso poético como enrarecimiento del lenguaje prosaico. En esta exploración sobre cómo puede darse el cruce entre lo teórico y lo poético, podemos considerar otras visiones acerca de lo poético. Los formalistas rusos, un grupo de estudiosos de lingüística y teoría literaria de la Rusia pre Stalin —entre ellos, Roman Jakobson, Victor Shklovski y Lem Jakubinski—, consideraban que lo propio del discurso poético es distanciarse del lenguaje ordinario o práctico, buscar enrarecerlo para producir una desautomatización. El arte, al producir esta desautomatización sobre los signos, genera una percepción particular de los objetos, crea su visión y no su mero reconocimiento. El enrarecimiento sobre el lenguaje enlentece la percepción y eso hace que pongamos el foco en el *cómo* más que en el *qué* y esa es la razón por la que la lengua de la poesía es una lengua difícil, oscura y llena de obstáculos, como escribe Shklovski (1917). Cruzar lo poético en el texto científico es entonces desafiar a la transparencia y comunicabilidad de la retórica científicista. Todas las figuras poéticas que enrarecen al discurso prosaico pueden ser incluidas en este cruce: alteraciones en el orden fonético (anáforas, aliteraciones, paronomasias), alteraciones en el orden sintáctico (paralelismo, enumeración, hipérbaton) y alteraciones en el orden semántico (sinestesia, hipérbole, personificación).

Podemos mencionar, con respecto al corpus de estudio, un ejemplo de enumeración ya citada de Pascual y Bianchi (2018): “Adolescentes, adultas, niñas, madres, indias, negras, blancas, trabajadoras, estudiantes, artistas, profesionales, militantes, lesbianas, heteras, trans, tímidas, exaltadas, bellas todas articulando una lengua código” (p. 9). Esa extensa y detallada enumeración podría reducirse a una generalización del tipo “Mujeres de toda edad, color y procedencia” o algo por el estilo, pero perdería los efectos poéticos que produce la forma particular en que está escrito: la idea de

multiplicidad y heterogeneidad, el deseo de incluir a todas y de nombrar a cada una de las diferencias, sostener que las diferencias importan, dar sensación de muchedumbre (de lleno, así como estaba el encuentro que se describe), etc. (son infinitas la interpretaciones).

Al igual que en el apartado anterior, cierro vinculando este procedimiento de escritura nómade con procedimientos descriptos en el capítulo precedente relacionados a la introducción de voces de otras personas en el propio texto. Cuando se convoca a voces de poetas y escritoras al texto académico, es decir, enunciados poéticos o literarios traídos a dialogar con la palabra propia, no sólo se realiza un movimiento de entramado de la propia voz con aquellas de otras mujeres de distintos ámbitos, sino que además se realiza un desplazamiento de la escritura teórica hacia el nomadismo.

5.6 Emergencia de palabras nuevas

Los recorridos de exploración de una escritura nómade son tan diversos como dimensiones y niveles tiene la lengua. Hemos venido cartografiando desde lo más amplio hacia lo más pequeño y detallado, desde la elección del género discursivo ensayístico, pasando por decisiones en cuanto a estructuras textuales y secuencias incrustadas, hasta expresiones y palabras que dan cuenta de giros poéticos o voces que toman distancia del registro académico. Sin embargo, la exploración puede llegar hasta la médula misma de la palabra. Cuando el lenguaje se queda corto, cuando la herramienta de conocimiento no cumple con las expectativas de sus usuarias, sucede la emergencia⁴⁸ de palabras nuevas. En los artículos observados en esta investigación, nos encontramos con la urgencia de nuevas palabras construidas a través de procedimientos morfológicos de derivación y composición, de la alteración de la palabra por acercamiento a la vez fonético y semántico con otra y del préstamo de palabras nuevas despertadas por otrxs autorxs.

Por derivación y composición. La formación de palabras es un proceso usual dentro del sistema de la lengua. Ángela Di Tullio (1997), en *Manual de Gramática del Español*, distingue dos grandes conjuntos de procesos morfológicos: aquellos que se dan por flexión y aquellos que se dan por derivación. Los procesos flexivos manifiestan las

⁴⁸ En el doble sentido de “aparición” y “urgencia”, como lo emplea Josefina Ludmer en *El género gauchesco: un tratado sobre la patria* (2012[1988]).

propiedades flexionales (gramaticales) de las palabras variables: género, número, modo, tiempo, entre otras. Lo realizan a través de la afijación, modificación, suplección y conversión. Los procesos derivacionales, junto con la composición, son los procesos de morfología léxica que permiten la formación de nuevas palabras. La derivación se produce por afijación, es decir, por el agregado de un prefijo o sufijo léxico (con significado semántico) a una palabra simple haciéndola compleja. La composición, en cambio, es la unión de dos palabras simples formando una palabra compuesta, como *pelirrojo*, *cuentagotas*, *caradura* (Di Tullio, 1997).

En el corpus estudiado, encontramos ejemplos de palabras nuevas o no usuales surgidas desde procesos derivacionales. Es el caso de *inter-cuidados* y de *co-visión*, en donde se observa la prefijación de los formantes morfológicos léxicos *inter-* (significado: entre o en medio) y *co-* (significado: acción en conjunto) a las bases nominales con el signo guion como puente. Analicemos uno de estos dos casos:

Las nuevas interpretaciones que construíamos acerca de nuestros procesos fueron un recurso importante. La co-visión de los procesos personales y de las estrategias con compañeras que estaban corridas de la escena central, al borde, a la mano, atentas, sabidas y sabiéndonos, se convirtió en un sostén fundamental. (Calafell Sala, Ruiz y Prato, 2020, p. 6)

En este artículo, ya citado previamente, las autoras narran el proceso metodológico que realizan para llevar adelante la investigación de su propia experiencia en una organización comunitaria, un proceso que implica una visión o percepción en colectivo. Al emplear esta forma compleja (*co-visión*), no usual pero tampoco incorrecta, hacen uso de las reglas morfológicas existentes en el sistema del español para precisar aún más lo que quieren decir, para torcer el lenguaje y obligarlo a acercarse al deseo expresivo y epistémico de las autoras. Construir conocimiento a veces implica también construir las herramientas para llegar a ese conocimiento.

Otras palabras identificadas en los textos observados surgen desde procesos morfológicos de composición. Es el caso de *tiempo-cuerpo*, *hacer-conversar* y *decir-nombrar*. Las palabras compuestas obtenidas no significan la sumatoria de los significados léxicos de las dos palabras simples que une el guion, sino que adquieren un

sentido emergente, dado por las palabras que unen pero también por el cotexto⁴⁹. Es el nacimiento de una nueva categoría y, por ende, la revelación de un nuevo objeto en el mundo. Se lo nombra y se lo dota de una existencia. Parte de la tarea de la teoría feminista es afinar la herramienta del lenguaje, diseñar estas categorías engranajes de modo que provoquen otros resultados.

Veamos una de estas palabras en su cotexto: “La autodeterminación del uso del tiempo-cuerpo nos impulsaba a reunirnos a veces antes de las siete de la mañana, antes de que ‘la vida’ empezara constituyéndose a la vez en espacio fundamental para una otra vida, más vivible” (Calafell Sala, Ruiz y Prato, 2020, p. 4). Cuando las autoras describen de dónde sacaban el tiempo las mujeres de Red de Sostenes para juntarse a tramar conversaciones, considera a este tiempo de las mujeres, sobre todo dentro del paradigma de los feminismos comunitarios, como un tiempo donde se pone el cuerpo para realizar tareas de cuidados. El tiempo de las mujeres está históricamente puesto al servicio de otrxs (hombres, niñeces, ancianidades, convalecientes, personas con discapacidad), al igual que su cuerpo. Cuerpo, tiempo y cuidados se articulan en el pensamiento feminista. La construcción de esta palabra compuesta, *tiempo-cuerpo*, puede referir a esta articulación (y a algunas otras cosas, porque aún sostiene la ambigüedad y desautomatización que caracterizan a una palabra nueva).

Por alteración de uno de sus elementos. Palabras nuevas también pueden emerger al alterar uno de sus elementos para acercarla a otra palabra con la que se encuentra una afinidad a la vez fonética y semántica. Me gusta llamarle *alteración*, porque empleo ese término en el sentido que tiene como verbo (transformar), pero también en su significado como sustantivo (nerviosismo, inquietud). La palabra se agita, se conmociona, se pone nerviosa, porque le trocaron un elemento por otro, haciéndole decir otra cosa y transformándola en otra a su vez. Es el caso de “el realismo maravilloso” (en vez de *realismo maravilloso*) de la novela *Las Malas*, planteado por Cabezas y Penacini (2020, p. 379), guiadas para esta emergencia léxica por el *neobarroso* (en vez de *neobarroco*) de Néstor Perlongher. También es el caso de “lenguaje inclusivE” que emplean varias veces las autoras Gil y Morales (2020) en su texto sobre lenguaje

⁴⁹ Me refiero al conjunto de elementos lingüísticos que preceden o siguen a la expresión.

inclusivo. Alteran el adjetivo *inclusivo* y al emplear el sufijo *–e* lo transforman en el adverbio de adición enfática *inclusive*, provocando el sentido de que la propuesta del lenguaje inclusivo implica *muchas más* cosas de las que a simple vista se ven. Además, lo hacen a través del juego para nada inocente de agregar la *–e*, justamente, la *–e*. Nunca un sufijo tuvo tanta fuerza política. Abordaremos este tema en el siguiente capítulo.

Por préstamo. La atracción por las palabras emergentes, surgidas *ad hoc* y con la urgencia de la necesidad⁵⁰, lleva a que también las palabras nuevas de otrxs sean valoradas y tomadas a modo de préstamo en algunos de los artículos analizados. Escriben las ya citadas Calafell, Ruiz y Prato: “Para nombrar estos sentires un amigo nos prestó el término ‘solastalgia’: dolor de la tierra que se habita” (2020, p. 9). Y luego, en forma de cita no integrada: “Lo hemos hecho, además, desde la conciencia de estar dibujando una posible ‘femealogía’ (Cabnal, L. 2010, 24) hecha de voces, miradas, gestos y saberes contruidos y compartidos por y entre mujeres” (2020, p. 12). Los términos “solastalgia” y “femealogía” son palabras emergentes y urgentes, salidas del horno de la teoría, pan que se comparten, se pasan de mano en mano, lxs compañerxs de conversación y pensamiento.

5.7 Permeabilidad a la ambigüedad

A esta altura del análisis, resulta evidente cómo los distintos procedimientos que se describen, en éste y en los otros capítulos, se provocan los unos a los otros, en el sentido de que se generan como consecuencia, pero también en el sentido de que buscan estimular una reacción en los otros procedimientos. La clasificación que construyo en esta investigación no es más que un modo de entrar a la observación y al análisis de lo que sucede con la lengua en investigaciones feministas. Un modo de muchos posibles.

Que un texto sea permeable a la ambigüedad es un boleto al exilio de la retórica científica tradicional. Las verdades universales, neutrales y objetivas de la ciencia cartesiana sólo se construyen con un lenguaje riguroso, preciso y aséptico. Sin embargo, ya hice alusión más arriba a que, precisamente, lo que convierte al lenguaje en instrumento de conocimiento es el hecho de que un signo pueda designar una cosa sin

⁵⁰ La poesía para las mujeres no es un lujo, sino una necesidad vital, nos recuerda Audre Lorde, la poeta que también afirma que “La poesía es el instrumento mediante el que nombramos lo que no tiene nombre para convertirlo en objeto de pensamiento” (2003, p. 15).

dejar de designar otra, característica de la fuente fecunda de la ambigüedad (Municio, 1992). Esto quiere decir que la ambigüedad es el rasgo fundamental del lenguaje que nos permite crear nuevas relaciones entre los signos y construir entonces nuevos conocimientos. Haberla desterrado de la producción de saberes (al menos en su dimensión más evidente) no ha generado más que un reduccionismo y un estancamiento en la continuación del conocimiento.

Una de las defensoras de la ambigüedad, tanto en escritos académicos como militantes, es la maestra pensadora y activista cuir, valeria flores. Ante la crítica que reciben sus textos difíciles y ambiguos, ella reivindica, junto con el poeta antillano Édouard Glissant, el derecho a la opacidad:

...como una crítica de las prácticas epistemológicas occidentales del entendimiento, por la forma en que históricamente privilegia la demanda de transparencia bajo los preceptos de una lengua estándar. El entendimiento y sus prácticas de escritura tienen sus criterios de normalidad que operan trasluciendo toda insuficiencia o falla para capturarla en una economía imaginaria que la vuelva dócil, víctima, incapaz, normal. (flores, 2017, p. 13)

El dispositivo de la rigurosidad, la claridad o la transparencia en el lenguaje científico se construye desde una mirada que sostiene dichos criterios y descarta como error o ambigüedad todo lo que no se le asemeje. Por eso es que flores (2017) sostiene que la opacidad puede operar como afirmación de lo local y lo particular y resistirse a ser absorbida por los circuitos académicos globales.

La ambigüedad puede ser producida por muchos y variados recursos, algunos de ellos ya descritos en procedimientos anteriores, como es el caso del lenguaje poético y metafórico. En este apartado, señalaré dos recursos de recurrente aparición en los artículos analizados y que colaboran a evidenciar que un concepto puede significar una cosa y otra a la vez: el empleo de la barra inclinada y la elección por los paréntesis.

La barra inclinada. La barra de división o barra inclinada tiene diferentes usos: sustituye al punto en abreviaturas, reemplaza preposiciones (como “por” o “a”), separa los componentes de una fecha, separa opciones, indica la división en matemáticas, entre otros. De los textos observados, estos son algunos ejemplos:

“Tagua como organización cultural comunitaria fue siendo este lugar/refugio para inventar/ensayar con lo que había...” (Calafell Sala, Ruiz y Prato, 2020, p. 4)

“...el mandato de ser/hacer para otros...” (Calafell Sala, Ruiz y Prato, 2020, p. 7)

“...una trama de complicidades/solidaridades en el territorio.” (Calafell Sala, Ruiz y Prato, 2020, p. 8)

“...el cuerpo puede ser, a su vez, el territorio/lugar para desaprender lo aprendido y alterar el disciplinamiento...” (Calafell Sala, Ruiz y Prato, 2020, p. 8)

“...la imposición colonial inventó/determinó un modo de ser mujer...” (Guerra Pérez, 2020, p. 14)

“A modo de cierre / apertura” [subtítulo] (Pascual y Bianchi, 2018, p. 10)

El empleo de la barra inclinada, en estos casos, pareciera indicar una doble valencia de significado, la ambivalencia entre opciones que no se excluyen entre sí, que existen y funcionan a la vez. En el primer ejemplo, las autoras definen a una organización comunitaria específica (Tagua) como un lugar y un refugio, palabras cuasi-sinónimas, pero no idénticas (como nada es idéntico en la lengua). No da lo mismo elegir entre una y otra: la palabra *lugar* se mantiene neutra, mientras que *refugio* tiene un matiz positivo, asociable a sentimientos o ideas como protección, abrigo, contención, cuidado, supervivencia. Sin decidir por una u otra, escriben las dos. También es posible interpretar que hay algo de la cocina de escritura que se cuela en esa indecisión por una opción del paradigma. Cuando escribimos, todo el tiempo estamos haciendo elecciones dentro de un abanico de opciones que se nos presentan para completar cada espacio/función de la frase. A veces, elegimos con criterios conscientes y, la mayoría de las veces, elegimos inconscientemente. Al emplear la barra, quienes escriben se resisten a optar por un elemento del paradigma (lo que equivale a optar por un sentido de muchos posibles, un mayor estancamiento del significado). La barra implica una resistencia al monologuismo, a la creencia de que el lenguaje es transparente, a la univocidad de los significados.

Los paréntesis. El otro recurso, los paréntesis, adquiere en los textos analizados una función parecida. En general, los paréntesis se emplean para introducir aclaraciones en

el medio de la frase, para intercalar datos, para ofrecer opciones, para desarrollar abreviaturas o reconstruir palabras incompletas, entre otros usos. Veamos algunos ejemplos de su empleo en el corpus:

“...nos prestaríamos palabras para nombrar/tramitar lo que (nos) pasa.” (Calafell Sala, Ruiz y Prato, 2020, p. 10)

“...no romper, sino (en)tramar con cuidados...” (Calafell Sala, Ruiz y Prato, 2020, p. 10)

“...una (pre)ocupación política y epistémica...” (Guerra Pérez, 2020, p. 1) [en resumen]

“...continúan (d)enunciando la invisibilización racista y clasista.” (Guerra Pérez, 2020, p. 2)

“...un marco desde el cual interpelar(nos) teóricamente...” (Guerra Pérez, 2020, p. 3)

“Las mujeres del mundo nos (re)unimos...” (Guerra Pérez, 2020, p. 10)

Como podemos observar en los ejemplos expuestos, el empleo llamativo que hacen estas autoras de los paréntesis funciona para proponer un segundo sentido que se suma al primero de la frase sin paréntesis, sin excluirlo. De modo que aparece la lectura de dos frases posibles que no se excluyen entre sí. Por ejemplo, en el último ejemplo citado, leeríamos *Las mujeres del mundo nos unimos* y *Las mujeres del mundo nos reunimos*. Son ideas complementarias, pero no idénticas y el uso de los paréntesis les permite a las autoras reactualizar los dos sentidos que quieren transmitir. En todos los casos estudiados, los paréntesis encierran formantes morfológicos —(pre)ocupación—, variaciones fonéticas mínimas que cambian la base léxica de la palabra —(d)enunciar— o pronombres personales clíticos —interperlar(nos)—. Este último caso aparece a menudo y se vincula con la necesidad de quienes investigan de verse incluidxs como objeto de investigación. Como en el penúltimo ejemplo, Guerra Pérez describe *el marco desde el cual interpelar teóricamente* (al objeto) y, a la vez, *el marco desde el cual interpelarnos teóricamente* (a nosotros como sujetos que investigan). La ambigüedad en estos ejemplos emerge en esas opciones de sentido que no se excluyen entre sí y que terminan siendo más que su simple sumatoria.

5.8 Distanciamiento del uso convencional de las palabras

Una escritura nómade, que se resiste al sedentarismo del lenguaje, va a sospechar de ciertas palabras o expresiones naturalizadas que encierran, en realidad, miradas, posiciones e ideologías. A veces, por falta de otros términos o para no perjudicar la comunicabilidad del mensaje, se emplean dichas palabras, pero aplicando distancia a través del empleo de las comillas.

Las comillas son un signo ortográfico de puntuación con diversos usos. Se distinguen en español tres tipos de comillas: las angulares, las altas o inglesas y las simples. A pesar de que su uso más frecuente es señalar las fronteras entre la palabra de quien habla y la palabra ajena, otro de sus empleos característicos se acerca a lo que aquí nos interesa: llamar la atención sobre una palabra porque tiene un sentido especial o porque es vulgar o impropia. En los casos que nos ocupan, se trataría más vale de llamar la atención sobre una palabra que usamos de manera automática y realizar una crítica sobre su sentido más arraigado. Veamos los dos casos encontrados:

“...reunirnos a veces antes de las siete de la mañana, antes de que ‘la vida’ empezara...”
(Calafell, Ruiz y Prato, 2020, p. 4)

“Ya por aquel tiempo, en mi familia circulaba otra historia silenciada que hablaba de un ‘negro inmundo’ y hacía referencia a un hombre de la costa caribe colombiana que secuestró a mi bisabuela...” (Garzón Martínez, 2018, p. 3)⁵¹

En el primer caso, las autoras enuncian que las miembras de la organización comunitaria debían reunirse a las siete de la mañana antes de que la “vida” empezara. ¿A qué le llaman “vida”? A que se despierten los hombres, se vayan a trabajar, abran los negocios, se pueda ir al almacén, lxs chiquxs a la escuela... Las comillas señalan una distancia sobre ese concepto. Albergan la crítica a la idea masculina y capitalista de que el trabajo doméstico, dentro de la casa, el trabajo por la reproducción de la vida que en su mayoría realizan las mujeres, no cuenta, no es la “vida”.

En el otro caso, la autora cuenta las historias de su propia familia y, al llegar a la anécdota del hombre que secuestró a su bisabuela, escribe con comillas “negro inmundo”. De esta

⁵¹ Aclaración: En los originales, encontramos el uso de comillas dobles para estas palabras. Al hacer la cita textual en el presente texto, me veo obligada a usar las comillas dobles para toda la frase, por lo que dichas palabras quedan citadas aquí con comillas simples.

forma, establece una distancia entre la palabra de quien le contara esta historia previamente (su madre, su padre o tías) y la forma en que ella considera y nombra a las diferencias de color de piel entre las personas. Las comillas más nos hablan de quienes contaban esta historia en esos términos que del hombre que “secuestró”⁵² a la bisabuela. Hay una crítica evidente, manifestada a través del empleo de estos signos ortográficos, al carácter racista de la familia de la autora.

Rosi Braidotti marcó el desarrollo de este capítulo con la metáfora del viaje, más precisamente, con la figuración del nómade de pensamiento y de lenguaje. Como base para pensar una epistemología feminista, el nomadismo implica un no quedarnos quietas, no conformarnos con respuestas simples ni con ningún manual de estilo, no armar plaza y trinchera porque enseguida aparecen los otros, los enemigos, los que están afuera y de quienes hay que defenderse. Eso implicaría un volver al pensamiento dual, a la metáfora belicista, a la lanza como primer objeto de la humanidad en vez del recipiente. Por esto es que la operación se denomina *exploración*, nunca descubrimiento, siempre va siendo. La escritura nómade en la academia implica buscar en los pliegues del dispositivo, estar atentas para no caer, intentar y arriesgar porque en esto nos jugamos más que una aprobación, una publicación o un cargo. Hacemos el viaje, pero el viaje también nos hace a nosotras. O nos deshace.

Para esta operación, señalé en principio un único procedimiento que podría resumir lo que sucede en cuanto a la escritura nómade en las investigaciones feministas: se da un desplazamiento de la forma *paper* a la forma ensayística. Esto incluye, de alguna manera, todos los procedimientos que describo luego, ya que el ensayo se presenta como un género discursivo muy plástico que admite cruces de diversa índole. Los textos que conforman el corpus no sólo se rev(b)elan a través de la forma del ensayo, sino también en algunas ocasiones explicitan que lo son y justifican la elección de este género discursivo.

Luego, me ocupé de describir algunos procedimientos tal y como los sugiere Braidotti para una escritura nómade: el cruce de géneros discursivos, la mezcla de voces o modos

⁵² Me permito emplear yo las comillas ahora para dudar de la versión de los parientes de la autora.

de habla y la mezcla de lo teórico con lo poético. Los tres procedimientos se cruzan y confunden, pero al analizarlos por separado pueden hallarse diferentes resultados. Con respecto al cruce de géneros discursivos, observamos, en el corpus analizado, que se le da lugar a secuencias narrativas no ficcionales, como la autobiografía y la crónica. No aparece la ficción como herramienta de construcción de conocimiento, tal como lo hacen otras investigadoras feministas como Donna Haraway (2019) o Vinciane Despret (2022). Al analizar una posible mezcla de voces o modos de habla, encontramos que aparecen a la manera de la *interrupción* palabras o expresiones que remiten a la jerga militante feminista, al registro coloquial y al registro poético. Pasamos entonces luego a pensar en la mezcla entre lo teórico y lo poético y describimos metáforas, analogías, comparaciones y enumeraciones que aparecen en los textos del corpus, enrarecen el lenguaje y proponen otros modos, menos precisos y unívocos, de significación.

Por último, agregué otros procedimientos que ponen el foco en elementos más pequeños de la lengua, como aquellos que permiten formar palabras nuevas y específicos signos ortográficos. La emergencia de palabras nuevas para transformar y adaptar el lenguaje a las necesidades de las investigaciones feministas es algo que aparece en los textos del corpus analizado. Las palabras nuevas pueden surgir por procesos morfológicos convencionales de derivación y composición, a través de la alteración de la palabra por acercamiento fonético y semántico con otra o por medio de préstamos de otrxs autorxs. Luego describí un procedimiento que aparece a menudo en este tipo de investigaciones y se relaciona con el empleo de la barra inclinada y los paréntesis con el propósito de señalar opciones no excluyentes entre sí. Denominé a este procedimiento *permeabilidad de la ambigüedad*. Y finalmente, el uso de las comillas les sirve a quienes escriben en estas investigaciones para distanciarse de los significados inmediatos de ciertas palabras, poner el foco en ellas y sugerir una crítica (re-visarlas, según propone Rich, 1983).

Los procedimientos y recursos señalados en este capítulo no intentan conformar un grupo estanco y absoluto de cómo puede constituirse otro tipo de escritura en la academia. Sólo me limito a describir lo que aparece en un recorte determinado de textos y a ensayar relaciones posibles entre estas decisiones retóricas y las formas de hacer ciencia que proponen las epistemologías feministas. Seguramente, muchos tuerces y

retuerces de la lengua hegemónica quedan afuera de este trabajo, ya puestos en papel o aún por imaginar.

Capítulo 6: La re-versión de la diferencia sexual en el lenguaje

El hombre universal no es una construcción lingüística sino filosófica y política.

Marcela Lagarde, *El castellano, una lengua de caballeros*

¿Cómo puede una mujer concebir tomar parte activa en un sistema de representación basado en su exclusión e invisibilidad, en la silenciosa aquiescencia y aceptación de su no-existencia como sujeto?

Giulia Colaizzi, Feminismo y Teoría del Discurso

La lengua nunca es neutra: ésta no sólo nos revela los rasgos de los sujetos que la componen, sino que en su organización más profunda, en su mismo «cuerpo» sintáctico nos habla de afectos, pasiones, omisiones, nos cuenta la historia de nuestra propia identidad.

Patrizia Violi, *El infinito singular*

¿Hablamos el lenguaje de los hombres o el silencio de las mujeres?, acucia Teresa De Lauretis (2000) y es un mirarnos las caras con las amigas Patrizia, Giulia, Marcela. Cada una dijo lo suyo y capaz que ahora me toque hablar a mí. Teresa se adelanta y responde que hablamos ambos y que ésta es la gran contradicción o paradoja del discurso feminista. Las mujeres debemos re-versionar el lenguaje, aprender a hablar fuera de la estructura falocéntrica. Pero ¿puede hablarse por fuera del lenguaje? ¿Existe ese afuera? Recordamos y adscribimos con el filósofo Hans-Georg Gadamer (1992[1965]), cuando dice que “el enigma más profundo que el lenguaje propone al pensamiento” (p. 147) es que sólo podemos pensar dentro del lenguaje. Es verdad que nos confundimos un poco al comienzo, porque su ensayo se titula *Hombre y lenguaje* y quizá no hablaba

de nosotras, quizá las mujeres podíamos articular efectivamente un pensamiento por fuera de la herramienta lingüística, pero al final no. Hablaba de la humanidad en general.

Así es que estamos ante un problema. Patrizia Violi (1991) manifiesta que en el lenguaje no se presenta a los sujetos masculino y femenino como dos sujetos autónomos y diferenciados, sino que a uno (masculino) se le da la palabra y la posición de sujeto, mientras que al otro (femenino) se lo simboliza como objeto, término derivado, la negación. La relación de las mujeres en el lenguaje es intrínsecamente contradictoria, afirma esta pensadora, porque nos vemos obligadas a usar un sistema de representación y expresión que nos excluye y nos niega. ¿Cómo una mujer puede concebir tomar parte activa en este sistema de representación?, repregunta Giulia Colaizzi (1990). ¿Es el lenguaje necesariamente fálico o hay otras formas de leer e inscribir la otredad de las mujeres?

Para Colaizzi, el lenguaje no son sólo palabras; es ante todo discurso, “un principio dialéctico y generativo a la vez, que remite a una red de relaciones de poder que son histórica y culturalmente específicas, construidas y, en consecuencia, susceptibles de cambio” (1990, p. 20). Su status es más político, que inmanente. El carácter histórico-político de las estructuras las convierte en susceptibles de cambio. Violi (1991) nos instruye acerca de que el masculino como genérico aparece recién en el siglo XVII y se adopta como uso común en 1746. ¿Cómo esto puede entonces devenir ley? A todas se nos vienen las palabras de Audre Lorde (2003): las herramientas del amo no desmontarán la casa del amo. ¿Cómo puede entonces construirse un lenguaje que no ponga al masculino en el centro, relegándonos a las mujeres a la periferia?

Teresa De Lauretis, como es su estilo, propone: “elaborar e inventar prácticas de lenguaje en las que el género no se vea suprimido ni desmaterializado en la misma discursividad, sino reivindicado y negado al mismo tiempo, afirmado y cuestionado, deconstruido y reconstruido” (2000, p. 18). Al igual que Violi, las dos autoras coinciden en no ocultar la diferencia sexual en el lenguaje en aras de un pretendido universalismo, porque ya sabemos quiénes salen perdiendo. Pero tampoco se trata de reproducir y reforzar el binarismo de género, por eso De Lauretis invita a reivindicar y negar, afirmar y cuestionar a la vez. Por su parte, Violi propone que deben buscarse formas para expresar la diferencia sexual en el lenguaje, anclar los sujetos y romper los dualismos.

Las mujeres deben poder representar su singularidad específica en el lenguaje y no sólo ser tomadas en su carácter universal (esencial) o como inmediatamente particular (como un dato empírico entre otros). Las lenguas se humanizan cuando expresan la heterogénea multiplicidad de experiencias de sus hablantes, afirma la antropóloga y política mexicana Marcela Lagarde (1997)⁵³. En cambio, pueden más vale debilitarse y desaparecer cuando las normas no se corresponden con los usos y las necesidades emergentes de los hombres y las mujeres que las hablan, que imaginan y piensan a través de ellas.

La operación discursiva desarrollada en este capítulo trata sobre buscar una re-versión de los modos en que se expresa hoy la diferencia sexual en el lenguaje. Adscribiendo a lo que sostiene Violi, no se trata de neutralizarla, ya que forma parte de las estructuras básicas de la conciencia humana. Se trata entonces de buscar una nueva versión de la forma en que se representa y construye la diferencia sexual en el lenguaje, otro modo de expresión que no contribuya a la negación de las mujeres y de otras identidades no binarias. Cuando hablo de *re-versión* lo hago en el sentido de *re-versionar*, de buscar una nueva versión, pero podría pensarse (aventurarse) una *reversión* en el sentido de *revertir*, de volver a un estado anterior. Quién sabe, quizá antes del patriarcado, se hablaba de otra manera. Me gusta que puedan coexistir los dos sentidos en esa palabra.

A diferencia de las operaciones discursivas presentadas en los otros capítulos, la búsqueda por re-versionar la diferencia sexual en el lenguaje trasciende violentamente las fronteras de la academia y ha sido, en los últimos años, bandera de lucha en distintas esferas de la práctica humana (medios, política, educación, moda, arte, la más íntima cotidianeidad), así como blanco preferido de insospechados y múltiples detractores. Quizá lo más escandaloso de su propuesta es la intervención sobre estructuras gramaticales de la lengua de antiquísima formación, componentes medulares de la estructura sintáctica que lo es de la lengua y lo es de la forma en que pensamos. Advertir que el lenguaje es androcéntrico no nos ha sido fácil y ha llegado a nosotras como una

⁵³ El artículo escrito por Marcela Lagarde no tiene fecha de publicación original, pero hace alusión al / *Congreso Internacional de la Lengua Española*, celebrado en Zacatecas (México) en 1997, en el cual hicieron discursos de inauguración tres Premios Nobel (Octavio Paz, Gabriel García Márquez, Camilo José Cela), el rey de España (Juan Carlos I) y el Presidente de México vigente (Ernesto Zedillo Ponce de León), los “caballeros” en el texto de Lagarde, quienes rinden homenaje a la lengua española, masculina e imperial.

revelación. La posibilidad de una lengua nueva no es algo que vislumbremos a corto plazo, pero todo intento de crítica, de hablar a regañadientes, de usar pero retorciendo, nos permite cierto grado de honestidad para con nosotras mismas y la teoría que sostenemos.

En el primer apartado de este capítulo, hago un repaso por algunas terminologías similares o equivalentes con que se ha abordado este fenómeno lingüístico desde los feminismos y estudios de género. Luego, describo los procedimientos vinculados a esta operación que identifiqué en los artículos observados: procedimientos reformistas (la evasión del masculino genérico a través de recursos propios de la lengua aceptada), procedimientos radicales (el desdoblamiento, la propuesta de las variantes morfélicas *e* y *x* y la intervención sobre epicenos y sustantivos comunes en cuanto al género) y el cuestionamiento explícito del androcentrismo lingüístico.

6.1 Sexismo en el lenguaje, androcentrismo lingüístico y lenguaje inclusivo

La preocupación por cómo el lenguaje reproduce las estructuras patriarcales ha sido exclusiva de los estudios de género y las investigaciones feministas⁵⁴. Desde la década de 1970, los trabajos que cruzan lengua y género han buscado caracterizar cómo el sexismo se manifiesta en el lenguaje y han planteado estrategias para frenarlo. El sexismo lingüístico, definido en líneas generales como la discriminación en el lenguaje en razón del sexo, tiene diferentes aristas. Como indica Diana Maffía (2010), el lenguaje puede ser violento y discriminatorio de distintas maneras, desde las más visibles (como los insultos) hasta las menos visibles (como el masculino genérico que deja a las mujeres y disidencias afuera). Para esta autora, “cuando hablamos de violencia sexista hacemos eje en las relaciones de poder entre los sexos y el sistemático disciplinamiento de un sexo sobre otro” (p. 4). Una de las estrategias más reconocidas de análisis feminista sobre el sexismo en el lenguaje son los duales aparentes. María de los Ángeles Calero (1999) los describe como aquellas palabras de misma raíz léxica que, al añadirse la variante morfélica de género, adquieren significados diferentes, siempre negativos –y

⁵⁴ Violi (1991) ha documentado extensamente cómo los antropólogos y lingüistas del siglo XX han construido sus teorizaciones con sesgos de género. De hecho, ella refuta la tesis arbitraria con respecto a la relación entre categorías gramaticales y experiencia que han sostenido todos los estudiosos del lenguaje (véase el capítulo 2 de *El infinito singular*).

mayoritariamente sexuales— cuando se trata de la variante femenina. Ejemplos de estos pares son: *zorro / zorra, hombre público / mujer pública, fulano / fulana*, etc.

Ahora bien, los géneros académicos, al ser géneros conceptuales y emplear un registro formal, no presentan las formas más visibles de la violencia sexista. El desafío mayor que se les presenta a las académicas feministas es desmontar el androcentrismo lingüístico. Según Mercedes Bengoechea (2008), “el androcentrismo verbal se identifica en primer lugar por el lugar de la enunciación (el cuerpo del hombre), la perspectiva desde la que se habla (la mente del varón), la mirada (masculina) que se adopta” (p. 38). Al ser el hombre el centro de la enunciación y el prototipo de la representación humana, aparecen en el lenguaje expresiones masculinas que se emplean como genéricas, resultando en la invisibilización de las mujeres. Lo femenino se vuelve objeto, término marcado, como desarrolla Patrizia Violi (1991). El androcentrismo lingüístico no sólo se reproduce mediante el empleo del masculino genérico, sino también cuando se prohíbe feminizar algunos sustantivos o los nombres de algunas profesiones (*sujeto, testigo, miembro, árbitro, médico*) o cuando se antepone la palabra *mujer* a dichas profesiones⁵⁵.

Se han realizado en las últimas décadas numerosas iniciativas para evitar que el lenguaje que se emplea en textos académicos, científicos y administrativos de las universidades reproduzca opciones androcéntricas⁵⁶. Se propone, entre otras estrategias, el empleo del desdoblamiento (la especificación de la versión masculina y la versión femenina de cada sustantivo, ejemplo: *los trabajadores y las trabajadoras*); la elección por sustantivos colectivos (*el estudiantado*), abstractos (*la dirección*) o epicenos (*la víctima*); el uso de construcciones perifrásticas (*las personas discapacitadas*) o la aposición

⁵⁵ La noción *androcentrismo lingüístico* carece de precisión etimológica, sin embargo, empleo aquí dicho término a falta de otras palabras. Queda pendiente un estudio más profundo sobre el tema y la propuesta de nuevas categorías. Según la estudiosa española Amparo Moreno Sardá (2020), el término *andrós* refiere en griego a ciertos varones privilegiados que recibían una instrucción particular para considerarse líderes y superiores y por lo tanto imponer relaciones sociales de dominación según sus propios intereses. El androcentrismo, para esta autora, se define como una “forma de pensamiento y explicación que sitúa en el centro solo a algunos hombres, varones adultos de pueblos y clases dominantes [...] y los representa simbólicamente como si fueran superiores al resto de seres humanos” (p. 33). Si tomamos en cuenta esta definición basada en la etimología, el término *androcentrismo* serviría para describir un tipo de pensamiento o actitud, pero no se ajustaría a lo que sucede con el masculino genérico en el lenguaje.

⁵⁶ Rivera Alfaro y Cuba (2021) mencionan dos importantes organizaciones anglófonas que en la década de 1970 incorporaron prescripciones acerca del lenguaje no sexista en sus guías de estilo: la Modern Language Association y la American Psychological Association (p. 23). Para mi investigación, consulté los manuales de estilo de la Universidad Nacional de Cuyo, Universidad Nacional de Rosario, Universidad de Jaén (Susana Guerrero Salazar) y Universidad de Alcalá (Mercedes Bengoechea).

aclaratoria *tanto mujeres como hombres*; la omisión del artículo acompañando sustantivos comunes en cuanto al género (*jóvenes, estudiantes*); la opción por pronombres y determinantes comunes (*quienes, cada*); el reemplazo de expresiones con presupuestos sexistas (*jefe de hogar*); la elección de construcciones pasivas con *se* que ocultan el sujeto (*cuando se solicite* en vez de *cuando el alumno solicite*), entre otras.

Sobre el concepto *lenguaje inclusivo*, existe un desacuerdo con respecto a qué refiere. Están quienes consideran que el lenguaje inclusivo integra todas las estrategias que buscan combatir el androcentrismo lingüístico y el binarismo de género (INAES, 2021; Rivera Alfaro y Cuba, 2021; Martínez, 2021) y quienes consideran que sólo refiere al empleo de distintas variantes morfémicas no binarias (e, x, @, *, i e incluso la omisión total de símbolo donde debería marcarse el género) (Bonnin et al., 2022; Lagneaux, 2017; Gil, 2020; Tosi, 2021; Moreno Esparza y Ortega Garay, 2021⁵⁷). En la sociedad argentina actual, en general cuando se habla de lenguaje inclusivo se lo hace según esta segunda acepción, por lo que el término se encuentra densamente cargado tanto de alabanzas como de demonizaciones. Entiendo que darle un nombre a este fenómeno lingüístico y retórico contra-hegemónico ayuda a dotarlo de existencia (existencia con la que ya cuenta, sería extraño encontrar a alguien que no sepa qué es el lenguaje inclusivo y que no tenga ya una opinión al respecto). Pero también puede ser estratégico suavizar las marcas negativas del término considerando la primera acepción, aquella que se refiere al lenguaje inclusivo como aquel que integra diversos procedimientos (algunos que están dentro de la norma, otros que caen fuera) para evitar el masculino genérico y el sexismo lingüístico en general. Considero que es una forma de hacer pasar el concepto por distintos ámbitos, por eso adhiero a esta acepción (sobre todo en el contexto político actual).

Silvia Rivera Alfaro y Ernesto Cuba (2021) observan que el lenguaje inclusivo puede significar una oportunidad epistemológica en la escritura académica. Consideran que el empleo de este lenguaje es una política lingüística que ocurre en múltiples direcciones: de arriba hacia abajo (a través de políticas editoriales e institucionales), pero también

⁵⁷ Moreno Esparza y Ortega Garay (2021) hablan de *lenguaje incluyente* para hacer referencia a las variaciones ortográficas que evitan el masculino genérico y el binarismo de género a través de formas no aceptadas por la norma. Las consideran *giros heterográficos*. *Inclusivo* e *incluyente* funcionarían aquí como sinónimos.

de abajo hacia arriba (por medio del reclamo de los movimientos sociales). Realizan una distinción entre políticas reformistas y políticas radicales. Las primeras harían referencia a aquellos procedimientos que buscan evitar el sexismo lingüístico a través de los recursos de la propia lengua, aquellos permitidos por las instituciones normativas (la Real Academia Española, en nuestro caso, e instituciones específicas que regulen en cada publicación, como universidades, editoriales, etc.). Las políticas radicales incluirían aquellos procedimientos que evitan el sexismo innovando sobre los mismos elementos del sistema, a contrapelo de lo que indica la norma (es el caso del empleo de las variantes morfémicas *e*, *x*, *@*, ***, *i* y omisión de símbolo). En todos los casos, la perspectiva de género en la escritura permitiría ampliar y revisar la propia producción de conocimiento. Concluyen en que el empleo del lenguaje inclusivo no debe ser una práctica automática y acrítica, sino que tiene que servir para repensar nuestras prácticas científicas.

6.2 Procedimientos reformistas

A partir de la distinción que realizan Rivera Alfaro y Cuba (2021), describo en este apartado los procedimientos reformistas observados en el corpus de estudio, es decir, aquellos recursos con los que ya cuenta la lengua aceptada por las instituciones normativas y que ayudan a evitar el masculino genérico y otras expresiones sexistas. La principal institución normativa que se adjudica (y le adjudicamos) el poder de decidir qué entra y qué no en el español “bien hablado” es la Real Academia Española, institución creada en España en 1713. El propósito con el que se creó dicha institución fue controlar la diversidad que la lengua española iba manifestando a lo largo y a lo ancho de los países colonizados. Bajo el criterio de elegir opciones más “correctas”, “precisas” o “elegantes”, lo que en realidad siempre elige la RAE es la variedad del español que hablan los sectores medios y altos de Madrid. A pesar de su carácter poco neutral y científico, muchas instituciones que toman decisiones sobre las permisiones y prohibiciones lingüísticas la consideran autoridad y emplean sus prescripciones para construir sus normativas lingüísticas (universidades, editoriales, medios de comunicación, sectores administrativos, ámbito gubernamental).

Una tecnología de escritura académica feminista, aunque adscribe a la crítica de la estandarización de la lengua y del poder que se adjudican ciertas instituciones a través

de las regulaciones lingüísticas, puede a veces elegir emplear exclusivamente los procedimientos reformistas, porque pasan desapercibidos y así sus textos son aceptados y empiezan a formar parte de la cultura. Aunque en el momento de escritura, la búsqueda de expresiones que evitan el masculino genérico puede enlentecer el proceso y resultarnos extraña porque no era con esas palabras como surgió una idea en un principio, para quienes leen nuestro texto ese esfuerzo resulta imperceptible. Es más, me atrevo a decir que lo que más llama la atención ahora en ciertos circuitos de producción discursiva es justamente la aparición del masculino genérico, ya que es una marca específica en el papel, puede señalarse y criticarse. En cambio, la evasión de este uso genérico a través de distintos mecanismos es un modo de ocultación imperceptible e improbable. No puede corroborarse que pensaste de una forma y decidiste escribirlo de otra por razones políticas e ideológicas. Nadie obliga hoy a usar *hombre* en vez de *humanidad*.

En los 25 artículos que conforman el corpus de estudio de esta investigación, nunca se empleó el masculino como genérico y siempre se utilizaron procedimientos reformistas para evitarlo (de manera consciente o inconsciente, no lo sabremos). Sólo en cinco artículos⁵⁸ se optó por emplear exclusivamente procedimientos reformistas para evadir el masculino genérico y la concepción binaria de los géneros (a pesar de que las convocatorias de publicación se mostraban especialmente abiertas a la elección de políticas lingüísticas radicales). Sin intención de ser exhaustiva⁵⁹, anoto a continuación algunos ejemplos de recursos empleados.

- *Empleo de sustantivos colectivos no sexuados*: “la humanidad” (Ariza, 2018, p. 8), “gentes indígenas” (Bach, 2018, p. 1).

⁵⁸ Los correspondientes a Cabrera (2020), Szaszak Bongartz (2020), Garton (2020), Ariza (2018) y Garzón Martínez (2018).

⁵⁹ Pueden consultarse una gran cantidad de manuales de estilo para un lenguaje no sexista o inclusivo promovidos por las universidades, pero también por distintos organismos. Hemos citado en este estudio la Guía de Recomendaciones para Lenguaje Inclusivo del Instituto Nacional de Asociativismo y Economía Social (INAES, 2021), las Recomendaciones para un Uso No Sexista en el Lenguaje y para la Redacción de la Revista Millcayac de la Universidad Nacional de Cuyo y otros (ver nota 4 en este mismo capítulo).

- *Elección de sustantivos abstractos*: “las infancias” (Cabrera, 2020, p. 10), “personalidades de diferentes sectores” (Gil y Morales, 2020, p. 5), “lo humano” (Ariza, 2018, p. 8).
- *Opción por sustantivos comunes en cuanto al género (y omisión del artículo)*: “...entre gimnastas...” (Pastorino Barcia, 2020, p. 25), “...contactarse con colegas...” (Vicens, 2020, p. 331), “...y familiares de víctimas...” (Gil y Morales, 2020, p. 5).
- *Elección de sustantivos epícenos*: “...entre pares...” (Pastorino Barcia, 2020, p. 25), “una persona víctima de abuso” (Pastorino Barcia, 2020, p. 13).
- *Uso de pronombres relativos en construcciones subordinadas*: “...relación desigual de poder de quien abusa, frente a quien es víctima” (Pastorino Barcia, 2020, p. 13); “...quienes parten de la interrelación entre lengua, pensamiento y realidad...” (Gil y Morales, 2020, p. 8).
- *Empleo de formas metonímicas*: “...prácticas abusivas sobre los cuerpos durante los entrenamientos...” (Pastorino Barcia, 2020, p. 10).

6.3 Procedimientos radicales

Por otro lado, nos encontramos con procedimientos radicales que buscan eliminar el sexismo del lenguaje a través de recursos que innovan sobre los mismos elementos del sistema y que no son admitidos por las instituciones que regulan y normativizan la lengua (Rivera Alfaro y Cuba, 2021). El empleo de estos procedimientos se presenta entonces como una elección riesgosa para quienes escriben en la academia ya que sus textos podrían verse excluidos de ciertos circuitos de producción discursiva al no adaptarse a lo que establece la norma lingüística. Al ser los más llamativos⁶⁰, son empleados en menor medida que los procedimientos descriptos en el apartado anterior. De igual manera, su elección en el ámbito académico se ha incrementado notoriamente en los últimos años (Tosi, 2021).

⁶⁰ *Llamativos* en el doble sentido que le da Molloy (2002): los más escandalosos e interpeladores.

Este tipo de procedimientos son empleados en 20 artículos de los 25 que integran el corpus de estudio. No sorprende la cantidad, ya que las condiciones de circulación y recepción de dichos textos se muestran especialmente propicias para que estos procedimientos radicales sean aceptados junto con los textos que los sostienen. Encontramos en los textos que integran el corpus de estudio el empleo del desdoblamiento, el uso de las variantes morfémicas *e* y *x* y la intervención sobre epícenos y sustantivos comunes en cuanto al género.

Desdoblamiento. El desdoblamiento es quizás el menos radical de estos procedimientos y se emplea en el lenguaje internacional desde finales de la década del setenta. Hace referencia a la mención de la versión femenina junto a la masculina en cada sustantivo, adjetivo o artículo que refiera a personas de ambos sexos. Con esta medida, se aboga por la visibilización de las mujeres, a costa es cierto de la máxima de economía del lenguaje. Actualmente, la RAE (s.f., «Los ciudadanos y las ciudadanas», «los niños y las niñas») se expide acerca de este tema considerando como “artificiosos e innecesarios desde el punto de vista lingüístico” a estos procedimientos. Prescribe que “deben evitarse estas repeticiones, que generan dificultades sintácticas y de concordancia, y complican innecesariamente la redacción y lectura de los textos”. Asimismo, y siguiendo los lineamientos de esta institución imperial, el actual vocero presidencial argentino Manuel Adorni anunció en febrero de 2024 que se prohíben en textos administrativos del Estado argentino todas las versiones de lenguaje inclusivo (entendiendo esto como el desdoblamiento y las variantes con *e*, *x* y arroba) (La Voz, 2024).

Desdoblar significa separar algo formando dos elementos semejantes (RAE, s.f., definición 2), pero también contiene el sentido de desenrollar, desplegar, extender algo que estaba doblado (RAE, s.f., definición 1). En este segundo sentido, podemos entender que el masculino genérico contiene y, a la vez, oculta o hace pasar desapercibidos, no sólo al femenino sino a otras identidades que no se consideran ni bajo el sentido de lo masculino ni bajo el de lo femenino. No se trataría entonces de una duplicación, de sumas o repeticiones, sino de mostrar lo que estaba compacto, lo que está debajo de los pliegues. Con el advenimiento reciente de las variantes morfémicas *e* y *x*, entre otras, no como suma de la *a* y la *o* sino como una tercera opción no binaria, el desdoblamiento se despliega aún más y es posible encontrar expresiones del tipo “otros, otras, otros”

(Fernández Hasan, 2020, p. 9) o “del/la/le referente” (Gil y Morales, 2020, p. 9), aunque no en todos los artículos.

En la mayoría de los textos analizados, cuando se opta por el recurso del desdoblamiento, se lo hace de forma binaria. Algunos ejemplos son:

“sabemos todas y todos” (Punte, 2020, p. 409)

“la reconstrucción de un archivo de autor y de autora” (Charrúa, 2020, p. 469)

“...la integridad de los y las gimnastas... los y las entrenadores/as, jueces/as” (Pastorino Barcia, 2020, p. 13)

“chilenos y chilenas” (Cabello Escudero, 2020, p. 46)

“palabras alusivas de alguna o algún docente” (Queirolo, 2020, p. 1)

“lectores y lectoras” (Pita, 2020, p. 1)

“los/las que íbamos siendo” (Calafell Sala, Ruiz y Prato, 2020, p. 4)

“las y los sujetos” (Guerra Pérez, 2020, p. 3)

Como podemos observar, este recurso se manifiesta en el agregado de la versión femenina del sustantivo y en el agregado de la versión femenina del artículo, pronombre o adjetivo que esté acompañando. Pueden desdoblarse las versiones femeninas de todas las palabras de la expresión o sólo de algunas y puede emplearse como nexo de unión de las versiones el coordinante y o el signo de la barra inclinada (/) señalando opciones.

Las variantes morfélicas e y x. Encontramos en la gran mayoría de los artículos que conforman el corpus de estudio la elección de las variantes morfélicas *e* y *x* reemplazando tanto a la *o* del masculino genérico como a la femenina *a*. Como ya se dijo, esta decisión retórica no responde tanto a la necesidad de reemplazar el masculino genérico cuidando la economía del lenguaje, sino a representar en la lengua a las identidades no binarias. Este recurso plantea un cambio radical en la lengua, porque busca modificar estructuras gramaticales cerradas. No se trata del mero agregado de un elemento léxico al diccionario, sino de la revisión de las reglas gramaticales del español. Por esto mismo es que resulta tan amenazante y, por ende, tan combatido por ciertos

sectores más bien conservadores. Se trata de una intervención radical en el sistema de la lengua, pero también implica posturas políticas, visiones de mundo, disputa de identidades y poderes. Como bien dice la RAE, “se funda en razones extralingüísticas” (s.f., «Los ciudadanos y las ciudadanas», «los niños y las niñas»), al igual, necesario agregado, que la decisión por el masculino genérico.

Algunos ejemplos encontrados con la variante morfé mica x son:

“educar a otrxs” (Vicens, 2020, p. 311)

“un homenaje a lxs traductores” (García, 2020, p. 441)

“Storni se integra a un número impreciso de escritorxs y periodistxs” (Diz, 2020, p. 341)

“Ni víctimas ni delincuentes, son sobrevivientes que también se muestran como sujetos afectivxs, deseantes, históricxs, insertxs en una comunidad materialmente imaginada” [en resumen] (Cabezas y Penacini, 2020, p. 365)

“...tanto en la posición de sujetxs de investigación, es decir como investigadoras, y como objetxs de estudio” (Ibarra, 2020, p. 89)

Algunos ejemplos que utilizan la variante morfé mica e son:

“...contra les manifestantes” [en nota al pie] (Cabello Escudero, 2020, p. 47)

“les hablantes” (Gil y Morales, 2020, p. 11)

Como puede observarse, el empleo de estas variantes aparece incluso en los resúmenes que son, como ya se dijo, espacios paratextuales de riesgo para quienes escriben, porque se configuran como la vidriera del artículo. Observamos también que el empleo de esta variante puede darse tanto en sustantivos como en artículos, adjetivos y pronombres. También, vemos que llega a emplearse incluso en sustantivos epicenos o comunes en cuanto al género, como *sujeto* y *objeto*, lo que nos lleva al último de los procedimientos radicales hallados.

Intervención sobre epicenos y sustantivos comunes en cuanto al género. Existen sustantivos comunes en cuanto al género, como *estudiante*, *representante* o *colega*, que no varían en su morfología según se refieran a una mujer o a un varón, aunque sí varían los artículos, pronombres o adjetivos que concuerdan con él (decimos *la estudiante* o *el*

estudiante, según el género de la persona a la que refiramos). Por otro lado, existen los sustantivos epicenos, aquellos que sirven a ambos géneros y no varían ni en su morfología ni en la concordancia que mantienen con otras palabras (decimos *la persona llevada a juicio*, sea una mujer o un varón). Claro que estas clasificaciones y las palabras que entran en cada agrupación no son esenciales ni estancas, sino que han variado a lo largo del tiempo y según las necesidades de quienes hablan las lenguas. La discusión que se generó en torno a si se decía *la presidente* o *la presidenta* Cristina Fernández de Kirchner⁶¹, herida que no termina de cerrar para los patriarcas del lenguaje, es un ejemplo de cómo las palabras van mudando sus características según las condiciones históricas. En este escrito, he arremetido varias veces contra el sustantivo de género común *testigo*, proponiendo su versión femenina. Esta insistencia no reside sólo en lograr la visibilización de las mujeres en el lenguaje, sino en que esa limitación del sustantivo representa el descarte histórico de la palabra de las mujeres.

En los artículos que conforman el corpus, encontramos algunos casos en que se ha intervenido en epicenos y sustantivos comunes en cuanto al género, en franca rebeldía contra las normas de la RAE, creando nuevas palabras o transformando las características de los términos intervenidos. Tal es el caso de:

“las actoras” (Álvarez Litka, 2020, p. 60)

“las referentas” (Fernández Hasan, 2020, p. 3)

“sujetas políticas” (Charrúa, 2020, p. 460)

“las sujetos racializadas y esclavizadas (...) de la sujeto” (Guerra Pérez, 2020, p. 7)

“en un tipo de sujeta” (Guerra Pérez, 2020, p. 9)

Y también su versión no binaria:

“sujetxs de investigación (...) objetxs de estudio” (Ibarra, 2020, p. 89)

⁶¹ Ver a propósito la respuesta de la RAE del 22 de enero del 2020 en https://www.lagaceta.com.ar/nota/832356/actualidad/rae-le-dio-razon-cristina-es-correcto-decir-presidenta.html?gad_source=1&gclid=Cj0KCQiArby5BhCDARIsAJvjlSUowQFK2btWGwHfMI-bs14KcuX7wgNLCeZRY9J8BwWS62vaNJPObwaAv94EALw_wcB

Observamos, por ejemplo en el caso del término *sujeto*, que no termina de haber un acuerdo entre las autoras⁶² acerca de si deja sólo de ser epiceno (*las sujetos racializadas*) o si deja de ser también sustantivo común en cuanto al género (*sujetas políticas*). Además, se nota cierta insistencia en particular con palabras que semánticamente construyen la cualidad de agencia sobre las personas a quienes refieren (*actoras, sujetas, referentas*). No se busca realizar esta intervención sobre palabras epicenas de género femenino o aquellas que remitan a roles o cualidades que no estén en disputa (*persona, víctima*).

6.4 Cuestionamiento explícito del androcentrismo lingüístico

Además de estos procedimientos para modificar el lenguaje androcéntrico con que escribimos en la academia, aparecen también reflexiones, aclaraciones o críticas explícitas de cómo el lenguaje reproduce las características patriarcales de nuestra sociedad (el androcentrismo, la violencia sexista, el binarismo de género). En uno de los artículos (Gil y Morales, 2020), el tema es abordado como objeto de estudio, por lo que todo el texto es una descripción, análisis y argumentación alrededor del lenguaje no sexista e inclusivo. Pero también aparecen aclaraciones metodológicas en cuanto a la elección de formas inclusivas de escritura en el propio texto y otros cuestionamientos al lenguaje que emergen al margen, como una digresión.

Como aclaración metodológica. En Ibarra (2020), leemos en nota al pie:

El artículo está redactado en lenguaje inclusivo, no sexista. En este sentido, se utilizará de aquí en adelante la “X”, a fin de evitar caer en modelos binarios hombre / mujer, e incluir otras identidades sexuales cuando nos referimos a grandes poblaciones. (p. 89)

En esa nota, la autora justifica la elección que realiza en todo el artículo de la variante morfémica x. La aclaración del empleo de lenguaje inclusivo y su justificación pueden aparecer también en el apartado metodológico del artículo, junto a otras decisiones de escritura.

⁶² No tendría por qué haberlo. Se trata de *interrucciones* (flores, 2017), opciones retórico-políticas que no están normadas en ningún lado. Con su empleo no se busca una lengua correcta, sino una lengua desbordada.

Cuestionamientos explícitos. En el mismo texto, Ibarra sostiene que el fútbol presenta un supuesto universal que presupone como únicos sujetos legitimados para su ejecución, narración e investigación a los varones.

...es por eso que cuando es jugado por mujeres se apela a su apellido “femenino”, denotando de antemano que ellas son actrices marginales y subsidiarias. Un desafío, o tal vez una invitación desde una mirada de género, puede ser comenzar a nombrar al fútbol sin agregados: el fútbol es tal, tanto para varones, mujeres y personas disidentes. (p. 91)

En este cuestionamiento que realiza la autora acuerda con muchos de los documentos que contienen recomendaciones y guías para la utilización del lenguaje inclusivo. En estos, se sugiere evitar el agregado del término *mujer* en construcciones como *las mujeres abogadas* o *las socias mujeres*, lo cual implicaría una redundancia y reforzarían la marca sobre todo lo femenino. Al decir *fútbol femenino* estaríamos reforzando la idea de que cuando escribimos *fútbol* a secas hacemos mención a fútbol de varones.

Un cuestionamiento similar aparece en Charrúa (2020). En este artículo, la autora estudia las historias de la literatura argentina y cómo allí se ha invisibilizado a las escritoras o se las ha marcado como particulares, al componer un capítulo especial denominado “escritoras mujeres”.

A primera vista, hablar de “escritoras mujeres” parece ser redundante ya que si alguien dice “escritoras”, por cómo funciona nuestro sistema nominal, se desprende que son mujeres o, mejor dicho, identidades entendidas y asociadas socialmente como pertenecientes al género femenino. (pp. 457-458)

El hecho de que quienes armaban estas historias de la literatura hayan tenido que reforzar la denominación con un doble femenino le hace interpretar a Charrúa que la categoría *mujer* mucho tenía que ver con el modo en que se leía a estas escritoras y cómo se las reunía, al parecer, con la obligación del cupo.

En un artículo sobre la dicotomía de los sexos desde una perspectiva cerebral, Ciccio (2018) explica en una nota al final por qué insiste en usar el término *hombre* y no *varón*:

...el término hombre, palabra poderosa que no debe ceder la producción académica feminista, debe perder el peso de universalidad: el uso sistemático del par hombre-mujer persigue dicho fin, visibilizando que ambos son términos particulares. (p. 16)

Cuestionamiento a través del empleo de comillas. En relación a esta discusión, un último recurso que podemos interpretar en relación al cuestionamiento del androcentrismo lingüístico es el empleo de comillas para distanciar la voz y la mirada de quien escribe de la pretendida universalidad de ciertos términos masculinos. Por ejemplo, leemos en uno de los artículos: “Grosz adopta la hipótesis foucaultiana del descentramiento de la humanidad que produjeron las teorías copernicanas, freudianas y darwinianas, las que conmovieron la centralidad con la que ‘el hombre’ se percibía a sí mismo en el sistema solar...” (Ariza, 2018, p. 6). “El hombre” es la expresión con la que durante siglos los pensadores, masculinos en su mayoría, hablaba de la humanidad, incluyendo a las mujeres como segundonas, como apéndices de la humanidad de los varones. A través de los signos de las comillas, la autora puede aludir al discurso patriarcal, pero marcando a la vez su desacuerdo.

Revertir o re-versionar la diferencia sexual en el lenguaje es una empresa que excede a la tecnología de escritura académica feminista, pero que sin embargo no puede dejar de contemplarse desde una mirada epistemológica sobre la escritura ya que el lenguaje es la principal herramienta de la que nos valemos no sólo para acceder y comunicar el conocimiento, sino para construirlo. La discusión ha sido abordada en las últimas décadas desde distintas disciplinas y se han propuesto diversas categorías y procedimientos discursivos para buscar otra versión para la diferencia sexual en la lengua. En el primero de los apartados de este capítulo, revisamos algunas denominaciones que emplea la teoría (sexismo lingüístico, androcentrismo lingüístico, lenguaje inclusivo), las críticas principales que sostiene y algunos de los procedimientos que se proponen para evitar el masculino genérico y otras expresiones sexistas.

Si bien el tema es extenso, en este capítulo nos enfocamos en cómo se las apañan con esta discusión quienes escriben desde investigaciones feministas. En el corpus de

artículos conformado para este estudio, observamos que se emplean muchos procedimientos reformistas —como en la mayoría de textos académicos—, pero además en casi todos se animan a utilizar procedimientos radicales como el desdoblamiento, las variantes morfélicas *e* y *x* y la intervención sobre sustantivos epicenos y comunes en cuanto al género. De todas las variantes morfélicas aparecidas en los últimos años para romper con el binarismo de género (*e*, *x*, *@*, ***, *i*, vacío), vemos que quienes escriben desde investigaciones feministas en la academia eligen, sobre todo, la variante de la *x*. Por último, observamos, en algunos casos, cuestionamientos explícitos al androcentrismo lingüístico, lo que da cuenta de cómo quienes investigan desde los feminismos se hacen cargo de la preocupación acerca del lenguaje y sus sesgos patriarcales.

Puede que hoy, en el contexto político actual de la Argentina, la batalla por el lenguaje incluso esté experimentando un repliegue, como muchos otros frentes sostenidos por las minorías. Puede que también, como algunos aguafiestas predijeron (y no precisamente Sara Ahmed⁶³), fuera utópico pensar que podíamos cambiar a voluntad el sistema de la lengua, como si no estuviera ya ampliamente documentado su comportamiento caprichoso y su libre albedrío. Esto nos jugó en contra, pero también puede jugarnos a favor. No hay leyes ni decretos que un conjunto de sujetos armados con algunos poderes puedan expedir que eviten que se desborde por las comisuras las letras y los símbolos, inapropiados e inapropiables⁶⁴, de lo que pudo desearse, de lo que pudo imaginarse, de lo que nos fue revelado.

⁶³ Hago referencia a la *feminista aguafiestas* que describe Sara Ahmed en *Vivir una vida feminista* (2021).

⁶⁴ El juego de palabras es de Trinh T. Minh-ha, *She, the inappropriate/d other* (1986-87).

Conclusiones: Que se nos rev(b)ele la lengua para saber

¡Ah, si los hombres supieran lo que se encuentra bajo ellos, no hallarían tan simple beber el agua de las fuentes! Porque todo duerme en la tierra y todo despierta de la tierra.

María Luisa Bombal, *La Amortajada*

Cuando la Amortajada se me apareció, me negué a creer su historia, me resistí a pensar que fuera necesario morir para saber. Aunque al final sí entendí algo sobre los umbrales, las cornisas y las puertas que abren. Yo quería escribir un texto que diera a luz conocimientos y la Amortajada se me reía. Nunca mejor citado a César Vallejo: *Quiero escribir, y me sale espuma*⁶⁵. Poeta rabiosa negada a escribir en estándar académico. Mi espectra compañera me dijo que todos los textos portan saberes: a cada texto una intención, un saber y un destino. ¡Pero el conocimiento científico, Amortajada, le repliqué, el método, las convenciones de la academia, la comunidad de sabios! Todo deberá ser revisado, dijo a lo Rich. Vaya oráculo.

Cuando comencé mis lecturas sobre epistemologías feministas quedé encantada porque parecía haber allí una verdad en la que podía depositar mi fe. Al menos era posible empezar a construir frases que unieran conocimiento y fe en otro tipo de relaciones que no fueran antagónicas. Había quienes articulaban, con palabras precisas y razones fundamentadas, algo que me resonaba desde hacía años: detrás de todo sistema de ideas (científicas, religiosas, políticas, filosóficas, estéticas) reside la necesidad de justificar con el *logos* lo que se siente con el cuerpo. Hay un algo inefable que nos mueve hacia ciertas direcciones, que nos atrae hacia unos objetos y nos repele de otros, que hace que apreciemos tal imagen o idea o combinatoria de sonidos y despreciemos otras y no tiene que ver allí la técnica empleada ni nada cuantificable. No sé qué clase de

⁶⁵ Primer verso del soneto *Intensidad y altura* de César Vallejo.

daimones hacen que surja esto inexplicable en nosotrxs. Sé que también puede modificarse con el tiempo y que lo que leemos y aprendemos en la vida, los susurros del *logos* sobre nuestro cuerpo, también lo modifica.

Empezó a ser muy claro para mí entonces que podía existir otro modo de conocer, menos abstracto y contracturado, definitivamente no despersonalizado, e igualmente válido. Era cuestión de encontrar ese *nosotros*, del que habla Braidotti, aquellas personas con las que sintonizara frecuencia y quisiera construir en conjunto las teorías del mundo que imagino. Y ese modo alternativo de conocer, que existía, que siempre había existido pero camuflado bajo distintas máscaras, traía otra escritura. Una lengua no dominada por las abstracciones. Una lengua que no intenta ocultar las personas en su discurso, ni todo su bagaje emocional, contradictorio, ideológico. Una lengua viva, que se permite la transmutación para decir mejor y de otro modo. Una lengua que incluye la diversidad de voces y miradas, que no pretende instalarse como la norma del decir legitimado. Una lengua nómade, que se rebela ante la norma y que, por esto mismo, nos debe ser revelada a cada una de nosotras, cada vez, para no convertirse en regla.

La pregunta que dio pie a esta investigación surge de la intención de saber más acerca de esta lengua. A partir de todo lo leído sobre formas alternativas de conocer que proponen las investigaciones feministas, esboqué una tecnología de escritura académica feminista como modelo conjetural que podía buscarse encastrar en textos académicos feministas, es decir, donde intuimos puede llegar a aparecer, violenta o furtivamente, este espécimen lingüístico. Esta tecnología escrituraria se compone de cuatro operaciones discursivas que se sustentan en postulados claves de las epistemologías feministas y de la teoría feminista y que encuentran en ellas la justificación de su empleo.

Para corroborar que este modelo puede ser un lente posible para observar procedimientos discursivos en los textos, dirigí su mira hacia un corpus de 25 artículos publicados entre 2018 y 2020 en dossiers feministas de cuatro revistas académicas de ciencias sociales y humanidades de nuestro país. El análisis tuvo como objetivo, en primer lugar, descomponer cada operación en los distintos procedimientos que, con efectos diversificados pero siempre orientándose hacia el macroefecto que define a la

operación, se realizan a su vez a través de diversos recursos de la lengua. Un segundo objetivo y crucial para mi investigación fue establecer correspondencias entre las opciones retóricas destacadas y los fundamentos de las epistemologías y la teoría feminista, de modo que todo el trabajo no sólo sirva para saber algo más acerca de la lengua que se nos revela sino también para argumentar en su favor.

La primera operación discursiva me fue sugerida por Donna Haraway y su *testigo modesto*. La denomino *construcción de una figura autoral situada*. Muchxs de quienes escriben a partir de investigaciones feministas se han preguntado (o al menos eso parece a partir de las opciones retóricas elegidas) cómo corresponder su escritura en la academia con la idea de saberes situados de Haraway y de reflexividad para lograr una objetividad fuerte de Sandra Harding. El primer procedimiento señalado no es exclusivo del pensamiento feminista y no llega a satisfacer del todo a la idea de saberes situados, pero significa un primer paso contra el auto-ocultamiento del enunciador: la presencia autoral, que incluye desde las marcas de persona (coincidente y no coincidente), pasando por la construcción de una postura por medio del uso de mitigadores, reforzadores y marcadores de actitud, hasta las formas de interacción con quienes leen.

Un segundo procedimiento en esta operación es el empleo de marcas de situación: de género, sexuales, corporales, raciales, familiares, culturales, ideológicas, geopolíticas, académicas y contextuales de la situación específica de enunciación. Estas marcas pueden aparecer a través de recursos poco riesgosos (como notas académicas en paratexto o por la inclusión de la figura autoral en un colectivo a través de la primera persona plural) o muy riesgosos (marcas explícitas en primera persona coincidente). La consideración de lo afectivo, a través del empleo de marcadores de actitud o de la explicitación de las emociones de quien escribe contra toda norma de escritura impersonal, es un tercer procedimiento que compone a esta operación de figura autoral situada, ya que da cuenta de quien escribe, sus intereses, deseos y animosidad. Finalmente, vinculado a lo anterior pero merecedor de un nombre específico, definí el procedimiento de atención a la reflexividad en el proceso de investigación, en honor al importante aporte de Harding. Considerar los propios intereses en la investigación y convertir al sujeto que investiga en objeto de investigación a su vez se manifestó en la escritura a través de dos recursos: la inclusión de la figura autoral en el colectivo

estudiado a través de la primera persona plural y la construcción de un apartado específico en el texto destinado a considerar la reflexividad.

Continuando con la mirada puesta en las personas del discurso, la segunda operación pone el foco en las voces que traigo a dialogar a mi texto, en las palabras que legitimo al citarlas como autoridad, a la pregunta de con quiénes tramo y entramo los saberes que se van construyendo. Las mendedoras Alejandra Ciriza, Fabiana Grasselli y Sabrina Yáñez me ayudaron a pensar en esta operación que denomino *el entramado de una intertextualidad feminista en función genealógica* y que incluye procedimientos como la selección de autoras mujeres y disidencias para el entramado teórico (trayendo voces también de fuera de la academia), la intención explícita de entamar genealogías feministas, la corporización de las voces citadas, la exploración de otras formas de traer estas voces al propio texto y su puesta en valor. Esta lengua para el saber que busca rebelarse y revelárenos no es un capricho de estilo ni una lengua anómala, sino que se emparenta con otras, tiene su historia, es respuesta a lo que otras personas han pensado y escrito. Establecer genealogías es un imperativo feminista, es una decisión política y ética, es un gesto epistémico. El saber se da en la conversación, inmediata o diferida, con otrxs. La pregunta por quiénes configuran ese otrxs con quien decido dialogar y pensar resulta crucial.

Como tercera operación desarrollo la *exploración de una escritura nómada*, siguiendo los rastros de la Rosi Braidotti. Con esta herramienta me propongo discutir la idea de un único lenguaje presuntamente preciso, unívoco e higiénico para el saber. No existe tal cosa. Existen convenciones, lenguas establecidas como estándares, poderes e instituciones que proclaman lo correcto y lo incorrecto. Sin pretender abolir todo acuerdo (sin significados comunes no nos comunicaríamos), es mi deseo destacar la historicidad y dinamismo de los procesos lingüísticos y semióticos, lo que deriva en su posible transformación. Otra lengua para el saber es posible, de hecho, ya existe y se publica (legítima) en ciertos circuitos. Con escritura nómada me refiero a aquella que no elige un centro (una norma), aquella que reniega del sedentarismo de los significados, aquella que descrea de esencialismos y estructuras inamovibles. Hay un procedimiento discursivo en esta operación que destaco como englobante de todos los otros: la elección por el modo ensayístico. En el ámbito académico, existen distintos géneros

discursivos con variados prestigios según épocas, disciplinas, circuitos y otros factores. La escritura académica ya posee el género con la suficiente flexibilidad para explorar la escritura y el pensamiento nómade. Reactualicemos el ensayo.

Derivados de este procedimiento englobante, destaco otros seis. Una escritura nómade no se deja sujetar por las convenciones de los géneros discursivos, aunque no las desconoce. El cruce entre géneros discursivos puede liberarnos de encorsetar el pensamiento en moldes que lo terminan deformando. En el corpus estudiado, aparecieron cruces entre el género *paper* y la narración no ficcional, como la autobiografía y la crónica. Sugeridos por Braidotti, destaco también como procedimientos la mezcla de voces o modos de habla (como el registro militante, el coloquial o el poético) y la mezcla de lo teórico con lo poético (a través de la introducción de comparaciones, analogías, metáforas y otros enrarecimientos del lenguaje). Dibujando un recorrido que va de los niveles más macro del lenguaje (estructura, selección léxica) a los micro, llego a describir procedimientos que atacan la médula misma de la palabra. La urgencia de palabras nuevas para lo inefable destaca como procedimiento a la emergencia de palabras a través de recursos como la derivación y composición morfológicas, por alteración de uno de sus elementos o por préstamo. También señalo como procedimiento el empleo de las barras inclinadas o los paréntesis como un modo de dejar pasar la ambigüedad de los significados al texto científico. Por último, el uso de las comillas propone un distanciamiento de los significados convencionales y sedentarios.

La cuarta y última operación discursiva de esta tecnología de escritura académica feminista no es exclusiva de la escritura del conocimiento, pero ha dado una de sus más importantes batallas en el ámbito científico-académico. Se trata de la operación de *reversión de la diferencia sexual en el lenguaje*, es decir, de identificación del modo en que lo femenino está negado y convertido en objeto en el lenguaje, de crítica a esta forma de representación de la diferencia sexual y de propuestas de otras versiones de esta diferencia. La reflexión sobre esta operación es acompañada fundamentalmente por el trabajo de la semióloga italiana Patrizia Violi. Para esta operación, identificamos que en textos académicos basados en investigaciones feministas se usan procedimientos reformistas (como empleo de sustantivos colectivos no sexuados, sustantivos abstractos

o epícenos, formas metonímicas, entre otros) y procedimientos radicales (como el desdoblamiento, las variantes morfélicas *e* y *x* y la intervención sobre epícenos y sustantivos comunes en cuanto al género). También aparece el cuestionamiento explícito al androcentrismo lingüístico, a través de aclaraciones metodológicas, uso de comillas o argumentaciones específicas. En ninguno de los textos del corpus se emplea el masculino genérico, lo cual deja constancia de la importancia que tiene el lenguaje para quienes investigan desde una perspectiva feminista.

Como no podía ser de otro modo, practiqué la reflexividad con mi propia escritura, ya que la presente es también una investigación surgida desde una perspectiva feminista. Como esos dibujos ambiguos de figura y fondo, depende quien mire verá en este texto una extensa justificación de por qué puedo (podemos) escribir como escribo y seguir participando en el ámbito académico, o bien una investigación sobre cómo escriben (escribimos) raro las feministas, indagación que ha terminado contagiando al sujeto que investiga. Vinciane Despret (2022) describe, en *Habitar como un pájaro*, un pasaje en un estudio del ornitólogo Jared Verner donde el investigador observa que el macho 25 de una población de pájaros cucaracheros del pantano ha podido al fin aparearse, pero su nido es tan precario que el mismo investigador decide atarlo para que no se caiga. Despret lee en esta actitud del observador, que ahora no sólo observa sino que colabora con su objeto de observación, que “el investigador es tocado por las cosas que importan para los pájaros” (p. 60). Considero que esa es una de las cosas más lindas que pueden suceder en una investigación: permitirse ser tocada / afectada por el objeto. Que la investigación sea un viaje que te hace o te deshace, como dice Nicolás Bouvier (2019), porque no salimos indemnes de la escritura, agrega Valeria Flores (2010).

El viaje de conocimiento que aquí trazamos nunca pretendió convertirse en un manual de estilo o en una nueva norma del buen decir académico feminista. Su limitación, y a la vez su potencia, es la apertura y no la clausura. Como la cola del pavo real, pretendí mostrar un abanico de preguntas que reciben a cambio respuestas enredadas, así como son las mejores respuestas, complejas, siempre inacabadas, para gentes que quieran *seguir con el problema*⁶⁶. El conjunto de resultados obtenidos del análisis funciona para

⁶⁶ Alusión al libro de Haraway, *Seguir con el problema* (2019).

describir un corpus específico de textos, de un cierto período y de unas revistas determinadas. Es por esto que se trata de la construcción de un saber situado y parcial. Pero aun así, hay una serie de ideas que son la base de la investigación y que me interesan particularmente: que el lenguaje importa porque construye (no transmite), que la norma escrituraria académica es histórica y es una forma del poder y que podemos justificar nuestras opciones retóricas desde nuestra postura epistemológica. De eso se trató este escrito.

Seguramente, abordar otro corpus de textos para el análisis, de otro género discursivo, sobre una temática en particular, de circuitos de circulación discursiva académica diversificados, daría otros resultados, también ricos y llamativos, no iguales, pero que encontrarían de seguro puntos en común con esta investigación. Algunos de los procedimientos que aquí desarrollo podrían servir asimismo para pensar en escrituras feministas no académicas, por ejemplo, periodísticas, autobiográficas, literarias, militantes, entre otras. Además, considero que sería interesante un abordaje de la cocina de escritura de un texto académico y de las preguntas que se hacen y las decisiones que toman quienes escriben e investigan desde los feminismos. Así como también sería interesante un estudio profundo sobre las idas y vueltas de las revisiones y correcciones de textos entre editorxs, profesorxs, directorxs, juradxs y demás participantes de los circuitos de control discursiva. Preguntas como: ¿cuáles son las opciones retóricas *llamativas* que están siendo autorizadas?, ¿con qué marcas discursivas contra-hegemónicas se ensañan quienes controlan el discurso?, ¿cuáles son los procedimientos que más insisten en aparecer? o ¿qué posturas epistemológicas subyacen a determinadas correcciones? son interrogaciones que continúan las líneas de indagación propuestas en este trabajo.

Algo de una lengua nueva, de maniobras rebeldes, nos ha sido revelado. Algo de umbrales y de cornisas, de un estar-entre, hemos aprendido, y no hizo falta morir para saber. No es el lenguaje de los hombres, ni el silencio de las mujeres. Dice Dorothy Smith: “No conocemos todo, pero sí sabemos lo que sabemos y podemos comenzar desde ahí” (1989, p. 60). Ahora la Amortajada, que ya vivió la muerte de los vivos, quiere morir la muerte de los muertos y no la dejo. Que se levante. Re-viso esa vieja novela y lo hago

para mi (nuestra) propia supervivencia. Dale Adrienne Rich, decilo: estamos en los años en que las muertas despertamos.

Referencias bibliográficas

Abello, Virginia Tatiana (2022). Marcas de género en la construcción autoral de las académicas. Hacia una “yo como autora”. *Traslaciones. Revista latinoamericana de lectura y escritura*, 8(16), 76-97. <https://doi.org/10.48162/rev.5.052>

Abello, Virginia Tatiana (2023). “TESTIGO MODESTO” O “YO COMO AUTORA”. Procedimientos de riesgo en la construcción autoral. *Algarrobo-MEL. Revista en línea de la Maestría en Estudios Latinoamericanos*, 11, 1-20. <https://revistas.uncu.edu.ar/ojs/index.php/mel/article/view/6744>

Adorno, Theodor W. (1962). *Notas de literatura*. Ediciones Ariel S. A.

Ahmed, Sara (2021). *Vivir una vida feminista*. Caja Negra Editora.

Alvarado, Mariana (2016). Epistemologías feministas latinoamericanas: un cruce en el camino junto-a-otras pero no-junto-a-todas. *Religación. Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, 1(3), 9-32. <https://ri.conicet.gov.ar/handle/11336/43837>

Amado, Ana (2000). Cuerpos intransitivos. Los debates feministas sobre la identidad. *Revista Debate Feminista*, 21, 233-240. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=7519590>

Anzaldúa, Gloria (1987). *Borderlands / La Frontera. La Nueva Mestiza*. Capitán Swing Libros S. L.

Araujo de Avilar Amancio, Júlia y Ruano-Ibarra, Elisabeth (2020). Participação-autoria e coordenação-liderança feminina nas reuniões anuais da Associação Nacional de Pós-Graduação e Pesquisa em Ciências Sociais (Anpocs). *Millcayac. Revista digital de ciencias sociales*, 6(11), 31-62. <https://revistas.uncu.edu.ar/ojs3/index.php/millca-digital/article/view/2243/1626>

Área de Género y Sexualidades (2021). *Recomendaciones para el uso de lenguaje no sexista e inclusivo en el área administrativa*. Universidad Nacional de Rosario.

Austin, John Langshaw (1982). *Cómo hacer cosas con palabras: Palabras y acciones*. Paidós.

Bach, Ana María (2010). *Las voces de la experiencia. El viraje de la filosofía feminista*. Editorial Biblos.

Bajtín, Mijaíl (1999). *Estética de la creación verbal*. Siglo XXI Editores.

Bartra, Eli (2010). Acerca de la investigación y la metodología feminista. En Norma Blazquez Graf, Fátima Flores Palacios y Maribel Ríos Everardo, (Comps.), *Investigación feminista: epistemología, metodología y representaciones sociales* (pp. 67-77). Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, UNAM.

Bengoechea, Mercedes (2008). Lo femenino en la lengua: sociedad, cambio y resistencia normativa. Estado de la cuestión. *Lengua y Textos*, (27), 37-68.

https://www.sidll.org/sites/default/files/journal/lo_femenino_en_la_lengua_sociedad_cambio_y_resistencia_normativa_bengoechea_m.pdf

Bengoechea, Mercedes (s.f.). Sexismo y androcentrismo en los textos administrativo-normativos. Universidad de Alcalá.

Bolívar, Adriana (2004). Análisis crítico del discurso de los académicos. *Revista Signos*, 37(55), 7-18. <http://dx.doi.org/10.4067/S0718-09342004005500001>

Bombal, María Luisa (1981). *La amortajada*. Editorial Universitaria.

Bonnin, Juan Eduardo, Dvoskin, Gabriel, Lauria, Daniela, López García, María, Salerno, Paula, Tosi, Carolina y Zunino, Gabriela Mariel (2022). ¿Qué dice la lingüística sobre lenguaje inclusivo? *UBA: filo*. Facultad de Filosofía y Letras. <http://novedades.filo.uba.ar/novedades/%C2%BFqu%C3%A9-dice-la-ling%C3%BC%C3%ADstica-sobre-el-lenguaje-inclusivo>

Bouvier, Nicolás (2019). *Los caminos del mundo. Viaje desde Yugoslavia hasta la frontera con la India*. Ediciones Península.

Braidotti, Rosi (2000). *Sujetos nómades. Corporización y diferencia sexual en la teoría feminista contemporánea*. Paidós.

Braidotti, Rosi (2019). *El conocimiento posthumano*. Gedisa.

Butler, Judith (2007). *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Editorial Paidós.

Calero, María de los Ángeles (1999). *Sexismo lingüístico: análisis y propuestas ante la discriminación sexual en el lenguaje*. Ediciones Narcea.

Centro de Estudios en Filosofía de la Cultura. (9 de octubre de 2020). *VIIJFC del CEFC - ESCRITURA-REFUGIOS MULTIESPECIES - N. Billi, P. Fleisner, G. Lucero, N. Ortiz M.* [Archivo de Video]. Youtube. <https://www.youtube.com/watch?v=CZHZLnRoSEQ>

ciriza, alejandra (2015). Construir genealogías feministas desde el Sur: encrucijadas y tensiones. *MILLCAYAC Revista Digital de Ciencias Sociales*, 2(3), 83-104. <https://revistas.uncu.edu.ar/ojs/index.php/millca-digital/article/view/523>

ciriza, alejandra (2020). Tramar/urdir/anudar genealogías feministas situadas. Los desafíos del espacio y el tiempo. *Revista La Aljaba* segunda época, 24, 145-157. <https://cerac.unlpam.edu.ar/index.php/aljaba/article/view/4687>

Cixous, Hélène (1995). *La risa de la Medusa. Ensayos sobre la escritura*. Editorial Anthropos.

Colaizzi, Giulia (1990). Feminismo y Teoría del Discurso. Razones para un debate. En Giulia Colaizzi (Ed.), *Feminismo y Teoría del Discurso* (pp. 13-25). Cátedra.

Costa, Ricardo L. y Mozejko, Danuta T. (2001). *El discurso como práctica. Lugares desde donde se escribe la historia*. Homo Sapiens Ediciones.

Costa, Ricardo L. y Mozejko, Danuta T. (2002). *Lugares del decir. Competencia social y estrategias discursivas*. Homo Sapiens Ediciones.

- Costa, Ricardo L. y Mozejko, Danuta T. (2009). *Gestión de las prácticas: opciones discursivas*. Homo Sapiens Ediciones.
- Crenshaw, Kimberle (1989). Demarginalizing the Intersection of Race and Sex: A Black Feminist Critique of Antidiscrimination Doctrine, Feminist Theory and Antiracist Politics. *University of Chicago Legal Forum*, 1(8), 139-167. <http://chicagounbound.uchicago.edu/uclf/vol1989/iss1/8>
- De Beauvoir, Simone (2019). *El segundo sexo*. Grupo Editorial Penguin Random House.
- De Lauretis, Teresa (1996). La tecnología del género. *Revista Mora*, 2, 6-34. (Traducción Ana María Bach y Margarita Roulet).
- De Lauretis, Teresa (2000). *Diferencias. Etapas de un camino a través del feminismo*. Horas y horas editorial.
- Despret, Vinciane (2022a). *Autobiografía de un pulpo*. Editorial Consonni.
- Despret, Vinciane (2022b). *Habitar como un pájaro. Modos de hacer y de pensar los territorios*. Editorial Cactus.
- Di Tullio, Ángela (1997). *Manual de Gramática del Español*. Edicial.
- Equipo de Publicaciones de la Secretaría de Investigación y Publicación Científica (s.f.). *Recomendaciones para un uso no sexista en el lenguaje y para la redacción*. Facultad de Ciencias Políticas y Sociales. Universidad Nacional de Cuyo.
- Espinosa Miñoso, Yuderkis (2014). Una crítica descolonial a la epistemología feminista crítica. *El Cotidiano*, 184, 7-12. <https://www.redalyc.org/pdf/325/32530724004.pdf>
- Espinosa Miñoso, Yuderkis (2019). Hacer genealogía de la experiencia: el método hacia una crítica a la colonialidad de la Razón feminista desde la experiencia histórica en América Latina. *Revista Direito Práx*, 10(3), 2007-2032. <https://doi.org/10.1590/2179-8966/2019/43881>
- Fausto-Sterling, Anne (2006). *Cuerpos sexuados. La política de género y la construcción de la sexualidad*. Editorial Melusina.
- Fernández Hasan, Valeria y Abello, Virginia (2024). Las voces de Audre Lorde. Narrativas escriturales en función genealógica. *Zona Franca*, (32), 9-40. <https://doi.org/10.35305/zf.vi32.385>
- Fernández Hasan, Valeria y Grasselli, Fabiana (2020). Subjetividades sexuadas: El cuerpo de la escritura / La escritura del cuerpo. *Revista Nomadías*, (29), 71-84. <https://nomadias.uchile.cl/index.php/NO/article/view/61054>
- Fischetti, Natalia (2016). La escritura cyborg. Subversiones y multiversiones desde una epistemología feminista. *Religación. Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, 1(4), 62-76. ISSN 2477-9083. <https://ri.conicet.gov.ar/handle/11336/47628>
- flores, valeria (2010). Escribir contra sí misma: una micro-tecnología de subjetivación política. En Yuderkis Espinosa Miñoso (Coord.), *Aproximaciones críticas a las prácticas teórico-políticas del feminismo latinoamericano* (pp. 211-230). En la Frontera.

flores, valeria (2017). *Interruções. Ensayos de poética activista. Escritura, política, pedagogia*. Editorial Asentamiento Fernseh.

Flusser, Vilém (1998). Ensayos. Tomado de: Flusser, Vilém, *Ficções filosóficas*, San Pablo, Editora da Universidade de São Paulo. Traducción al español: Pablo Katchadjian.

Forster, Ricardo (2020). La artesanía de la sospecha: el ensayo en las ciencias sociales. *Latin American Literature Today*, 16. <https://latinamericanliteraturetoday.org/es/2020/11/craft-suspicion-essay-social-sciences-ricardo-forster/>

Foucault, Michel (1991). *Tecnologías del yo y otros textos afines*. Paidós.

Foucault, Michel (1992). *Microfísica del poder*. Las ediciones de La Piqueta.

Foucault, Michel (2004). *El orden del discurso*. Fábula Tusquets Editores.

Foucault, Michel (2008). *Historia de la sexualidad. Tomo I: La voluntad de saber*. Siglo XXI Editores.

Foucault, Michel (2010). *¿Qué es un autor?* Ediciones Literales. El cuenco de plata. S.R.L.

Foucault, Michel (2016). *El origen de la hermenéutica de sí: Conferencias de Dartmouth, 1980*. Siglo XXI Editores.

Fox Keller, Evelyn (2000). *Lenguaje y vida. Metáforas de la biología en el siglo XX*. Ediciones Manantial S. R. L.

Gadamer, Hans-Georg (1992[1965]). *Verdad y Método II*. Sígueme.

Gandarias Goikoetxea, Itziar (2014). Habitar las incomodidades en investigaciones feministas y activistas desde una práctica reflexiva. *Athenea Digital*, 14(4), 289-304. <http://dx.doi.org/10.5565/rev/athenea.1489>

Garcés Mascareñas, Marina (2013). La estandarización de la escritura. La asfixia del pensamiento filosófico en la academia actual. *Athenea Digital*, 13(1), 29-41. <http://psicologiasocial.uab.es/athenea/index.php/atheneaDigital/article/view/1039-Garces>

García Negroni, María Marta (2008). Subjetividad y discurso científico-académico. Acerca de algunas manifestaciones de la subjetividad en el artículo de investigación en español. *Revista Signos*, 41(66), 5-31. ISSN: 0035-0451 <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=157016718001>

Genette, Gérard (1989). *Palimpsestos. La literatura en segundo grado*. Editorial Taurus.

Gil, Ana Soledad (2020). Lenguaje inclusivo: de abrir el todos al uso de la “e”. Reflexiones al calor de la Ola Verde. En Mariana Alvarado (editora), *Feminismos del Sur. Recorridos, itinerarios, junturas* (pp. 67-79). Prometeo Libros.

Grasselli, Fabiana y Yáñez, Sabrina (2019). Escribir(se) contra el “lenguaje del opresor”: las apuestas de dos escritoras feministas del sur. *Revista de Literaturas Modernas*, 49(1), 131-144. <https://revistas.uncu.edu.ar/ojs3/index.php/literaturasmodernas/article/view/2719>

Guerrero Salazar, Susana (2012). Guía para un uso igualitario y no sexista del lenguaje y de la imagen en la Universidad de Jaén. Unidad de Igualdad. Universidad de Jaén.

Gutiérrez, María Laura (2016). Horadar el cuerpo: diálogos sobre escritura, imágenes y recorridos académicos precarios. *Revista Argentina de Humanidades y Ciencias Sociales*, 14(1), 1-8. http://www.sai.com.ar/metodologia/rahycs/rahycs_v14_n2_02.htm

Hankinson Nelson, Lynn (1990). *Who knows: from Quine to a feminist empiricism*. Temple University Press.

Haraway, Donna (1993). Saberes situados: el problema de la ciencia en el feminismo y el privilegio de una perspectiva parcial. En María Cecilia Cangiano y Lindsay Du Bois (Comps.), *De mujer a género. Teoría, interpretación y práctica feminista en las ciencias sociales* (pp. 115-144). Centro Editor de América Latina.

Haraway, Donna (1995). *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Ediciones Cátedra.

Haraway, Donna (2019). *Seguir con el problema. Generar parentesco en el Chthuluceno*. Consonni.

Haraway, Donna (2021). *Testigo_Modesto@Segundo_Milenio.HombreHembra@_Conoce_Oncorata@. Feminismo y tecnociencia*. Rara Avis Editorial.

Harding, Sandra (1993). Rethinking Standpoint Epistemology: What is “Strong Objectivity”? En Linda Alcoff & Elizabeth Potter (Eds.), *Feminist Epistemologies* (pp. 49-82). Routledge.

Harding, Sandra (1998[1987]). ¿Existe un método feminista? En Eli Bartra (Comp.), *Debates en torno a una metodología feminista* (pp. 9-34). Universidad Autónoma Metropolitana.

Hernández Sampieri, Roberto, Carlos Fernández Collado y María del Pilar Baptista Lucio (2010). *Metodología de la investigación*. (5ta ed.). Mc Graw Hill.

Hill Collins, Patricia (1990). *Black Feminist Thought: Knowledge, Consciousness, and the Politics of Empowerment*. Unwin Hyman.

hooks, bell (2016). Eros, erotismo y proceso pedagógico. En *Pedagogías Transgresoras*. Bocavulvaria Ediciones.

Hyland, Ken (1999). Academic attribution: citation and the construction of disciplinary knowledge. *Applied Linguistics*, 20(3), 341–367. <https://doi.org/10.1093/applin/20.3.341>

Hyland, Ken (2002). Authority and invisibility: authorial identity in academic writing. *Journal of Pragmatics*, 34, 1091-1112. [https://doi.org/10.1016/S0378-2166\(02\)00035-8](https://doi.org/10.1016/S0378-2166(02)00035-8)

Hyland, Ken (2005). Stance and engagement: a model of interaction in academic discourse. *Discourse Studies*, 7(2), 173-192. <https://doi.org/10.1177/1461445605050365>

Hyland, Ken y Tse, Polly (2009). Discipline and Gender: Constructing Rethorical Identity in Books Reviews. En Ken Hyland et al (Eds.), *Academic Evaluation* (pp. 105-121). Palgrave Macmillan.

Instituto Nacional de Asociativismo y Economía Social (2021). *Guía de recomendaciones para lenguaje inclusivo*. Ministerio de Desarrollo Productivo Argentina.

Ivanic, Roz (1998). *Writing and identity. The Discoursal Construction of Identity in Academic Writing*. Benjamins.

Kerbrat-Orecchioni, Catherine (1986). *La enunciación. De la subjetividad en el lenguaje*. Edicial.

Korol, Claudia (2016). *Feminismos populares. Pedagogías y políticas*. Editorial El Colectivo.

Kristeva, Julia (1967). Bajtín, la palabra, el diálogo y la novela. En Desiderio Navarro (Sel. y Trad.) (1997), *Intertextualité. Francia en el origen de un término y el desarrollo de un concepto* (pp. 1-24). INEAC, Casa de las Américas.

Kristeva, Julia (1995). El tiempo de las mujeres. *Revista Debate Feminista*, 11, 343-365. <https://www.jstor.org/stable/42625358>

La Voz. (27 de febrero de 2024). Manuel Adorni: prohibición del lenguaje inclusivo | La Voz [Archivo de video]. Youtube. <https://www.youtube.com/watch?v=ffjuAqWY1sE>

Lagarde, Marcela (1997). El castellano, una lengua de caballeros. *Mujeres en Red*. https://www.nodo50.org/mujeresred/marcela_lagarde-elcastellano.html

Lagneaux, Milagros Andrea (2017). El lenguaje inclusivo y la escritura académica en la universidad. *Actas de Periodismo y Comunicación*, 3(1), 1-7. ISSN 2469-0910 | <http://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/actas>

Lamprea Abril, Nathalia, Torres Perdigón, Andrea y Moreno Rodríguez, Diana (2023). ¿Qué nos dicen los verbos acerca de lo que consideramos como investigación? Estudio de la modalización verbal en artículos de investigación relacionados con el lenguaje. *Revista Signos. Estudios de lingüística*, 56(113), 462-488. DOI: 10.4067/S0718-09342023000300462

Larrosa, Jorge (2003). El ensayo y la escritura académica. *Revista Propuesta Educativa*, 26. https://hum.unne.edu.ar/asuntos/concurso/archivos_pdf/larrosa.pdf

Le Guin, Ursula K. (2021[1986]). *La teoría de la bolsa de transporte de la ficción*. Traducción: Kamen Nedev, con la colaboración de José Pérez de Lama. Arquitectura contable. Notas al margen: 42 y alguna más. <https://arquitecturacontable.wordpress.com/2021/01/14/ursula-k-leguin-teoria-bolsa-para-llevar-cosas/>

Lillis, Theresa ([2019]2021). El enfoque de literacidades académicas: sostener un espacio crítico para explorar la participación en la academia (Trad. L. Eisner). *Enunciación*, 26, 55-67. DOI: <https://doi.org/10.14483/22486798.16987>

Longino, Helen E. (1990). *Science as Social Knowledge: Values and Objectivity in Scientific Inquiry*. Princeton University Press.

Lorde, Audre (2003). *La hermana, la extranjera. Artículos y conferencias*. Horas y horas editorial.

Ludmer, Josefina (1990). El espejo universal y la perversión de la fórmula. En Carmen Berenguer, Eugenia Brito, Diamela Eltit, Raquel Olea, Eliana Ortega, Nelly Richard (Comps.), *Escribir en los bordes. Congreso Internacional de Literatura femenina latinoamericana 1987* (pp. 275-287). Editorial Cuarto Propio.

Ludmer, Josefina (2012[1988]). *El género gauchesco: un tratado sobre la patria*. Eterna Cadencia.

Luongo, Gilda (2018). *Paso de Pasajes. Crítica feminista*. Tiempo robado editoras.

Maffia, Diana (2007). Epistemología feminista: la subversión semiótica de las mujeres en la ciencia. *Revista venezolana de estudios de la mujer*, 12(28), 63-98. http://www.scielo.org.ve/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S131637012007000100005&lng=en&nrm=iso&tlng=es

Maffía, Diana (2010). Violencia, justicia y lenguaje. *Segundas Jornadas de Asistencia a la Víctima*. Auditorio de la Facultad de Derecho UBA. <http://dianamaffia.com.ar/archivos/Violencia-Justicia-y-lenguaje.pdf>

Marinkovich, Juana (1998). El análisis del discurso y la intertextualidad. *Boletín de Filología*, 37(2), 729-742. <https://boletinfilologia.uchile.cl/index.php/BDF/article/view/21478>

Martin, Nadia (2021). El pensamiento táctil como encuentro entre el corpus de análisis y el cuerpo del escrito: aportes de Donna Haraway desde el feminismo posthumano. *Telar*, 26, 33-53. <http://revistatelar.ct.unt.edu.ar/index.php/revistatelar/article/view/522/530>

Martín Municio, Ángel (1992). La metáfora en el lenguaje científico. *Boletín de la Real Academia Española*, 72, 221-249. https://apps2.rae.es/BRAE_DB.html

Martínez, Angelita (2021). La introducción del lenguaje inclusivo en la escritura académica: un nuevo desafío. En César Jiménez Yáñez y Rosalba Macinas Chávez (Coords.), *Escritura Académica con Perspectiva de Género. Propuestas desde la comunicación científica* (pp. 75-90). Universidad Autónoma de Baja California. Editorial Universidad de Sevilla.

Minh-ha, Trinh T. (1986-87). She, the inappropriate/d other. *Discourse*, 8, 3-10. <http://www.jstor.org/stable/44000268>

Mohanty, Chandra Talpade (2008). Bajo los ojos de Occidente: Academia Feminista y discurso colonial. En Liliana Suárez Navaz y Rosalva Aída Hernández Castillo, *Descolonizando el feminismo. Teorías y prácticas desde los márgenes* (pp. 93-134). Editorial Cátedra.

Molloy, Sylvia (2002). La flexión del género en el texto cultural latinoamericano. *Cuadernos de Literatura*, 8(15), 161-167. <https://revistas.javeriana.edu.co/index.php/cualit/article/view/7997>

Moreno, Yera y Penna, Melani (2018). Cuerpo y deseo de escritura –diarios-. *Revista Re-visiones*, (8), 1-14. <http://www.re-visiones.net/index.php/RE-VISIONES/article/view/252/504>

Moreno Esparza, Hortensia y Ortega Garay, Paola Gabriela (2021). El desafío del lenguaje incluyente en una revista académica: Debate Feminista. En César Jiménez Yáñez y Rosalba Macinas Chávez (Coords.), *Escritura Académica con Perspectiva de Género. Propuestas desde la comunicación científica* (pp. 159-177). Universidad Autónoma de Baja California. Editorial Universidad de Sevilla.

Moreno Sardá, Amparo (2020). La crítica del paradigma androcéntrico: una estrategia epistemológica para una política feminista equitativa. En Luciano Fabbri y Florencia Rovetto (Dirs.), *Cuadernos Feministas para la Transversalización. Apuntes epistemológicos* (vol. I, pp. 31-70). UNR Editora.

Moscoso Rosero, María Fernanda y Varela-Huerta, Amarela (2021). El “paper” como un campo de batalla: conversaciones académicas deslenguadas. *Perífrasis. Revista de Literatura, Teoría y Crítica*, 12(24), 204-222. <http://dx.doi.org/10.25025/perifrasis202112.24.11>

Novo, María del Carmen, Escalarea, Laura y Tenca, Laura (2009). Imágenes autorales en el aprendizaje de la escritura académica. *Revista Letra Inversa*, (1).

Ong, Walter (1993). *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra*. Fondo de Cultura Económica.

Ortiz Naranjo, María Nancy (2013). El latido del texto. Juegos de saber, poder y resistencia en la escritura académica en ciencias humanas. CLACSO. URL: <http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/becas/20131029074349/-pdf>

Ortiz Naranjo, María Nancy (2017). Por una ética de la existencia en la escritura del profesor universitario. *Revista Nómadas*, 47, 245-255. ISSN: 0121-7550. https://nomadas.ucentral.edu.co/nomadas/pdf/nomadas_47/47-14O-por-una-etica.pdf

Osorio-Cabrera, Daniela, Gandarias, Itziar y Fulladosa, Karina (2021). Consideraciones ético-político-afectivas en investigaciones feministas: articulaciones situadas entre academia y activismo. *EMPIRIA. Revista de Metodología de Ciencias Sociales*, 50, 43-66. DOI/ empiria.50.2021.30371

Palacios, Analía (2022). Marcas de objetividad y subjetividad en la escritura de tesis de posgrado en Psicología Educacional. *Campo Universitario*, 3(6), 1-21. <http://campouniversitario.aduba.org.ar/ojs/index.php/cu/article/view/70>

Pérez, Moira (2019). Violencia epistémica: reflexiones entre lo invisible y lo ignorable. *El lugar sin límites, Revista de Estudios y políticas de género*, 1, 81-98. <https://revistas.untref.edu.ar/index.php/ellugar/article/view/288/267>

Plant, Sadie (1998). *Ceros + Unos. Mujeres digitales + la nueva tecnocultura*. Ediciones Destino.

Puiatti de Gómez, Hilda (2005). El artículo de investigación científica. En Liliana Cubo de Severino (Coord.), *Los textos de la ciencia. Principales clases del discurso académico-científico* (pp. 23-91). Comunicarte Editorial.

Radi, Blas (2020). Epistemología del asterisco: una introducción sinuosa a la Epistemología Trans*. En Luciano Fabbri y Florencia Rovetto (Dirs.), *Cuadernos Feministas para la Transversalización. Apuntes epistemológicos* (Vol. I, pp. 107-121). UNR Editora.

Real Academia Española. (s.f.). Convocar. En *Diccionario de la lengua española*. Recuperado en 8 de octubre de 2024, de <https://dle.rae.es/convocar>

Real Academia Española. (s.f.). Desdoblar. En *Diccionario de la Lengua española*. Recuperado en 9 de noviembre de 2024, de <https://dle.rae.es/desdoblar>

Real Academia Española. (s.f.). «Los ciudadanos y las ciudadanas», «los niños y las niñas». Recuperado en 9 de noviembre de 2024, de <https://www.rae.es/espanol-al-dia/los-ciudadanos-y-las-ciudadanas-los-ninos-y-las-ninas>

Real Academia Española. (s.f.). Tramar. En *Diccionario de la lengua española*. Recuperado en 13 de agosto de 2024, de <https://dle.rae.es/tramar?m=form>

Rich, Adrienne (1983). *Sobre mentiras, secretos y silencios*. Icaria Editorial.

Richard, Nelly (2009). La crítica feminista como modelo de crítica cultural. *Revista Debate Feminista*, 9, 75-85. <https://www.jstor.org/stable/42625115>

Richard, Nelly (2018). *Feminismo, género y diferencia(s)*. Editorial Palinodia.

Rivera Alfaro, Silvia y Cuba, Ernesto (2021). El lenguaje inclusivo como oportunidad epistemológica en la escritura académica. En César Jiménez Yáñez y Rosalba Macinas Chávez (Coords.), *Escritura Académica con Perspectiva de Género. Propuestas desde la comunicación científica* (pp. 19-36). Universidad Autónoma de Baja California. Editorial Universidad de Sevilla.

Ruano-Ibarra, Elisabeth [Maestría en Estudios Feministas FCpyS]. (2021). *Autoría de Mujeres, pensamiento latinoamericano y androcentrismo por Elizabeth Ruano Ibarra* [Video]. Youtube. <https://www.youtube.com/watch?app=desktop&v=ulleLI0kAzs>

Rubio, Raquel (2021). La práctica narrativa como herramienta performativa de nuevos saberes y conocimientos: Un giro epistémico en la función del escribir académico. Alberto Bialakowsky y otrxs (Coords.), *Cuadernos Abiertos de Crítica y Coproducción. Diversas miradas del Covid-19 como obstáculo epistémico. Eje temático III*, pp. 43-50. CLACSO.

Santos Herceg, José (2012). Tiranía del paper. Imposición institucional de un tipo discursivo. *Revista Chilena de Literatura*, (82), 197-217. <https://revistaliteratura.uchile.cl/index.php/RCL/article/view/24871>

Santos Herceg, José (2015). Saberes académicos: de la producción textual a la creación de conocimiento. *Literatura: teoría, historia, crítica*, 17(2), 97-112. <http://dx.doi.org/10.15446/lthc.v17n2.51276>

Sarlo, Beatriz (2020). Del otro lado del horizonte. *Boletín 9*, Rosario, Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria, Facultad de Humanidades y Artes-Universidad Nacional de Rosario, pp. 16-31.

Savio, Ana Karina (2010). Las huellas del autor en el discurso académico: un estudio sobre tesis de psicoanalistas argentinos. *Lenguaje*, 38(2), 563-590. <https://bibliotecadigital.univalle.edu.co/server/api/core/bitstreams/b4af73f7-6dfa-41b0-ad8e-713fcfc8a475/content>

Shklovski, Viktor (1917). El arte como artificio. En Tzvetan Todorov (1962), *Teoría de los formalistas rusos*. Editorial Siglo XXI.

Smith, Dorothy (1989[1987]). *El mundo silenciado de las mujeres*. Programa Cooperativo Centro de Investigación y Desarrollo de la Educación (CIDE).

Smith, Dorothy (2012[2005]). El punto de vista (standpoint) de las mujeres: Conocimiento encarnado versus relaciones de dominación. *Temas de Mujeres, Revista del CEHIM*, 8(8), 5-27. <http://ojs.filo.unt.edu.ar/index.php/temasdemujeres/%20article/view/57>

Spivak, Gayatri Chakravorty (1998). ¿Puede hablar el sujeto subalterno?. *Orbis Tertius*, 3(6), 175-235. http://www.fuentesmemoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.2732/pr.2732.pdf

Tang, Ramona y John, Suganthi (1999). The 'I' in identity: Exploring writer identity in student academic writing through the first person pronoun. *English for Specific Purposes*, 18, 23-39. [https://doi.org/10.1016/S0889-4906\(99\)00009-5](https://doi.org/10.1016/S0889-4906(99)00009-5)

Tosi, Carolina (2021). El lenguaje inclusivo (re)editado. Acerca de las tensiones en las prácticas de escritura, corrección y edición. En César Jiménez Yáñez y Rosalba Macinas Chávez (Coords.), *Escritura Académica con Perspectiva de Género. Propuestas desde la comunicación científica* (pp. 37-57). Universidad Autónoma de Baja California. Editorial Universidad de Sevilla.

Tutin, Agnès (2010). Dans cet article, nous souhaitons montrer que... Lexique verbal et positionnement de l'auteur dans les articles en sciences humaines. *Lidil*, 41. <http://lidil.revues.org/3040>

Valles, Miguel (1999). *Técnicas cualitativas de investigación social. Reflexión metodológica y práctica profesional*. Síntesis.

Varsavsky, Oscar (1969). *Ciencia, política y cientificismo*. Centro Editor de América Latina.

Verón, Eliseo (1993). *La semiosis social. Fragmentos de una teoría de la discursividad*. Editorial Gedisa.

Violi, Patrizia (1991). *El infinito singular*. Cátedra.

Yuni, José y Urbano, Claudio (2006). *Técnicas para investigar. Recursos metodológicos para la preparación de proyectos de investigación*. (2da ed., Vol. 1). Editorial Brujas.

Zavala, Virginia (2011). La escritura académica y la agencia de los sujetos. *Cuadernos Comillas*, 1, 52-66. <https://lecturayescrituraunrn.files.wordpress.com/2017/03/u1-obligatoria-zavala.pdf>

Corpus analizado

Zona Franca. Revista del Centro de estudios Interdisciplinario sobre las Mujeres, y de la Maestría poder y sociedad desde la problemática de Género

Vicens, María (2020). Itinerarios de literatura y deseo: la maestra de provincia en la Argentina del poscentenario. *Zona Franca. Revista del Centro de estudios Interdisciplinario sobre las Mujeres, y de la Maestría poder y sociedad desde la problemática de Género*, 28, 309-336.

Szaszak Bongartz, Ulla (2020). Cartografías subjetivas en las novelas *La mujer desnuda* (1950) y *Viaje al corazón del día* (1986) de Armonía Somers (1914-1994). *Zona Franca. Revista del Centro de estudios Interdisciplinario sobre las Mujeres, y de la Maestría poder y sociedad desde la problemática de Género*, 28, 412-435.

Punte, María José (2020). Yo, cinemática: Cecilia Szperling y sus viñetas de infancia. *Zona Franca. Revista del Centro de estudios Interdisciplinario sobre las Mujeres, y de la Maestría poder y sociedad desde la problemática de Género*, 28, 387-411.

García, Laura (2020). Crear familia: Diana Bellessi y la traducción. *Zona Franca. Revista del Centro de estudios Interdisciplinario sobre las Mujeres, y de la Maestría poder y sociedad desde la problemática de Género*, 28, 436-455.

Diz, Tania (2020). Extraña pareja. Asedios al binarismo en los relatos periodísticos de Alfonsina Storni y Roberto Arlt. *Zona Franca. Revista del Centro de estudios Interdisciplinario sobre las Mujeres, y de la Maestría poder y sociedad desde la problemática de Género*, 28, 337-364.

Charrúa, Clara (2020). Escritoras, entre el canon y el cupo: un breve recorrido por las historias de la literatura argentina. *Zona Franca. Revista del Centro de estudios Interdisciplinario sobre las Mujeres, y de la Maestría poder y sociedad desde la problemática de Género*, 28, 456-482.

Cabezas, Laura y Penacini, Constanza (2020). Archivo transfeminista, poéticas y experiencias sensibles. *Zona Franca. Revista del Centro de estudios Interdisciplinario sobre las Mujeres, y de la Maestría poder y sociedad desde la problemática de Género*, 28, 365-386.

Revista Ensamblés

Álvarez Litke, Martín (2020). "Es una lucha constante". Análisis de experiencias de jugadoras de fútbol en la Argentina. *Revista Ensamblés*, 7(12), 57-71.

Garton, Gabriela (2020). La profesionalización del fútbol femenino argentino: entre la resistencia y la manutención del orden. *Revista Ensamblés*, 7(12), 72-86.

Ibarra, Mariana Elizabeth (2020). Apuntes sobre un trayecto posible: fútbol, mujeres y disidencias desde las Epistemologías Feministas. *Revista Ensamblés*, 7(12), 87-101.

Pastorino Barcia, Martina (2020). La educación del cuerpo en el abuso: el lado B de la Gimnasia Artística. *Revista Ensamblés*, 7(12), 10-31.

Cabello Escudero, Carolina Paz (2020). El fútbol femenino en Chile: estrategias políticas feministas para discutir el deporte nacional. *Revista Ensamblés*, 7(12), 32-56.

Estudios de Filosofía Práctica e Historia de las Ideas

Fernández Hasan, Valeria (2020). Activismo y academia: la conversación feminista. *Estudios de Filosofía Práctica e Historia de las Ideas*, 22, 1-13 (dosier).

Queirolo, Graciela (2020). Mujeres, Historias y Feminismos. Reflexiones desde Argentina y Chile. *Estudios de Filosofía Práctica e Historia de las Ideas*, 22, 1-10 (dosier).

Cabrera, Mario Federico David (2020). El peso de la escritura: crítica feminista y ficciones del cuerpo. *Estudios de Filosofía Práctica e Historia de las Ideas*, 22, 1-16 (dosier).

Martínez Espínola, María Victoria (2020). Perspectivas feministas en/de/desde América Latina. Notas para pensar genealogías. *Estudios de Filosofía Práctica e Historia de las Ideas*, 22, 1-21 (dosier).

Pita, Valeria Silvina (2020). Mirando hacia atrás... La colección de Historia de las Mujeres en Argentina: una aventura colectiva a finales del siglo XX. *Estudios de Filosofía Práctica e Historia de las Ideas*, 22, 1-9 (dosier).

Gil, Ana Soledad y Morales, Paula (2020). Tensiones y posiciones respecto de los usos del lenguaje: una batalla no solo cultural. *Estudios de Filosofía Práctica e Historia de las Ideas*, 22, 1-15 (dosier).

Calafell Sala, Nuria; Ruiz, María Emilia y Prato, Valeria (2020). Trayectorias y hallazgos de la Red de Sostenes (Unquillo, Córdoba, Argentina): cuando las mujeres se entraman. *Estudios de Filosofía Práctica e Historia de las Ideas*, 22, 1-14 (dosier).

Guerra Pérez, Mariana (2020). Voces desde el sur: a propósito de una política. *Estudios de Filosofía Práctica e Historia de las Ideas*, 22, 1-18 (dosier).

Revista Descentrada

Ariza, Lucía (2018). Más acá o más allá de la diferencia sexual. Para una epistemología feminista alternativa a través de Elizabeth Grosz y Myra Hird. *Descentrada*, 2(2), 1-17 (dosier).

Pascual, Cecilia M. y Bianchi, Sofía B. (2018). Potencia epistémica de un feminismo disidente situado. Un ensayo sobre experiencia, multiplicidad y espacio. *Descentrada*, 2(2), 1-11 (dosier).

Garzón Martínez, María Teresa (2018). Oxímoron. Blanquitud y feminismo descolonial en Abya Yala. *Descentrada* 2(2), 1-12 (dosier).

Bach, Ana María (2018). Epistemología, feminismo y los saberes de las gentes indígenas. *Descentrada*, 2(2), 1-12 (dosier).

Ciccia, Lucía (2018). La dicotomía de los sexos puesta en jaque desde una perspectiva cerebral. *Descentrada*, 2(2), 1-18 (dosier).